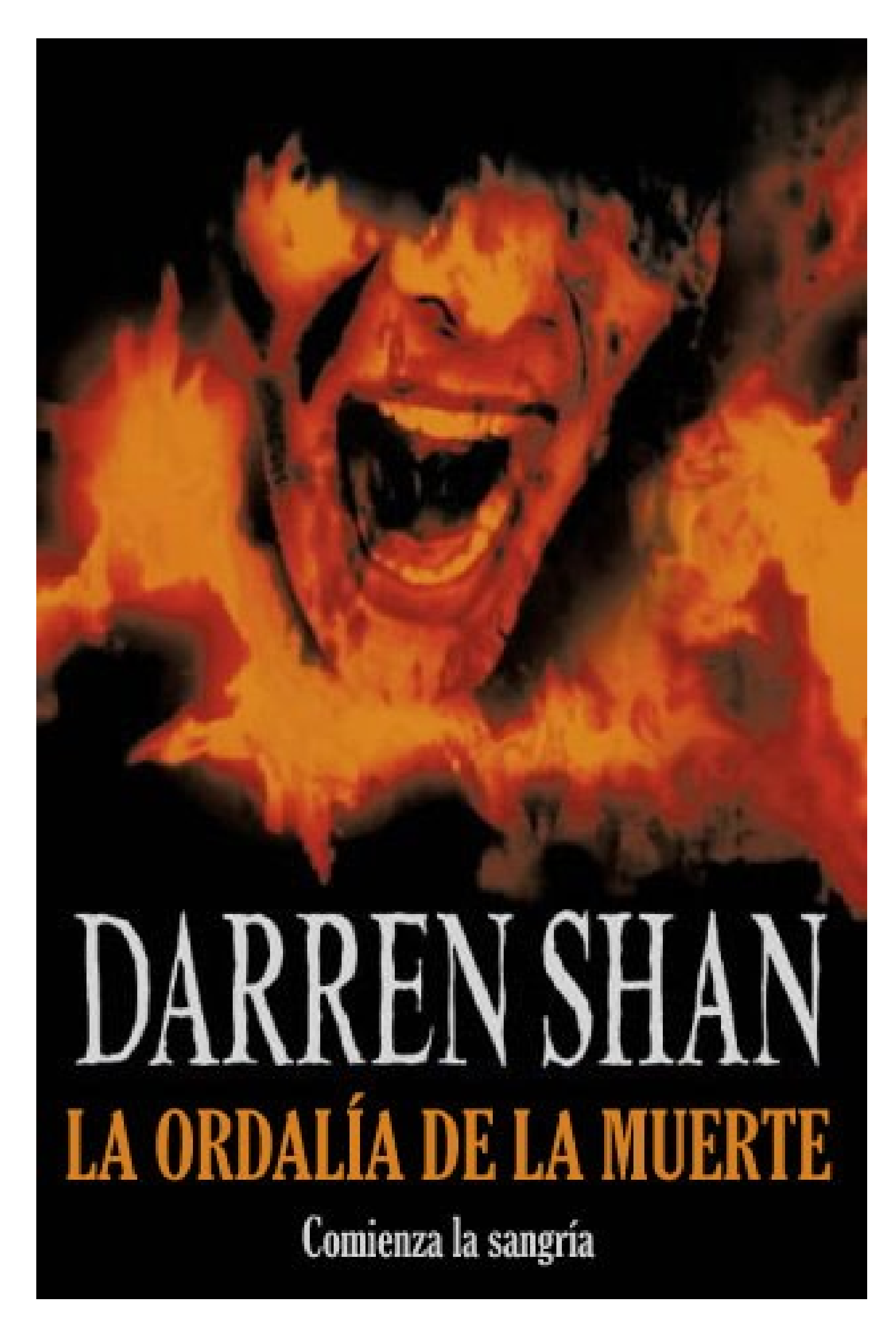
Cirque Du Freak Libro 5

LA SAGA DE DARREN SHAN



LA ORDALÍA DE LA MUERTE

LITTLE, BROWN AND COMPANY
New York - An AOL Time Warner Company

Primera edición en U.S

Primera edición en Gran Bretaña por Collins en 2001

ISBN 0-316-60367-8

Impreso en los Estados Unidos de América

Para:

Nora y Davey — unos anfitriones siempre amables

OES (Orden de las Entrañas Sangrientas):
La enorme y espantosa Emily Ford
Kellee "Sin Prisioneros" Nunley

Los Ingenieros de lo Macabro:
Biddy y Liam
Gillie y Zoe
Emma y Chris

PRÓLOGO

Si la gente os dice que los vampiros no existen... ¡no os lo creáis! El mundo está lleno de vampiros. No son esas diabólicas criaturas multiformes y aterradoras que muestran las leyendas, sino seres honorables, longevos y súper fuertes que necesitan beber sangre para sobrevivir. Interfieren lo menos posible en los asuntos de los humanos y nunca matan a aquéllos de los que beben.

Lejos, oculta en un helado y casi inaccesible rincón del mundo, se alza la Montaña de los Vampiros, donde se reúnen cada doce años. El Consejo (así lo llaman) lo dirigen los Príncipes Vampiros (a quienes todos obedecen) y está formado en su mayoría por los Generales, cuyo trabajo es controlar a los no-muertos.

Con el propósito de presentarme ante los Príncipes Vampiros, Mr. Crepsley me arrastró con él al Consejo en la Montaña de los Vampiros. Mr. Crepsley es un vampiro. Yo soy su asistente, soy un semi-vampiro y mi nombre es Darren Shan.

Fue un viaje largo y penoso. Viajamos en compañía de unos amigos, Gavner Purl, cuatro lobos y dos Personitas, extrañas criaturas que trabajan para un amo misterioso llamado Mr. Tiny. Una de las Personitas pereció en el camino, atacada por un oso rabioso que había bebido la sangre de un vampanez muerto (los vampanezes son como los vampiros, pero con la piel púrpura y los ojos, las uñas y el pelo rojos... y *siempre* matan a sus víctimas cuando se alimentan de ellas). Fue entonces cuando la otra habló (era la primera vez que una Personita se comunicaba verbalmente con alguien), y nos reveló que su nombre era Harkat Mulds. Además, debía entregar un escalofriante mensaje de Mr. Tiny: el Lord Vampanez pronto se alzaría con el poder y dirigiría a los asesinos de piel púrpura a una guerra contra los vampiros... ¡y ganaría!

Finalmente, llegamos a la Montaña de los Vampiros, donde éstos viven en un entramado de túneles y cavernas. Trabé amistad con un grupo de vampiros: Seba Nile, que había sido el maestro de Mr. Crepsley cuando éste era joven; Arra Sails, una de las pocas vampiresas que existen; Vanez Blane, el instructor tuerto; y Kurda Smahlt, un General que pronto se convertiría en Príncipe.

No impresioné a los Príncipes ni a la mayor parte de los Generales. Opinaban que era demasiado joven para ser vampiro, y le reprocharon a Mr. Crepsley el haberme convertido. Para demostrar que era digno de ser un semi-vampiro, tuve que comprometerme a realizar los Ritos de Iniciación, una serie de pruebas muy duras que usualmente se reservaban

para los aspirantes a Generales. Cuando decidí aceptar el desafío, me aseguraron que, si lo superaba, los vampiros me considerarían parte del clan. Lo que no me dijeron hasta un rato después (y para entonces ya era demasiado tarde para echarme atrás), era que si fracasaba en las pruebas... ¡*me matarían*!

CAPÍTULO 1

La gran caverna conocida como la Cámara de Khledon Lurt se hallaba casi desierta. Excepto por los que estaban sentados a la mesa conmigo (Gavner, Kurda y Harkat), sólo había un vampiro presente, un guardia sentado aparte, bebiendo una jarra de cerveza y silbando de manera discordante.

Habían transcurrido cuatro horas desde que me enteré de que iba a ser juzgado en los Ritos de Iniciación. Aún no sabía exactamente en qué consistían, pero, por las contritas expresiones de mis compañeros y por lo que había escuchado en la Cámara de los Príncipes, me imaginaba que mis posibilidades de salir victorioso eran, como mucho, escasas.

Mientras Kurda y Gavner murmuraban entre ellos sobre mis pruebas, observé a Harkat, al que no había visto mucho últimamente (había estado muy ocupado en la Cámara de los Príncipes, respondiendo a sus preguntas). Vestía su típica túnica azul, aunque ahora llevaba la capucha bajada, sin molestarse ya en ocultar su cara gris llena de parches y cicatrices. Harkat carecía de nariz, y tenía los oídos bajo la piel de su cráneo. Poseía un par de enormes y redondos ojos verdes, situados en la frente. Su boca de bordes irregulares estaba repleta de dientes afilados. El aire normal resultaba venenoso para él (si lo respirase durante diez o doce horas, moriría), y por eso llevaba una mascarilla especial que le mantenía con vida. Se la bajaba hasta la barbilla cuando hablaba o comía, pero cubría su boca el resto del tiempo. Harkat fue una vez un ser humano, que murió y volvió a su cuerpo tras sellar un pacto con Mr. Tiny. No podía recordar quién había sido ni qué clase de trato había aceptado.

Harkat había traído un mensaje de Mr. Tiny a los Príncipes, que decía que se acercaba la noche del Lord Vampanez. El Lord Vampanez era un mítico personaje cuya llegada, supuestamente, señalaría el comienzo de una guerra entre vampiros y vampanezes, que (según Mr. Tiny) ganarían estos últimos, exterminando a los vampiros.

Al advertir mi mirada, Harkat se bajó la mascarilla y dijo:

—¿Has visto... mucho... de las Cámaras?

—Un poco —respondí.

—Podrías... enseñármelas.

—Darren no tendrá mucho tiempo para eso —suspiró Kurda tristemente—. Tiene que prepararse para los Ritos.

—Cuéntenme más sobre los Ritos —dije.

—Los Ritos son parte de nuestra herencia vampírica desde hace tanto tiempo que ningún vampiro puede recordarlo —dijo Gavner. Gavner Purl era un General Vampiro. Era muy fornido, de cabello corto y castaño y un rostro lleno de cicatrices y magulladuras. Mr. Crepsley solía burlarse de él a causa de su sonora respiración y sus ronquidos—. En las noches de antaño, se celebraban en cada Consejo —continuó—, y cada vampiro tenía que someterse a ellos, aunque ya lo hubiera hecho una docena de veces.

"Hace mil años, los Ritos fueron reestructurados, y así se instauró el rango de General. Antes de eso, sólo había Príncipes y vampiros comunes. Bajo esos nuevos términos, sólo quienes aspiran a ser Generales deben someterse a los Ritos. Muchos vampiros comunes toman parte en ellos aunque no quieran ser Generales (por lo general, un vampiro tiene que pasar los Ritos de Iniciación para ganarse el respeto de los demás), pero no es obligatorio.

—No lo entiendo —dije—. Creía que si pasas los Ritos, te conviertes automáticamente en General.

—No —repuso Kurda, adelantándose a Gavner y pasándose una mano por los rubios cabellos. Kurda Smahlt no era tan fornido como la mayoría de los vampiros (confiaba más en el cerebro que en la fortaleza física), y exhibía menos cicatrices que los demás, aunque tenía tres pequeños e indelebles arañazos rojos en la mejilla izquierda, la marca de los vampanezes. El sueño de Kurda era volver a unir a vampiros y vampanezes, y había pasado muchas décadas discutiendo tratados de paz con los proscritos homicidas. Los Ritos son sólo el primer paso para convertirse en General. Después hay otras pruebas de fuerza, resistencia e inteligencia. Superar los Ritos sólo indica que eres un vampiro con prestigio.

Prestigio era un concepto que había oído muchas veces. El respeto y el honor eran extremadamente importantes para los vampiros. Si eras un vampiro con prestigio, significaba que tus colegas te respetaban.

—¿Qué pasa en los Ritos? —inquirí.

—Hay varias pruebas diferentes —dijo Gavner, tomando el relevo a Kurda—. Tienes que completar las cinco. Se escogerán al azar, una cada vez. Los retos van desde luchar con jabalíes salvajes a escalar montañas peligrosas o arrastrarse por un foso lleno de serpientes.

—¿*Serpientes*? —pregunté, alarmado. Mi mejor amigo en el Cirque Du Freak (Evra Von) cuidaba de una enorme serpiente, a la que me había acostumbrado, aunque nunca me llegó a gustar. Las serpientes me producían escalofríos.

—No habrá ninguna serpiente en los Ritos de Darren —dijo Kurda—. Nuestro último cuidador de serpientes murió hace nueve años y nadie lo reemplazó. Todavía tenemos unas cuantas serpientes, pero no son bastantes para llenar una cuba, y mucho menos un foso.

—Los Ritos tienen lugar una noche tras otra —dijo Gavner—. Un día de descanso es todo lo que se te permite entre una prueba y la siguiente. Así que debes tener especial cuidado al principio: si resultas herido desde el comienzo, no dispondrás de mucho tiempo para recuperarte.

—La verdad es que podría tener suerte —meditó Kurda—. Tenemos casi encima el Festival de los No Muertos.

—¿Qué es eso? —pregunté.

—Damos una gran fiesta para celebrar la llegada de los vampiros que acuden al Consejo —explicó Kurda—. Utilizamos la Piedra de Sangre para buscar a los rezagados hace un par de noches, y sólo faltan tres por llegar. Cuando lo hagan, empezará el Festival, y los asuntos no oficiales se aplazarán durante tres noches con sus días.

—Es cierto —dijo Gavner—. Si el Festival empieza durante los Ritos, tendrás un respiro de tres noches. Sería una gran ventaja.

—Si es que los rezagados llegan a tiempo —puntualizó Kurda, sombríamente.

Al parecer, Kurda pensaba que yo no tendría la menor oportunidad en los Ritos.

—¿Por qué está tan seguro de que fracasaré? —inquirí.

—No es que te subestime, Darren —dijo Kurda—. Es sólo que eres demasiado joven e inexperto. Además de no estar preparado físicamente, no has tenido tiempo de conocer las diversas pruebas que se te presentarán, ni prepararte para ellas. Te han empujado a un final prematuro, y no es justo.

—¿Aún quejándote de la injusticia? —comentó alguien a nuestra espalda.

Era Mr. Crepsley. Seba Nile, el intendente de la Montaña de los Vampiros, estaba con él. La pareja se sentó y nos saludó con un silencioso asentimiento.

—Aceptaste muy deprisa los Ritos, Larten —dijo Kurda, desaprobadoramente—. ¿No pensaste que deberías haberle explicado más a fondo las reglas a Darren? ¡Ni siquiera sabía que fracasar en los Ritos supone la muerte!

—¿Es eso cierto? —me preguntó Mr. Crepsley.

Asentí.

—Pensaba que podría retirarme si las cosas se ponían mal.

—Ah, debería habértelo aclarado. Mis disculpas...

—Ahora ya es un poco tarde para eso —resopló Kurda.

—Es lo mismo —dijo Mr. Crepsley—. Me mantengo en mi decisión. Era una situación delicada. Me equivoqué al convertir a Darren, no lo niego. Para los dos es muy importante que uno de nosotros limpie nuestro nombre. Si pudiera elegir, afrontaría las pruebas yo mismo, pero los Príncipes escogieron a Darren. Y su palabra, por lo que a mí respecta, es ley.

—Además —añadió Seba—, no está todo perdido. Cuando supe la noticia, corrí a la Cámara de los Príncipes y me serví de la antigua y casi olvidada cláusula del Periodo de Preparación.

—¿La qué? —inquirió Gavner.

—Antes de la época de los Generales —explicó Seba—, los vampiros no se pasaban años preparándose para los Ritos. Se elegía una prueba al azar (como ahora), pero en vez de iniciarla de inmediato, se disponía de una noche y un día para prepararse. Así tenían tiempo para practicar. Muchos decidieron prescindir del Periodo de Preparación (generalmente, aquéllos que ya habían pasado los Ritos), pero no es ningún deshonor sacar ventaja de ello.

—Nunca había oído esa regla —dijo Gavner.

—Yo sí —apuntó Kurda—, pero nunca la había tenido en cuenta. ¿Aún se aplica? Hace más de mil años que no se utiliza.

—Sólo porque no sea muy popular no significa que no sea válida —dijo Seba con una risita—. El Periodo de Preparación nunca fue abolido formalmente. Dado que Darren es un caso especial, fui a ver a los Príncipes y les pedí que le permitieran beneficiarse de ello. Mika puso objeciones, por supuesto (ese vampiro nació para poner objeciones a todo), pero Paris le hizo entrar en razón.

—De modo que Darren tiene veinticuatro horas para prepararse antes de cada prueba —dijo Mr. Crepsley—, y otras veinticuatro para descansar después..., lo cual suma cuarenta y ocho horas de respiro entre cada prueba.

—Esas son buenas noticias —convino Gavner, animándose.

—Y hay más —prosiguió Mr. Crepsley—. También persuadimos a los Príncipes de que excluyeran algunas de las pruebas más difíciles, las que estuvieran claramente más allá de las posibilidades de Darren.

—Pensaba que tú nunca pedías favores —señaló Gavner con una amplia sonrisa.

—Y no lo he hecho —replicó Mr. Crepsley—. Me limité a pedir a los Príncipes que utilizaran el sentido común. No sería lógico pedirle a un ciego que pinte, ni a un mudo que cante. Y de igual modo, no tendría sentido esperar que un semi-vampiro compita en las mismas condiciones que un vampiro completo. Mantendrán la mayoría de las pruebas, pero las que son claramente imposibles de superar para alguien en la situación de Darren, han sido eliminadas.

—Aún así, me sigue pareciendo injusto —protestó Kurda. Se encaró con el anciano Seba Nile—: ¿No hay alguna otra vieja ley que podamos esgrimir? ¿Alguna que no permita competir a los niños, o que impida que se les ejecute si fracasan?

—Ninguna que yo sepa —dijo Seba—. Los únicos vampiros que no pueden ser ejecutados por fracasar en los Ritos de Iniciación son los Príncipes. A todos los demás se les juzga por igual.

—¿Y por qué iban a participar los Príncipes en los Ritos? —pregunté.

—Hace mucho tiempo, tenían que tomar parte en los Ritos en cada Consejo, como todos los demás —explicó Seba—. En ocasiones, aún lo hacen, si sienten la necesidad de probarse a sí mismos. Sin embargo, para los vampiros está prohibido matar a un Príncipe, así que si un Príncipe fracasa y no muere durante los Ritos, nadie puede ejecutarle.

—¿Y qué ocurre en esos casos? —inquirí.

—No se han dado muchos —dijo Seba—. De los pocos casos que conozco, los Príncipes decidieron abandonar la Montaña de los Vampiros y morir en la espesura. Sólo uno, Fredor Morsh, se mantuvo en su puesto en la Cámara de los Príncipes. Fue en la época en que los vampanezes se apartaron de nosotros, y necesitábamos a todos nuestros líderes. Una vez que la crisis pasó, se marchó en busca de su destino.

—Vamos —dijo Mr. Crepsley, poniéndose en pie con un bostezo—. Estoy cansado. Ya es hora de acostarse.

—No creo que pueda dormir —manifesté.

—Pues debes hacerlo —gruñó—. El descanso es vital si quieres completar los Ritos. Necesitarás estar completamente despejado y con todos tus sentidos alerta.

—Está bien —suspiré, acompañándole. Harkat se levantó también—. Nos veremos mañana —les dije a los otros vampiros, que asintieron sombríamente en respuesta.

De regreso a mi celda, me acomodé lo más confortablemente que pude en mi hamaca (la mayoría de los vampiros duermen en ataúdes, pero yo no los soportaba), mientras Harkat se encaramaba a la suya. El sueño tardó en llegar, pero finalmente lo hizo, y aunque no conseguí dormir un día entero, me sentía bastante despejado cuando llegó la noche y tuve que presentarme en la Cámara los Príncipes para saber en que consistía mi primer y mortífero Rito.

CAPÍTULO 2

Arra Sails nos esperaba a Mr. Crepsley y a mí a la entrada de la Cámara de los Príncipes. Arra era una de las escasas vampiresas que había en la Montaña de los Vampiros. Era una fiera luchadora, igual (o mejor) que la mayoría de los varones. Nos habíamos enfrentado antes, durante mi estancia, y me había ganado su poco pródigo respeto.

—¿Cómo estás? —me preguntó, estrechando mi mano.

—Muy bien —respondí.

—¿Nervioso?

—Sí.

—Yo también lo estaba cuando me enfrenté a mis Ritos —dijo con una sonrisa—. Sólo un tonto los afrontaría sin sentirse inquieto. Lo importante es que no te dejes llevar por el pánico.

—Lo intentaré.

Arra se aclaró la garganta.

—Espero que no me guardes rencor por lo que dije en la Cámara de los Príncipes —. Arra había instado a los Príncipes a que me hicieran tomar parte en los Ritos—. No creo en que haya que hacer concesiones a ningún vampiro, aunque sea un niño. Nuestra vida es dura, no apta para los débiles. Como dije en la Cámara, confío en que superarás los Ritos, pero si no lo consigues, no pienso rogar por tu vida.

—Lo comprendo —dije.

—¿Aún somos amigos?

—Sí.

—Si necesitas ayuda en la preparación, llámame —dijo—. Ya he pasado los Ritos tres veces, para demostrarme a mí misma, más que a los demás, que soy un digno vampiro. Me los conozco al dedillo.

—Lo tendremos en cuenta —dijo Mr. Crepsley, inclinándose ante ella.

—Tan cortés como siempre, Larten —apuntó Arra—. Y también, tan atractivo...

Estuve a punto de soltar una carcajada. ¿Mr. Crepsley..., *atractivo*? ¡Había visto criaturas más atrayentes en la jaula de los monos del zoo! Pero Mr. Crepsley aceptó el cumplido sin aspavientos, como si estuviera acostumbrado a tales halagos, y volvió a inclinarse.

—Y tú, tan hermosa —correspondió.

—Lo sé —sonrió ella, y se marchó. Mr. Crepsley la contempló intensamente mientras se alejaba, con una expresión distante en su rostro habitualmente solemne. Cuando advirtió mi sonrisita de satisfacción, frunció el ceño.

—¿De qué te ríes? —me espetó.

—De nada —respondí inocentemente. Y luego añadí con malicia—: ¿Una antigua novia?

—Para que lo sepas —dijo rígidamente—, Arra fue mi pareja.

Parpadeé.

—¿Quiere decir, su *esposa*?

—Es una forma de hablar.

Me quedé mirando boquiabierto al vampiro.

—¡Nunca me contó que estuviera casado!

—Y no lo estoy..., ya no..., aunque lo estuve.

—¿Qué ocurrió? ¿Se divorciaron?

Meneó la cabeza.

—Los vampiros no se casan ni se divorcian como los humanos. En lugar de eso, nos emparejamos estableciendo un compromiso temporal.

Fruncí el ceño.

—¿Qué?

—Si dos vampiros desean emparejarse —explicó—, aceptan compartir sus vidas durante un cierto periodo de tiempo, generalmente de cinco a diez años. Cuando ese periodo concluye, pueden renovarlo por cinco o diez años más, o separarse. Nuestras relaciones no son como las de los humanos. Como no podemos engendrar hijos y vivimos tanto tiempo, muy pocos vampiros permanecen emparejados para toda la vida.

—Qué raro suena.

Mr. Crepsley se encogió de hombros.

—Son las costumbres de los vampiros.

Pensé en ello.

—¿Aún siente algo por Arra? —indagué.

—Admiración y respeto —respondió.

—No me refiero a eso. ¿La *ama*?

—Oh, mira —dijo rápidamente, enrojeciendo hasta el cuello—, es hora de presentarnos ante los Príncipes. Date prisa... No debemos llegar tarde.

Y se escabulló a toda velocidad, en un intento de eludir cualquier otra pregunta personal.

***

Vanez Blane nos saludó al entrar en la Cámara de los Príncipes. Vanez era el instructor jefe, responsable del mantenimiento de las tres Cámaras Deportivas y la vigilancia de sus usuarios. Sólo tenía un ojo, y visto desde el lado izquierdo ofrecía un aspecto temible. Pero si le mirabas de frente o desde el lado derecho, saltaba a la vista que era un vampiro simpático y amistoso.

—¿Cómo te encuentras? —me preguntó—. ¿Listo para los Ritos?

—A punto —respondí.

Me llevó aparte y me habló en voz baja:

—Puedes negarte si quieres, pero lo he discutido con los Príncipes y no han puesto objeciones a que yo sea tu instructor en las pruebas, si me lo pides. Eso quiere decir que te explicaré en qué consisten los retos y te ayudaré a prepararte para ellos. Te serviré como oponente en un duelo, de entrenador en un combate de boxeo...

—Por mí, de acuerdo —dije.

—¿No te importa, Larten? —le preguntó a Mr. Crepsley.

—En absoluto —respondió éste—. Pensaba ser yo el instructor de Darren, pero tú estás mucho mejor capacitado para esa tarea. ¿Seguro que no será un inconveniente para ti?

—Por supuesto que no —declaró Vanez con firmeza.

—Entonces, está decidido.

Nos estrechamos las manos y nos dedicamos una mutua sonrisa.

—Me siento extraño siendo el centro de tanta atención —dije—. Mucha gente viene a ofrecerme su ayuda. ¿Son así con todos los recién llegados?

—La mayoría de las veces..., sí —dijo Vanez—. Los vampiros se apoyan mutuamente. El resto del mundo... nos odia o nos teme. Pero un vampiro siempre puede contar con la ayuda de los suyos. — Me dedicó un guiño y añadió—: Incluso ese cobarde sinvergüenza de Kurda Smahlt.

Vanez no pensaba realmente que Kurda fuera un cobarde sinvergüenza (sólo le gustaba burlarse del futuro Príncipe), pero muchos vampiros en la Montaña sí. A Kurda no le gustaban las peleas ni las guerras, y creía que la paz con los vampanezes era posible. Para muchos vampiros, eso era impensable.

Un guardia dijo mi nombre y avancé, pasando entre el círculo de bancos hasta llegar a la tarima donde se alzaban los tronos de los Príncipes. Vanez se situó detrás de mí, mientras Mr. Crepsley tomaba asiento: sólo se permitía a los instructores de los Ritos acompañar a los participantes hasta la tarima.

Paris Skyle, el Príncipe de largos cabellos blancos y barba gris (y además el más viejo vampiro viviente), me preguntó si estaba dispuesto a aceptar cualquier prueba que me tocara. Respondí que sí. Anunció a toda la Cámara que se recurriría al Periodo de Preparación y que algunas pruebas habían sido descartadas debido a mi tamaño y juventud. Preguntó si alguien tenía algo que objetar. A Mika Ver Leth (el que había sugerido que me sometiera a los Ritos) no parecían hacerle ninguna gracia tales concesiones y tiró con irritación de los pliegues de su camisa negra, pero no pronunció palabra.

—Muy bien —declaró Paris—. Ahora decidiremos cuál será el primer Rito.

Un guardia de uniforme verde se adelantó con un saco lleno de piedras numeradas. Me habían dicho que contenía diecisiete piedras, con un número en cada una. Cada número correspondía a un Rito, y tendría que enfrentarme al que escogiera.

El guardia sacudió la bolsa y preguntó si alguien deseaba examinar las piedras. Un General levantó la mano. Se trataba de una práctica común (siempre se examinaban las piedras), así que no me preocupé por ello, pero clavé los ojos en el suelo y traté de contener los angustiados ruidos de mi estómago.

Cuando las piedras fueron revisadas y aprobadas, el guardia las sacudió una vez más, y luego me tendió la bolsa. Cerré los ojos, alargué la mano, agarré la primera piedra que toqué y la saqué.

—Número once —exclamó el guardia—. El Laberinto Acuático.

Los vampiros presentes en la Cámara murmuraron entre ellos en voz baja.

—¿Eso es bueno o malo? —pregunté a Vanez mientras se entregaba la piedra a los Príncipes para su verificación.

—Depende —dijo—. ¿Sabes nadar?

—Sí.

—Entonces, es una primera prueba tan buena como cualquier otra. Podía haber sido peor.

Una vez que la piedra fue comprobada y puesta a un lado para que no pudiera volver a sacarla, Paris me dijo que tendría que esperar hasta el amanecer el día siguiente para iniciar el Rito. Me deseó suerte (dijo que había asuntos que le mantendrían ocupado, pero que otro de los Príncipes estaría presente), y me mandó retirarme. Dejé la Cámara, y me alejé a toda prisa con Vanez y Mr. Crepsley para empezar a prepararme para mi primera prueba y encararme con la muerte.

CAPÍTULO 3

El Laberinto Acuático era una construcción humana, con un techo bajo y paredes herméticas. Había cuatro puertas de entrada y salida, una en cada pared exterior. Desde el centro, donde me dejarían, normalmente tardaría cinco o seis minutos en encontrar una salida, si no me perdía.

Pero en la prueba tendría que arrastrar una pesada roca (la mitad de mi propio peso) que me haría ir más despacio. Con la roca, bien podría tardar ocho o nueve minutos.

Además de con la roca, habría que lidiar con el agua. En cuanto comenzara el Rito, el laberinto empezaría a inundarse de agua, bombeada a través de unas mangueras desde las corrientes subterráneas. El agua me haría ir aún más despacio, y tardaría unos quince minutos en hallar la salida. Si me llevaba más tiempo, tendría serios problemas... porque el laberinto se llenaría por completo en exactamente diecisiete minutos.

—Es muy importante que no te dejes llevar por el pánico —dijo Vanez.

Habíamos bajado a uno de los laberintos de práctica, una versión reducida del Laberinto Acuático. La ruta no era la misma (las paredes del Laberinto Acuático podían cambiar de sitio, de manera que el laberinto era distinto cada vez), pero serviría perfectamente para prepararme.

—El principal motivo del fracaso en el laberinto es el pánico —prosiguió—. Es fácil asustarse cuando el agua empieza a subir y tus movimientos se hacen más lentos y pesados. Tienes que luchar contra el miedo y concentrarte en la ruta. Si te dejas distraer por el agua, te perderás... y será tu fin.

Pasamos la primera mitad de la noche caminando por el laberinto una y otra vez, mientras Vanez me enseñaba a trazar un mapa mental del recorrido.

—Cada pared del laberinto parece igual que las demás —dijo—, pero no es así. Poseen señales que las identifican: una piedra descolorida, una baldosa mellada, una grieta... Debes darte cuenta de esas pequeñas diferencias y hacerte un mapa partiendo ellas. De este modo, si te encuentras en un pasillo en el que ya has estado, lo reconocerás y podrás escoger otro camino de inmediato, sin perder el tiempo.

Pasé horas aprendiendo cómo hacer mapas mentales del laberinto. Era mucho más difícil de lo que parecía. Los primeros pasillos eran fáciles de recordar (una piedra desconchada en lo alto de un rincón a la izquierda en uno, otra cubierta de musgo en el suelo en el siguiente, otra llena de erosiones en lo alto del siguiente... Pero cuanto más lejos iba, más cosas tenía que recordar, y más confuso se hacía. Tenía que encontrar algo nuevo en cada corredor, porque si me encontraba con alguna marca similar a otra que ya hubiera memorizado, las confundiría y terminaría caminando en círculo.

—¡No te estás concentrando! —me espetó Vanez cuando me detuve por séptima u octava vez.

—Lo intento —rezongué—, pero es difícil.

—¡*Intentarlo* no es suficiente! —ladró—. Tienes que apartar de tu mente cualquier otro pensamiento. Olvida los Ritos, y el agua, y lo que te ocurrirá si fracasas. Olvídate de la cena, del desayuno y de cualquier otra cosa que te distraiga. Piensa sólo en el laberinto. Concéntrate únicamente en él, o estarás perdido.

No era fácil, pero me esforcé cuanto pude y al cabo de una hora había progresado considerablemente. Vanez tenía razón: la solución era cerrar el paso a cualquier otro pensamiento. Al final se hizo aburrido deambular por el laberinto durante horas, pero ese aburrimiento era lo que tenía que aprender a valorar. En el Laberinto Acuático, la excitación podría confundirme y acabar conmigo.

Una vez que me hube trazado un buen mapa mental, Vanez enrolló una larga cuerda a mi cintura y ató una piedra al extremo.

—Esta piedra es sólo una cuarta parte de tu peso —dijo—. Después lo intentaremos con una piedra más pesada, pero no quiero que te agotes demasiado al comenzar el Rito. Haremos que te acostumbres primero a esto, arrastrando una piedra que sea un tercio de tu peso, y luego lo intentarás con la de verdad un ratito, para que te hagas una idea de cómo será.

La roca no era especialmente pesada (como semi-vampiro, yo era mucho más fuerte que un ser humano), pero era una molestia. Además de hacerme ir más lento, tenía la nefasta inclinación a engancharse en las esquinas o en las grietas, y me veía obligado a detenerme para liberarla.

—Es importante que te detengas en cuanto sientas que se engancha —dijo Vanez—. Tu instinto te impulsará a tirar de la cuerda para liberarla cuanto antes, pero la mayoría de las veces eso empeora la situación, y acabarás tardando aún más en soltarla. En el laberinto, cada segundo es vital. Es mejor actuar metódicamente y emplear cuatro o cinco segundos en liberarte, que dejarte llevar por las prisas y perder diez o veinte.

Había formas de evitar que la piedra y la cuerda se engancharan constantemente. Cuando me disponía a doblar una esquina, tenía que coger la cuerda y tirar de la roca para acercarla a mí; de esta manera, era menos probable que se atascara. Y también ayudaba sacudir la cuerda cada pocos segundos; eso la mantenía suelta.

—Pero tienes que hacer eso automáticamente —dijo Vanez—. Debes hacerlo sin detenerte a pensar. Tu cerebro estará demasiado ocupado recordando el camino. Tienes que actuar por instinto.

—Es inútil —gemí, dejándome caer al suelo—. Tardaría meses en estar listo para esto. No tengo ni una maldita esperanza...

—¡Por supuesto que la tienes! —rugió Vanez. Se agachó detrás de mí y me dio un codazo en las costillas—. ¿Sientes esto? —inquirió, hundiendo un dedo agudo en la blanda carne de mi vientre.

—¡Auch! —Le di una palmada en la mano—. ¡Déjeme!

—¿Pincha? —preguntó, aguijoneándome de nuevo—. ¿Duele?

—¡Sí!

Gruñó, me hundió el dedo una vez más, y luego se levantó.

—Imagínate que mucho más pincharán las estacas de la Cámara de la Muerte —dijo.

Con un triste suspiro, me incorporé penosamente, y limpié el sudor de mi frente. Tiré de la cuerda y le di una sacudida, y reanudé mi recorrido por el laberinto, arrastrando la piedra y rememorando las paredes, como Vanez me había enseñado.

Finalmente, hicimos una pausa para comer y reunirnos con Mr. Crepsley y Harkat en la Cámara de Khledon Lurt. No tenía hambre. Estaba demasiado nervioso para comer, pero Vanez insistió: necesitaría hasta el último gramo de energía cuando me enfrentara a la prueba.

—¿Cómo lo ha hecho? —preguntó Mr. Crepsley. Quería verme entrenar, pero Vanez le había dicho que su presencia me distraería.

—Extraordinariamente bien —dijo Vanez, masticando los huesos de una rata ensartada—. Para serte sincero, aunque me mantuve tranquilo cuando escogió el Rito, pensé (y disculpadme por el retruécano) que el chico se había hundido hasta el fondo. El Laberinto Acuático no es una de las pruebas más brutales, pero requiere mucho tiempo de preparación. Sin embargo, aprende rápido. Todavía tenemos que trabajar mucho (aún no lo ha intentando en el agua), pero tengo mucha más confianza ahora que hace unas horas.

Harkat había traído consigo a Madam Octa (la araña de Mr. Crepsley) a la Cámara, y le estaba dando migas de pan rezumantes de caldo de murciélago. Había accedido a ocuparse de ella mientras yo me concentraba en mis Ritos. Nos alejamos de los vampiros y entablé conversación con la Personita.

—¿La cuidas bien? —pregunté.
—Sí. Es fácil... cuidar... de ella.
—Pero no la dejes salir de la jaula —le advertí—. Es una monada, pero su mordedura es letal.
—Lo sé. A menudo... os observaba... a ti y a ella... cuando tú... salías a escena... en el Cirque... Du Freak.
Harkat progresaba en su manera de hablar (ahora arrastraba mucho menos las palabras), pero aún necesitaba hacer pausas para tomar aliento en medio de cada frase.
—¿Crees... que estarás... listo... para el Rito? —preguntó.
Me encogí de hombros.
—En este momento, los Ritos son lo último en lo que pienso... ¡Ni siquiera estoy seguro de conseguir superar el entrenamiento! Vanez me está entrenando duro. Supongo que tiene que hacerlo, pero me siento exhausto. Podría deslizarme bajo la mesa y dormir durante una semana.
—He oído... hablar a... los vampiros —dijo Harkat—. Muchos... están haciendo apuestas sobre ti.
—¿Eh? —Me incorporé, interesado—. ¿Qué es lo que apuestan?
—No son... verdaderas... apuestas. Apuestan... ropa y... alhajas. La mayoría de los vampiros... apuestan... *contra ti*. Kurda y Gavner... y Arra... aceptan... la mayoría de las apuestas. Ellos... creen en ti.
—Es bueno saberlo —sonreí—. ¿Y Mr. Crepsley?
Harkat sacudió la cabeza.
—Él dice... que no... apuesta. Especialmente... tratándose de niños.
—Es el tipo de cosas que ese viejo buitre estirado diría —bufé, intentando no sonar decepcionado.
—Pero le... he oído hablar... con Seba Nile —añadió Harkat—. Dijo... que si... fracasas, se... comerá su capa.
Me eché a reír, encantado.
—¿De qué estáis hablando? —preguntó Mr. Crepsley.
—De nada —respondí, sonriéndole ampliamente.
Cuando acabamos de comer, Vanez y yo regresamos al laberinto, donde practicamos con piedras más pesadas y en el agua. Las siguientes horas fueron las más arduas de mi vida, y cuando acabamos por aquella noche y me envió a mi celda a descansar, estaba tan agotado que me desvanecí a medio camino y un par de guardias compasivos tuvieron que llevarme hasta mi hamaca.

CAPÍTULO 4

Me sentía tan entumecido cuando desperté, que pensé que sería incapaz de realizar la prueba del laberinto si ni siquiera era capaz de encontrar el camino hacia allí estando fuera. Pero tras pasearme unos minutos, la rigidez desapareció y volví a sentirme tan en forma como siempre. Comprendí que Vanez me había presionado sólo lo justo, y me prometí no volver a cuestionar sus técnicas en el futuro.

Estaba hambriento, pero Vanez me había dicho que no comiera nada cuando me levantara; si comía algo pesado, unas cuantas libras extra podían significar la diferencia entre la vida y la muerte.

Mr. Crepsley y Vanez vinieron a buscarme cuando llegó la hora. Los dos se habían puesto sus mejores galas, Mr. Crepsley deslumbrante con sus brillantes ropas rojas, Vanez menos extravagante con una sobria túnica marrón y pantalones.

—¿Listo? —preguntó Vanez. Asentí—. ¿Tienes hambre?

—¡Estoy desfallecido!

—Bien —sonrió—. Te invitaré a la mejor comida de tu vida después de la prueba. Creo que si te encuentras en problemas... esto te motivará para superarlos.

Emprendimos el camino hacia el Laberinto Acuático a través de los túneles iluminados por las antorchas, con Vanez abriendo la marcha, y Mr. Crepsley y Harkat detrás de mí. Vanez portaba una bandera púrpura, la señal de que conducía a un vampiro a un Rito. La mayoría de los vampiros con los que nos cruzamos hacían un extraño gesto al verme venir: se llevaban a la frente el dedo corazón de la mano derecha, se tocaban los párpados con la yema de los dedos índice y anular, y extendían el pulgar y el meñique hacia los lados.

—¿Por qué hacen eso? —le pregunté a Vanez.

—Es la costumbre —me explicó—. A ese signo lo llamamos el toque de la muerte. Significa '*Hasta en la muerte, saldrás triunfante*'.

—Preferiría que sólo me dijeran '*buena suerte*' —murmuré.

—No significa lo mismo —rió Vanez—. Creemos que los dioses de los vampiros respetan a quienes mueren noblemente. Nos bendicen cuando un vampiro afronta la muerte con orgullo, o nos maldicen cuando alguien muere sin honor.

—O sea, que esperan que tenga una muerte honorable por su propio bien —dije, sarcástico.

—Por el bien del clan —me corrigió Vanez con seriedad—. Un vampiro con prestigio siempre antepone el bien del clan al suyo propio. Incluso en la muerte. Ese gesto con la mano es para recordártelo.

El Laberinto Acuático había sido construido en el pozo de una amplia caverna. Desde lo alto, parecía un gran patio. Alrededor el pozo había unos cuarenta o cincuenta vampiros, que era lo más que la caverna podía albergar. Entre ellos se encontraban Gavner y Kurda, Seba Nile y Arra Sails... y Mika Ver Leth, el Príncipe Vampiro que me había sentenciado a los Ritos.

Mika nos indicó que nos acercáramos, saludó con un solemne asentimiento a Vanez y a Mr. Crepsley, y luego clavó su gélida mirada en mí. Iba vestido con sus acostumbrados ropajes negros, y parecía más severo que Mr. Crepsley.

—¿Estás preparado para el Rito? —preguntó.

—Lo estoy.

—¿Sabes lo que te espera?

—Lo sé.

—Excepto por las cuatro salidas, no hay forma de escapar del laberinto —dijo—. Si fallaras esta prueba, no tendrías que enfrentarte a la Cámara de la Muerte.

—Preferiría morir atravesado por las estacas que ahogarme —gruñí.

—Como la mayoría de los vampiros —convino—. Pero no tienes que preocuparte: es agua quieta, no corriente.

Fruncí el ceño.

—¿Y eso qué tiene que ver?

—El agua quieta no puede atrapar el alma de un vampiro —explicó.

—Ah, ese viejo mito —reí. Muchos vampiros creen que si mueren en un río o un arroyo, su alma permanecerá atrapada para siempre en el agua corriente—. Me trae sin cuidado. ¡Lo que no quiero es ahogarme!

—En cualquier caso, te deseo suerte —dijo Mika.

—No, no me la desea —resoplé.

—¡Darren! —exclamó Mr. Crepsley.

—Está bien —le acalló Mika con un gesto de la mano—. Deja que el chico diga lo que piensa.

—*Usted* me hizo tomar parte en los Ritos —dije—. No cree que sea lo bastante bueno para ser un vampiro. Le encantaría que fallara, porque así demostraría que tiene razón.

—Tu asistente tiene una baja opinión de mí, Larten —apuntó Mika.

—Es joven, Mika. No sabe estar en su lugar.

—No le disculpes. Los jóvenes *deben* decir lo que piensan —. Volvió a dirigirse directamente a mí—. Sólo tienes razón en una cosa, Darren Shan: *no* creo que sirvas para ser un vampiro. Todo lo demás que has dicho... —meneó la cabeza—. Ningún vampiro disfruta viendo fracasar a otro. Espero sinceramente que me demuestres que estoy equivocado. Ahora, más que nunca, necesitamos vampiros de prestigio. Brindaré a tu salud con una copa de sangre si completas los Ritos, y admitiré voluntariamente en público que te había juzgado mal.

—Oh —dije, confuso—. En ese caso, supongo que le debo una disculpa. ¿Sin rencores?

El Príncipe de negros cabellos y ojos de águila esbozó una tirante sonrisa.

—Sin rencores —. Y entonces, dando unas fuertes palmadas, añadió mordazmente—: ¡Puede que los dioses te bendigan con la suerte de los vampiros!

Y el Rito dio comienzo.

***

Me vendaron los ojos, me tumbaron en una camilla y fui llevado hasta el corazón del laberinto por cuatro guardias, así que no pude memorizar el camino. Una vez dentro, me hicieron sentar y me quitaron la venda. Me encontré en un estrecho pasillo de unos cinco pies de ancho, y al menos seis y medio de alto. Mi estatura podría ser un punto a mi favor en esta prueba: un vampiro alto se vería obligado a detenerse, lo cual dificultaría aún más su avance.

—¿Estás listo? —preguntó uno de los guardias.

—Listo —respondí, echando un vistazo a mi alrededor en busca de mi primera señal. Vi una piedra blanquecina en la pared de mi izquierda y tomé nota de ello, comenzando el proceso de trazar mi mapa mental.

—Tendrás que quedarte aquí hasta que el agua corra —dijo el guardia —. Será la señal de que comienza el Rito. Nadie podrá controlarte una vez que estés solo, así que nada te impedirá hacer trampas, aparte de tu conciencia.

—No haré trampas —mascullé—. Esperaré que llegue el agua.

—Estoy seguro de que lo harás —sonrió el vampiro, a modo de disculpa—. Pero de todos modos tenía que decírtelo. Es la tradición.

Los cuatro guardias recogieron la camilla y se marcharon. Todos llevaban zapatos extra suaves, así que no hacían ruido al andar.

Había unas pequeñas bujías en unas bombillas de cristal en el techo del laberinto, así que tendría luz de sobra para ver por dónde iba, aunque el agua subiera hasta arriba.

Me corroían los nervios mientras esperaba que el agua manara. Una voz cobarde en mi cabeza me instaba a adelantarme. Nadie lo sabría. Mejor vivir con una pequeña vergüenza que morir a causa del estúpido orgullo.

Ignoré la voz: no podría volver a mirar a los ojos a Mr. Crepsley, a Gavner y a los otros si hacía trampas.

Finalmente se escuchó un sonido gorgoteante, y el agua brotó de un conducto cercano. Con un suspiro de alivio, avancé deprisa desde el fondo del pasillo, arrastrando la roca tras de mí y sacudiendo la cuerda a intervalos regulares, como me había enseñado Vanez.

Mantuve una buena marcha al principio. El agua apenas me retrasaba, y había un montón de piedras llamativas para identificar los distintos corredores por los que pasaba. No me entró el pánico cuando llegaba a algún callejón sin salida o volvía a pasar por el mismo sitio; sólo tenía que mantener la calma y seguir andando, tomando una nueva ruta.

El avance se hizo más difícil al cabo de cinco o seis minutos. El agua ya me llegaba a las rodillas. Cada paso que daba era un esfuerzo. La roca ahora parecía pesar una tonelada. Me costaba respirar y me dolían los músculos, especialmente los de las piernas y la espalda.

Todavía no sentía pánico. Vanez me había preparado para esto. Debía someterme al agua, no luchar contra ella. Aminoré la marcha. El error que cometían muchos vampiros era tratar de avanzar deprisa, con lo cual se agotaban antes sin conseguir aproximarse nunca al final.

Transcurrieron otros dos minutos. Mi ansiedad iba en aumento. No tenía modo de saber lo cerca o lo lejos que estaba del final. Podía estar a tan sólo una vuelta de alguna de las puertas de salida sin saberlo... o de ninguna. Al menos podría reconocer una salida si la viera: había una enorme X blanca pintada en cada una de las cuatro puertas con un gran botón negro en el centro. Sólo tenía que presionar el botón, y la puerta se abriría y el agua saldría, y estaría a salvo.

El problema era encontrarla. Ahora el agua ya me llegaba al pecho y la roca se hacía cada vez más pesada. Me detuve para sacudir la cuerda (incluso eso era un esfuerzo excesivo)... y la sentí flotar a mi alrededor, amenazando con arrollarse entre mis piernas. A veces ocurría: los vampiros se enredaban con la cuerda, quedando inmovilizados y ahogándose allí donde estaban.

Me disponía a volver a la esquina cuando la roca se enganchó a algo. Di un tirón a la cuerda, intentando liberarla..., sin suerte. Respiré profundamente y me sumergí para ver qué ocurría. Me encontré con que la roca se había atascado en una gran grieta de la pared. Sólo tardé unos segundos en soltarla, pero cuando salí a la superficie, repentinamente me di cuenta de que me había quedado en blanco. ¿Había estado antes en este túnel? Busqué alguna marca familiar, pero no vi ninguna. Había una piedra amarilla en lo alto de una de las paredes, y pensé que ya había pasado antes por allí, pero no lo sabía con certeza.

¡Estaba perdido!

Fui dando tumbos hasta el final del pasillo, y me metí por otro, intentando establecer mi posición desesperadamente. El pánico me inundó. No podía dejar de pensar “¡Voy a ahogarme! ¡Voy a ahogarme!”. Podría haber pasado junto a una docena de señales sin reconocer ni una, de lo alterado que estaba.

El agua me llegaba ya a la barbilla y se introducía en mi boca. Escupí y di manotazos al agua como si eso pudiera alejarla. Tropecé y me caí. Emergí escupiendo agua y jadeando. Aterrorizado, empecé a gritar...

...y eso me detuvo. El sonido de mis alaridos me devolvió bruscamente la lucidez. Recordé la advertencia de Vanez, permanecer perfectamente tranquilo, cerrar los ojos y no moverme hasta haber controlado el pánico. Me concentré en la idea de la fiesta que me esperaba. Carne fresca, raíces silvestres y fruta. Una botella de sangre humana para animarme. Y de postre..., bayas de la montaña, picantes y jugosas.

Abrí los ojos. Mi corazón había dejado de latir como un tambor, y lo peor del ataque de pánico había pasado. Vadeé lentamente el corredor, buscando una marca. Si pudiera encontrar una, estaba seguro de que recordaría el resto de mi mapa mental. Llegué al final del pasillo: sin marcas. El siguiente también era nuevo para mí. Y el que venía a continuación. Y el siguiente.

Ya sentía de nuevo el burbujeo del pánico cuando descubrí un candelero asentado en una roca circular de color gris pálido: ¡una de mis marcas! Miré atentamente el candelero y esperé a que mi mapa tomara forma. Durante unos largos segundos mi mente permaneció tan terroríficamente en blanco como lo había estado... y luego el mapa volvió a su lugar. Llegó a mí primero por partes, una por una, y luego como un torrente. Me quedé donde estaba unos cuantos segundos más, asegurándome de que tenía bien despejada la cabeza antes de continuar.

Ahora el agua me tocaba el labio inferior. El movimiento era casi imposible. Tenía que avanzar dando lentos saltos, dando tumbos hacia delante para mantener la cabeza por encima del agua, y teniendo mucho cuidado de no golpearme contra el techo. ¿Cuánto faltaba para que me quedara sin aire? ¿Tres minutos? ¿Cuatro? No podía ser mucho más. Tenía que encontrar una salida... ¡y pronto!

Concentrándome en el mapa que había trazado en mi cabeza, intenté ubicar lo lejos que estaba del punto de partida. Según mis cálculos, debería estar cerca de alguna de las paredes exteriores, y por lo tanto, de una de las puertas de salida, con lo cual tendría una oportunidad. De lo contrario, la prueba prácticamente había terminado.

Giré por una esquina, y me topé con el primer tramo de la pared exterior. Lo reconocí de inmediato, porque las piedras eran más oscuras y ásperas que las del resto del laberinto. No había ninguna X pintada, pero aún así, mi corazón saltó de alegría. Reseguí el camino, desterrando el mapa de mis pensamientos (ya no lo necesitaba) y corrí hacia la esquina siguiente, en busca de la esquiva X.

Encontré cuatro secciones diferentes de la pared exterior, y en ninguna hallé la salida. Ahora el agua llegaba casi hasta el techo. Nadaba más que andaba, con los labios apretados contra el techo para poder respirar. Habría estado bien de no ser por la horrible roca: arrastrarla se me hacía más penoso que nunca mientras intentaba nadar, retrasando mi avance.

Mientras hacía una pausa para tomar aliento, comprendí que había llegado la hora de tomar una decisión crítica. Había hablado de ello con Vanez en el laberinto de entrenamiento. Él confiaba en que las cosas no llegaran a este punto, pero si lo hacían, tenía que elegir correctamente.

Si seguía donde estaba, moriría. No estaba haciendo grandes progresos, y en uno o dos minutos el agua cubriría completamente mi rostro, y me ahogaría. Era hora de arriesgarse. La última jugada. Si la suerte de los vampiros me acompañaba, sería mi salvación. Si no...

Hice varias inspiraciones profundas, llenando mis pulmones, y luego me sumergí bajo el agua y buceé hasta el suelo. Levanté la piedra, me di la vuelta hasta quedar flotando boca arriba y la coloqué sobre mi estómago. Entonces, nadé. Era complicado (tenía que esforzarme en mantener la nariz por encima del agua), pero era el único modo de evitar que la roca me arrastrara hasta el fondo.

Los vampiros pueden contener la respiración durante más tiempo que los humanos (cinco o seis minutos, sin problema), pero al flotar sobre mi espalda, tenía que resoplar por la nariz para evitar que el agua entrara en ella, así que tenía dos, tres minutos antes de quedarme sin oxígeno y ahogarme.

Doblé otra esquina nadando y me encontré en un largo pasillo. Descubrí la forma de lo que podría ser la pared exterior al fondo, pero estaba demasiado lejos para ver si había o no una X en ella. Me pareció que sí, pero tal vez mi mente me estuviera jugando una mala pasada; Vanez me había alertado contra los espejismos bajo el agua.

Avancé nadando por el corredor. A medio camino, comprobé que no había ninguna X (una gran grieta en las rocas me había confundido), así que me di la vuelta y regresé rápidamente por donde había venido. El peso de la piedra amenazaba con hundirme. Me detuve, apoyé los pies en el suelo y me impulsé hacia arriba con ellos, me enderecé y seguí nadando.

Busqué en vano otro vislumbre de la pared exterior, pero las siguientes dos esquinas me llevaron a otros dos pasillos, no a la pared. Me estaba quedando sin oxígeno. Cada vez me resultaba más difícil mover los brazos y las piernas.

La siguiente vuelta tampoco me condujo a la pared exterior, pero ya no tenía tiempo de avanzar hasta la esquina siguiente. Reuniendo todas mis fuerzas, nadé por el corto pasillo y giré a la derecha al final. Me encontré con otro pasillo corto. Mientras lo cruzaba, la piedra se deslizó de mi vientre, arañándome al caer. Sin pensar, abrí la boca para gritar. El agua entró y expulsó al aire.

Tosiendo, me impulsé hacia el techo en busca de aire, pero cuando lo alcancé, me encontré con que el agua me había ganado la carrera: ya no había aire.

Me mantuve a flote verticalmente, maldiciendo en silencio al destino y a los dioses de los vampiros. Esto era el fin. Había hecho lo que había podido, pero no importaba. Ahora, lo mejor que podría hacer sería abrir la boca y tragar agua, y acabar cuanto antes. Y lo habría hecho, de no ser porque aquel pasillo estaba mal iluminado y no me gustaba la idea de morir en la oscuridad. Así que, penosamente, volví a bucear hasta el suelo, recogí la roca, me giré de espaldas, la puse sobre mi estómago y seguí nadando en busca de un lugar más iluminado donde morir.

Mientras giraba a la izquierda al final del pasillo, descubrí la piedra pálida de la pared exterior. Sonreí débilmente, pensando en cuánto me habría emocionado eso minutos antes. Rodé sobre mi estómago para morir de pie... y entonces me detuve.

¡Había una X en la pared!

Me quedé mirándola estúpidamente mientras el preciado aire escapaba en burbujitas de mi boca. ¿Era otra jugarreta de mi mente? ¿Otra grieta engañosa? Tenía que serlo. Era imposible que pudiera tener tanta suerte. Debería ignorarla y...

¡No! ¡*Era* una *X*!

Me faltaba el aire, las fuerzas, pero la visión de aquella X me dio nuevas energías. Utilizando recursos que ignoraba poseer, pataleé furiosamente y salí disparado hacia la pared como una bala. Me golpeé la cabeza contra ella, retrocedí, y luego me di la vuelta y observé la gran y tosca X.

Estaba tan contento por haber encontrado la X, que casi olvidé pulsar el botón del centro. ¡Habría sido gracioso haber llegado tan lejos para fracasar al final! Pero afortunadamente, me ahorré tal vergüenza. De forma espontánea, mi mano izquierda se adelantó, dirigió los dedos al botón situado en la X y presionó. El botón se deslizó hacia dentro, y la X se desvaneció mientras la roca se hundía en la pared.

Con un enorme rugido gorgoteante, el agua salió en tromba por el hueco. Me arrastró con ella, zarandeándome hasta que mi roca se atascó en algo y me detuvo un poco más allá de la puerta. Tenía los ojos y la boca cerrados, y por un momento me pareció como si aún estuviera sumergido en el laberinto, mientras el agua se desbordaba sobre mi cabeza. Gradualmente, el nivel del agua descendió, y me di cuenta de que podía respirar.

Tras realizar la inspiración más profunda de mi vida, abrí los ojos, bizqueando. La caverna parecía ahora mucho más iluminada de lo que había estado hacía menos de media hora, cuando Vanez Blane me condujo hasta allí. Me sentía como si estuviera sentado en medio de una playa en un cálido día de verano.

Una algarabía de vítores y aclamaciones llenó mis oídos. Miré a mi alrededor como un pez fuera del agua, descubriendo a los enardecidos vampiros corriendo hacia mí, chapoteando en los charcos de agua y dando gritos de entusiasmo. Me encontraba demasiado cansado para identificar sus caras, pero reconocí el copete naranja del vampiro que iba en cabeza: Mr. Crepsley.

Mientras descendía el agua, me incorporé afanosamente y traspasé el umbral del Laberinto Acuático, sonriendo estúpidamente, frotándome la cabeza allí donde se había golpeado contra la pared.

—¡Lo has conseguido, Darren! —rugió Mr. Crepsley, llegando hasta mí y estrechándome entre sus brazos en una rara manifestación de afecto.

Otro vampiro me abrazó, aullando:

—¡Sabía que lo harías! ¡Aunque tardaste tanto que por un momento pensé que habías fracasado!

Sacudiendo a parpadeos el agua de mis ojos, distinguí los rasgos de Kurda y Gavner. Y detrás de ellos, Vanez y Arra.

—¿Mr. Crepsley? ¿Kurda? ¿Vanez? ¿Qué estamos haciendo en una playa en pleno día? —pregunté—. El Sol va a achicharraros si no tenéis cuidado.

—¡Está delirando! —rió alguien.

—¿Y quién no? —replicó Mr. Crepsley, abrazándome con orgullo.

—Creo que voy a sentarme un rato —murmuré—. Llamadme si vais a construir castillos de arena.

Y caí sentado, con la mirada clavada en el techo, convencido de encontrarme bajo un vasto cielo abierto, tarareando alegremente para mí mismo mientras los vampiros alborotaban a mi alrededor.

CAPÍTULO 5

Estaba temblando como una rata de alcantarilla cuando desperté al día siguiente. ¡Había dormido quince horas, o más! Vanez estaba allí, para darme los buenos días. Me tendió una jarrita llena de un líquido oscuro y me dijo que bebiera.

—¿Qué es? —inquirí.

—Brandy —respondió.

Nunca había probado el brandy antes. Después del primer sorbo, que me hizo atragantar, decidí que me gustaba.

—Cuidado —rió Vanez, mientras yo apuraba el resto ávidamente—. ¡Te vas a emborrachar!

Aparté a un lado la jarra, hipando y sonriendo. Luego recordé el Rito.

—¡Lo logré! —exclamé, dando un salto—. ¡Encontré la salida!

—Por supuesto que sí —corroboró Vanez—. Estaba cerca. Sólo estuviste allí dentro unos veinte minutos. ¿Tuviste que nadar hacia la salida?

—Sí —repuse, y le expliqué todo lo que me había ocurrido en el laberinto.

—Lo hiciste muy bien —dijo Vanez—. Inteligencia, fortaleza y suerte... Ningún vampiro dura mucho sin una buena dosis de cada una.

Vanez me condujo a la Cámara de Khledon Lurt para comer algo. Los vampiros allí reunidos aplaudieron en cuanto me vieron, y me rodearon, diciéndome lo bien que lo había hecho. Le resté importancia y actué con humildad, pero en mi interior me sentía como un héroe. Harkat Mulds llegó mientras yo rebañaba mi tercer cuenco de caldo de murciélago con mi quinta rebanada de pan.

—Me... alegro de... verte vivo —dijo, con su estilo simple y directo.

—Yo también —reí.

—Las apuestas... contra ti... han bajado... desde que pasaste... el primer Rito. La mayoría de los vampiros... ahora apuestan... que vas a ganar.

—Me alegra oír eso. ¿Qué apostaste *tú* por mí?

—No tengo... nada que apostar —dijo Harkat—. Si lo tuviera... lo habría hecho.

Mientras hablábamos, un rumor se extendió por toda la Cámara, agitando a los vampiros a nuestro alrededor. Escuchando atentamente, nos enteramos de que uno de los últimos vampiros que se habían rezagado en el camino al Consejo había llegado antes del alba, y se había presentado inmediatamente en la Cámara de los Príncipes para informarles sobre los restos de un vampanez que había encontrado mientras viajaba por la montaña.

—Tal vez sea el mismo vampanez que encontramos mientras veníamos hacia aquí —dije, refiriéndome al vampanez muerto con el que nos tropezamos en el transcurso de nuestro viaje.

—Tal vez —murmuró Vanez, un tanto escéptico—. Os dejaré durante un rato. Quedaos aquí. No tardaré.

Cuando volvió, el instructor jefe parecía preocupado.

—El vampiro es Patrick Goulder —dijo—. Tomó una ruta totalmente diferente, y los restos que encontró eran más frescos. Es casi seguro que se trataba de otro vampanez.

—¿Qué significa eso? —pregunté, inquieto ante los ansiosos murmullos de los vampiros a nuestro alrededor.

—No lo sé —admitió Vanez—. Pero dos vampanezes en el camino a la Montaña de los Vampiros es demasiada coincidencia. Y teniendo en cuenta el mensaje de Harkat sobre el Lord Vampanez, esto no tiene buena pinta.

Volví a pensar en el mensaje de Harkat y en la antigua promesa de Mr. Tiny de que un Lord Vampanez lideraría a los vampanezes contra los vampiros y los destruiría. Había tenido otras cosas de qué preocuparme, y aún las tenía (mis Ritos no habían hecho más que empezar), pero no era fácil ignorar aquella ominosa amenaza que pesaba sobre todo el clan de los vampiros.

—Aún así —dijo Vanez, restándole importancia—, lo que hagan los vampanezes no nos incumbe. Debemos concentrarnos en los Ritos. Dejemos cualquier otro asunto en manos de quienes estén mejor preparados para ocuparse de ellos.

Pero aunque intentábamos evitar el tema, los rumores nos persiguieron de una a otra Cámara durante todo el día, y nadie mencionó mi hazaña de la noche anterior: a nadie le interesaba la suerte de un simple semi-vampiro cuando estaba en juego el futuro de toda la raza.

***

Casi nadie me prestó atención cuando volví con Vanez a la Cámara de los Príncipes al anochecer. Algunos se llevaron los dedos a la frente y a los párpados ante la bandera púrpura (el signo del toque de la muerte), pero estaban demasiado preocupados para hablar conmigo de mi primera prueba. Tuvimos que esperar un buen rato hasta que los Príncipes nos indicaron por señas que nos acercáramos. Estaban discutiendo con sus Generales, tratando de decidir a qué habría venido el vampanez y qué habría descubierto en su merodeo. Kurda defendía con fervor a sus marginados amigos.

—¡Si se propusieran atacarnos —gritó—, lo habrían hecho en el camino, mientras llegábamos solos o en pareja!

—Tal vez planean atacarnos en el camino de vuelta —replicó alguien.

—¿Por qué habrían de hacerlo? —le retó Kurda—. Nunca nos habían atacado antes, ¿por qué iban a empezar ahora?

—Tal vez se lo haya ordenado el Lord Vampanez —sugirió un viejo General, y nerviosos gruñidos de asentimiento resonaron por toda la Cámara.

—¡Tonterías! —resopló Kurda—. No creo en esas viejas leyendas. Y aunque *fueran* ciertas, Mr. Tiny dijo que la noche de su advenimiento estaba *por llegar*... ¡No que hubiera llegado *ya*!

—Kurda tiene razón —dijo Paris Skyle—. Además, atacarnos de esta forma... en solitario, de camino al Consejo..., sería una cobardía, y los vampanezes no son cobardes.

—¿Y entonces por qué están aquí? —exclamó alguien—. ¿A qué han venido?

—Cabe la posibilidad —respondió Kurda— de que hayan venido a verme *a mí*.

Todos los vampiros de la sala clavaron los ojos en él.

—¿Por qué iban a hacerlo? —inquirió Paris.

—Son mis amigos —suspiró Kurda—. No creo en el mito del Lord Vampanez, pero muchos vampanezes sí, y algunos están tan preocupados por eso como nosotros, porque tampoco desean que estalle una guerra. Es posible que Mr. Tiny enviara algún aviso a los vampanezes como nos lo envió a nosotros, y que los que encontrasteis en el camino vinieran hacia aquí para advertirme o a discutir esta situación.

—Pero Patrick Goulder no pudo encontrar al segundo vampanez —dijo Mika Ver Leth—. Si aún está vivo, ¿no tendría que haberse puesto ya en contacto con nosotros?

—¿Cómo? —preguntó Kurda—. Un vampanez no puede entrar aquí como si tal cosa y pedir verme. Lo matarían en cuanto le pusieran la vista encima. Si es un mensajero, probablemente estará esperando en algún lugar cercano a que yo salga, para poder hablar conmigo.

Para muchos vampiros, aquello tenía sentido, pero otros lo rechazaron de plano: para ellos, la idea de un vampanez apartándose de su camino para acudir en ayuda de un vampiro era una locura, y tal argumento provocó una nueva discusión que caldeó el ambiente otro par de horas.

Mr. Crepsley no habló mucho durante la discusión. Se limitó a sentarse en un banco en primera fila, escuchando atentamente, y muy pensativo. Estaba tan absorto en la conversación que ni siquiera advirtió mi llegada.

Finalmente, aprovechando una pausa, Vanez se acercó y susurró algo a uno de los guardias, que avanzó hacia la tarima y le habló al oído a Paris Skyle (el único que le quedaba; la oreja derecha se la habían cercenado muchos años atrás). Paris asintió, y dio unas fuertes palmadas, demandando silencio.

—Amigos míos, estamos olvidando nuestros deberes —dijo—. Las noticias sobre los vampanezes son preocupantes, pero no debemos dejar que interrumpan los asuntos del Consejo. Aquí hay un joven semi-vampiro para quien cada segundo es precioso. ¿Podemos tener un poco de calma para poder atender asuntos más urgentes?

Cuando los vampiros se hubieron instalado en sus asientos, Vanez me escoltó hasta la tarima.

—Mi enhorabuena por haber superado tu primer Rito, Darren —dijo Paris.

—Gracias —respondí cortésmente.

—Teniendo en cuenta que yo nunca aprendí a nadar, tengo razones extra para admirar tu ajustadísimo triunfo —declaró Arrow, el enorme Príncipe calvo con flechas tatuadas en los brazos y las sienes—. Si hubiera estado en tu lugar, dudo que hubiera conseguido salir con vida.

—Lo has hecho bien, joven Shan —agregó Mika Ver Leth—. Con un buen comienzo se gana media batalla. Todavía te queda un largo camino, pero estoy dispuesto a aceptar que quizá me haya equivocado contigo.

—Si tuviéramos tiempo, nos encantaría escuchar cómo viviste tu experiencia en el laberinto —suspiró Paris—, pero, por desgracia, tendremos que dejarlo para otra ocasión. ¿Estás listo para escoger tu siguiente Rito?

—Lo estoy.

Trajeron el saco con las piedras numeradas. Tras las comprobaciones de rigor, rebusqué en su interior, y cogí una de las del fondo.

—Número veintitrés —proclamó el guardia, tras examinarla—. El Sendero de las Agujas.

—Pensaba que sólo había diecisiete Ritos —le comenté a Vanez en voz baja, mientras la piedra era entregada a los Príncipes.

—Diecisiete para ti —convino él—, pero en total son más de sesenta. Se han omitido muchos, unos porque actualmente es imposible prepararlos (como el Foso de las Serpientes), y otros porque no son adecuados a tu tamaño y edad.

—¿Es una prueba difícil? —pregunté.

—Es más fácil que el Laberinto Acuático —repuso—. Y tu estatura será una ventaja. Es tan buena como podríamos esperar.

Los Príncipes examinaron la piedra, anunciaron su aprobación, la guardaron y me desearon suerte. Habían estado bastante distantes conmigo, pero comprendía su distracción y no me ofendí. Mientras Vanez y yo nos alejábamos, escuché cómo se reiniciaba la discusión sobre los vampanezes, y la tensa atmósfera de la Cámara resultaba casi tan asfixiante como estar bajo el agua en el Laberinto Acuático.

CAPÍTULO 6

El Sendero de las Agujas era una caverna larga y estrecha, llena de estalactitas y estalagmitas de aguzadas puntas. Vanez me llevó a verla antes de ir a practicar a otra cueva.

—¿Todo lo que tengo que hacer es cruzarla? —pregunté.

—Sólo eso.

—No es gran cosa para ser un Rito, ¿verdad? —apunté, confidencialmente.

—Veremos si mañana sigues pensando lo mismo —rezongó—. Las estalagmitas son resbaladizas: un mal paso y quedarás empalado en un abrir y cerrar de ojos. Y muchas estalactitas penden tan precariamente como si colgaran de un hilo. Cualquier ruido repentino puede provocar su caída. Si te cae una encima, te atravesará limpiamente.

A pesar de su advertencia, seguía pensando que era una prueba muy fácil. Pero al acabar mi primera sesión de entrenamiento, había cambiado totalmente de opinión.

Practicamos en una cueva donde las estalagmitas no eran tan afiladas ni tan resbaladizas como las del Sendero de las Agujas, ni las estalactitas se rompían y caían repentinamente. Pero aun siendo esta caverna un paseo entre las flores en comparación con la otra, estuve a punto de ensartarme muchas veces, salvándome por los pelos gracias a las rápidas manos de Vanez Blane.

—¡No te sujetas bien! —rugió cuando casi pierdo un ojo. Me arañé la mejilla en una estalagmita, y Vanez me aplicó saliva en el corte para detener el flujo de la sangre (como semi-vampiro, mi saliva aún no era lo suficientemente eficaz para cerrar heridas).

—Es como intentar agarrarse a un poste untado con mantequilla —rezongué.

—¡Pues por eso debes sujetarte bien!

—Pero me hago daño... Me despedazaría las manos si...

—¿Y qué prefieres? —me interrumpió Vanez—. ¿Unas manos heridas o una estalagmita atravesando tu corazón?

—¡Qué pregunta tan estúpida! —refunfuñé.

—¡Entonces deja de actuar como un estúpido! —barbotó—. ¡Las palmas de tus manos quedarán hechas jirones en el Sendero de las Agujas, y no podrás evitarlo! Eres un semi-vampiro, así que tu piel se regenerará enseguida. Debes ignorar el dolor y concentrarte en sujetarte bien. Ya tendrás tiempo de sobra después del Rito para quejarte por tus pobres deditos que nunca volverán a tocar un piano.

—No podría tocar el piano, de todos modos —bufé, pero hice lo que me ordenaba y me sujeté firmemente de las traicioneras estacas minerales.

Al término de la sesión, Vanez me aplicó sobre las manos hierbas especiales y hojas, para aliviar gran parte del dolor que sentía y endurecerme las palmas para el calvario que me esperaba. Durante un rato sentí como si los dedos me ardieran, pero el dolor cedió gradualmente, y cuando llegó el momento de iniciar mi segunda ronda de entrenamiento, era ya sólo un sordo latido al final de mis brazos.

Esta vez nos centramos en la cautela. Vanez me enseñó a comprobar cada estalagmita antes de apoyarme en ella. Si alguna se rompía en la cueva, podía acabar muerto, o el sonido podía hacer caer a las estalactitas, lo cual era igualmente peligroso.

—Vigila el techo —dijo Vanez—. Puedes esquivar la mayor parte de las estalactitas que caen simplemente apartándote de su camino.

—¿Y si no puedo esquivarlas? —pregunté.

—Entonces, tendrás problemas. Si te cae una encima y no puedes eludirla, tendrás que golpearla para desviarla hacia un lado, o bien agarrarla. Lo segundo es más difícil, pero es preferible: si desvías una estalactita, se estrellará contra cualquier cosa y se hará añicos, y el ruido puede hacer que caigan todas las demás.

—¿No había dicho que esta prueba era más fácil que la del Laberinto Acuático? —protesté.

—Y lo es —me aseguró—. Se necesita mucha suerte para salir del Laberinto Acuático. En el Sendero de las Agujas puedes ejercer un mayor control sobre tu destino: tendrás tu vida en tus propias manos.

Arra Sails se presentó en nuestra tercera sesión de entrenamiento, para ayudarme con el equilibrio. Me vendó los ojos y me hizo caminar entre una serie de estalagmitas despuntadas, y así aprendí a avanzar sirviéndome tan sólo del tacto.

—Posee un excelente sentido del equilibrio —le comentó a Vanez—. En cuanto pierda el miedo a lastimarse las manos, no tendrá problemas para pasar la prueba.

Finalmente, tras muchas horas de práctica, Vanez me devolvió a mi celda para que pudiera echarme un sueñecito. Una vez más, no me había forzado a entrenar más que lo justo. Y pese al cansancio, las magulladuras y los cortes, después de algunas horas en mi hamaca volvía a sentirme como nuevo y preparado para cualquier cosa.

***

Casi no había vampiros presentes en el Sendero de las Agujas para presenciar mi segunda prueba. La mayoría estaban enclaustrados en la Cámara de los Príncipes, o apiñados en alguna de las muchas salas de reunión de la montaña, hablando de los vampanezes. Mr. Crepsley acudió a animarme, al igual que Gavner Purl y Seba Nile. Pero Harkat era el otro único rostro familiar en aquella pequeña congregación de admiradores.

Un guardia me dijo que los Príncipes enviaban sus disculpas, pues no podrían presidir este Rito. Vanez protestó, argumentando que la prueba debería aplazarse si no iba a estar presente al menos un Príncipe, pero el guardia citó un par de precedentes en los que los Príncipes no habían podido asistir a los Ritos y se realizaron sin ellos. Vanez me preguntó si tenía algo que objetar (dijo que si armábamos jaleo, probablemente podríamos persuadir a los Príncipes de posponer el Rito una noche o dos, hasta que alguno de ellos tuviera tiempo de acudir), pero le respondí que prefería seguir adelante.

El guardia enviado por los Príncipes para asegurarse de que yo estaba informado de lo que tenía que hacer, me deseó suerte, me condujo a la entrada del Sendero de las Agujas y me dejó allí.

Trepé por la primera estalagmita que surgió a mi paso y contemplé todo un mar y un cielo de centelleantes estacas. La caverna tenía bien merecido su nombre: desde donde me encontraba, parecía exactamente un camino hecho de agujas. Reprimiendo un escalofrío, empecé a avanzar a paso de caracol. Las prisas sobraban en el Sendero de las Agujas. Si uno quería sobrevivir, debía moverse con lentitud y seguridad. Tanteé cada estalagmita antes de escoger mis puntos de apoyo, moviéndolas suavemente de un lado a otro, asegurándome de que podrían soportar mi peso.

Levantar las piernas era tarea delicada. De ningún modo podía agarrarme a las puntas de las estalagmitas con los dedos de los pies, así que tenía que mantenerlos bien bajos, teniendo a veces que pasarlos a la fuerza entre dos estalagmitas. Aunque esto me daba la posibilidad de no cargar el peso en mis brazos y manos, también me costaba muchos arañazos en las rodillas y los muslos cada vez que arrastraba las piernas hacia delante.

Era peor en los puntos donde las estalactitas pendían más bajo. Allí tenía que inclinarme de tal modo que casi quedaba horizontalmente extendido sobre las estalagmitas, para avanzar serpenteando. Eso me produjo varios feos arañazos en el pecho, el vientre y la espalda. ¡Al cabo de un rato me encontraba envidiando a esos fabulosos faquires de la India capaces de tumbarse sobre una cama de clavos!

Tras recorrer una quinta parte del camino, mi pie izquierdo resbaló y chocó ruidosamente contra una estalagmita. Sobre mi cabeza se produjo un sonido estremecido y zumbante. Miré hacia arriba y vi temblar un montón de estalactitas. Durante unos segundos me pareció que no caerían, pero entonces una se desprendió y se estrelló contra el suelo. El ruido hizo temblar a las demás, y en un instante una lluvia de lanzas pétreas cayó a mi alrededor.

No me dejé llevar por el pánico. Afortunadamente, ninguna de las estalactitas cayó apenas lo suficientemente cerca de mí como para herirme, excepto una, que me habría cortado en dos el brazo derecho si no la hubiera visto y esquivado a tiempo, y otra pequeña pero afiladísima que evité metiendo el estómago antes de que me abriera un ombligo nuevo justo en el centro. Si no, me habría quedado inmóvil donde estaba, observando atentamente el techo en busca de cualquier señal de peligro, aguardando la avalancha.

Finalmente, las estalactitas dejaron de caer, y los ecos de su quebramiento se apagaron. Esperé un minuto, por temor a que pudiera caer alguna más (Vanez me había prevenido contra ello), y en cuanto volvió a reinar la calma, seguí adelante con el mismo paso cauteloso.

La caída de las estalactitas había apartado de mi mente el dolor de mi cuerpo lacerado y aguijoneado. Me recorrió un torrente de adrenalina ante la lluvia de letales agujas, y durante un momento fui inmune al dolor. Este regresó a medida que avanzaba, pero la mayoría de los cortes apenas acaparaban mi atención, tan sólo haciendo alguna mueca de dolor de vez en aquellas ocasiones en que alguna punta afilada se clavaba más profundamente en mi carne.

Encontré un buen apoyo para mis pies a medio camino, y descansé cinco o seis minutos. El techo estaba alto en aquel punto, de forma que podía permanecer de pie y girar los brazos y el cuello para desentumecer los músculos.

Hacía calor y sudaba como un loco. Llevaba una ajustada ropa de cuero, que, aunque necesaria (la ropa holgada podía engancharse en las estalactitas), me hacía sudar aún más.

Muchos vampiros ni siquiera iban vestidos cuando cruzaban el Sendero de las Agujas, pero aunque a mí no me había importado desnudarme para cruzar un valle plagado de zarzas en el camino a la Montaña de los Vampiros, no quería aparecer sin ropa ante un montón de extraños.

Me sequé las manos en los pantalones, pero los tenía ya tan ensangrentados que me quedaron aún más resbaladizas que antes. Busqué alguna zona seca en mi mugrienta ropa, y me serví del polvo para secarme las manos. La suciedad se introdujo en mis heridas y me escocieron como si hubiera agarrado dos puñados de chinchetas, pero el dolor cedió al cabo de un rato y estuve listo para continuar.

Iba a buen ritmo y ya había recorrido las tres cuartas partes del camino, cuando cometí mi primer error verdadero. Aunque el techo era alto en esta parte de la caverna, las estalagmitas se erguían muy juntas, y prácticamente tuve que arrastrarme sobre ellas. Las puntas se hundían en mi vientre y en mi pecho, así que avancé deprisa, ansioso por dejar atrás aquella terrible congregación pétrea.

Extendiendo la mano izquierda, tanteé una larga estalagmita, pero sólo ligeramente: era tan grande que estuve seguro de que soportaría mi peso. Mientras me apoyaba en ella, sonó un crujido y la punta se rompió bajo mi mano. De inmediato comprendí lo que iba a pasar y traté de retroceder, pero ya era demasiado tarde. Rota la punta por mi peso, mi cuerpo cayó, quebrando las estalagmitas más próximas.

El ruido no fue especialmente estrepitoso, pero allí sonó como un trueno, y escuché el familiar estremecimiento sobre mi cabeza. Miré con cuidado de un lado a otro, clavé la vista en el techo y vi cómo unas cuantas estalactitas pequeñas caían y se hacían pedazos. Esas no me preocuparon (aunque me hubieran alcanzado, no habrían podido hacerme mucho daño), pero la enorme estalactita que vi directamente encima de mí hizo que se me encogieran las tripas con temerosa anticipación. Por un instante pensé que estaba a salvo (el ruido inicial ni siquiera provocó un estremecimiento en la estalactita), pero, mientras las estalactitas menores caían y estallaban, la grande empezó a temblar, levemente al principio, y luego de forma alarmante.

Intenté ponerme rápidamente fuera de su alcance, pero las estalagmitas dificultaron mi retirada. Tardé unos segundos en liberarme. Me giré a medias, creando espacio para maniobrar. Estaba mirando atentamente la estalactita, juzgando cuánto espacio tendría para revolverme, cuando me acordé de las que la rodeaban. Si la grande caía y se rompía, ¡la vibración provocaría que prácticamente cada estalactita en aquella zona de la caverna cayera sobre mí!

Mientras consideraba aquel problema e intentaba imaginar alguna forma de salir de él, la gran estalactita se quebró abruptamente por el centro, y su afilada punta se precipitó sobre mí, apuntando como una flecha directamente hacia la tierna carne de mi estómago. ¡Iba a atravesarme!

CAPÍTULO 7

Sólo dispuse de una fracción de segundo para pensar y reaccionar. Para un humano corriente, todo habría terminado en ese momento. Como semi-vampiro, tenía una oportunidad. Apartarme de su camino era imposible (no tenía tiempo), así que me tumbé de espaldas, apoyándome contra el borde plano de la estalagmita cuya punta había quebrado. Olvidando las estalagmitas que me rodeaban, ignorando el dolor como el de una docena de agujas clavándose en mí, alcé las manos por encima del cuerpo y agarré la estalactita.

La cogí al vuelo, varias pulgadas por encima de la punta. Resbaló entre mis manos, dejándome pequeñas esquirlas plateadas clavadas a lo largo de las palmas. Tuve que morderme la lengua con fuerza para contener un agonizante alarido de dolor.

Ignorando el dolor, apreté aún más las manos en torno a la estalactita, sujetándola tan fuerte como pude, y la punta se detuvo a un par de pulgadas de mi vientre. Los músculos de mis brazos crujieron con el esfuerzo de refrenar y detener el descenso del pesado trozo de roca, pero no cedí.

Suavemente, con brazos temblorosos, dejé la estalactita a un lado, procurando no hacer ningún ruido, y luego me despegué de la estalagmita y soplé mis palmas ensangrentadas, cuyas líneas se habían cortado en docenas de sitios por las afiladas aristas de la estaca. Gracias a la suerte de los vampiros, no me había amputado ningún dedo, y sólo por eso debía dar gracias.

El resto de mi cuerpo presentaba laceraciones similares. Las sentía como puñaladas. La sangre se deslizaba libremente por mi espalda, mis brazos y mis piernas, y notaba que el borde de la estalagmita grande me había hecho un profundo corte en la zona inferior de la espalda. ¡Pero seguía *vivo*!

Me tomé mi tiempo en atravesar lo que quedaba de aquel aguzado grupo, pues no era cosa fácil. Una vez en terreno despejado, me detuve, me limpié la sangre de las manos, me lamí los dedos y froté la saliva sobre las peores heridas. No podía cerrar los cortes como los vampiros completos, pero la húmeda saliva alivió el dolor. Unas cuantas lágrimas de desdicha resbalaron lentamente por mis mejillas, pero sabía que la autocompasión no conducía a nada, así que me las sequé y me obligué a concentrarme: aún no había salido de la caverna.

Pensé en quitarme la ropa y arrancarle tiras con las que vendarme las manos para conseguir una sujeción más firme. Pero eso habría sido como hacer trampa, y mi sangre vampírica hirvió de furia ante la idea. Así que en lugar de hacer eso, volví a servirme del polvo para secarme las palmas y los dedos ensangrentados. También froté con polvo mis pies y pantorrillas, resbaladizos por la sangre que había goteado de mis manos.

Tras un corto descanso, continué. No era tan difícil avanzar por aquel lado, pero me encontraba en tan mal estado que me lo parecía. Proseguí lentamente, tanteando cada estalagmita con más minuciosidad de la necesaria, para no correr más riesgos.

Finalmente, después de más de hora y media en el Sendero de las Agujas (que la mayoría de los vampiros cruzaban en menos de cuarenta minutos), llegué tambaleante a la salida, donde fui calurosamente vitoreado por los pocos vampiros que se habían reunido allí para aplaudir mi triunfo.

—¿Y bien? —preguntó Vanez, echándome una tosca toalla sobre los hombros. —¿Te sigue pareciendo una prueba fácil?

Miré al instructor jefe con el ceño fruncido.

—Si vuelvo a decir una estupidez semejante —le dije—, ¡que me corten la lengua y me cosan los labios!

—Vamos —rió—. Limpiaremos toda esa sangre y mugre, y luego te pondremos los bálsamos y las vendas.

Sostenido por Vanez y Mr. Crepsley, abandoné cojeando el Sendero de las Agujas, y pedí en una silenciosa plegaria que la próxima prueba no tuviera nada que ver con estrechas cavernas ni acerados obstáculos. Si hubiera sabido cuál iba a ser la respuesta a mi plegaria, no me habría molestado.

***

En vista de las circunstancias, no tuve que preocuparme inmediatamente por mi próximo Rito. Mientras me duchaba bajo una helada cascada en la Cámara de Perta Vin-Grahl, nos llegó la noticia de que el último vampiro había llegado a la montaña, lo cual significaba que el Festival de los No Muertos podría comenzar al final del día siguiente, con la puesta del Sol.

—¡Ya está! —anunció Vanez—. ¡Tres días y tres noches para beber, alegrarse, recuperarse y relajarse! Las cosas no podrían haber salido mejor de haberlas planeado.

—No sé —rezongué, sirviéndome de mis uñas para excavar la suciedad que cubría los cortes de mis piernas y pies—. Creo que necesitaría un par de semanas... ¡como mínimo!

—Tonterías —dijo Vanez—. En un par de noches estarás como nuevo. Te quedarán unas cuantas cicatrices y arañazos, pero no harán que rindas menos en las últimas pruebas.

—¿Tendré mi día extra para preparar el Rito, aparte de los tres días del Festival? —pregunté.

—Por supuesto —respondió—. Cualquier asunto oficial se posterga mientras dure el Festival de los No Muertos. Es tiempo para el descanso, la diversión y las viejas historias. Hasta el asunto de los vampanezes se pospondrá durante los tres próximos días. He esperado este momento durante meses —prosiguió Vanez, frotándose las manos—. Como no seré yo el que se encargue de organizar ni supervisar los juegos durante el Festival, podré olvidarme de mis tareas como instructor jefe, y disfrutar en paz, sin preocuparme de lo que hagan los demás.

—¿Puede tomar parte en los juegos con un solo ojo? —pregunté.

—Pues claro —replicó—. Sólo unos pocos juegos requieren servirse de ambos, pero la mayoría no. Espera y verás: antes de la ceremonia final del Festival habrá muchos cráneos rotos. Docenas de vampiros abandonarán el Consejo maldiciendo mi nombre y la noche en que se cruzaron conmigo.

Cuando terminé de ducharme, salí de la cascada y me envolví en un par de toallas. Permanecí junto a un par de potentes antorchas hasta secarme, y luego Vanez vendó mis peores heridas, y me embutí en las ligeras prendas que me trajo. Aunque el material era finísimo, no me resultaron cómodas, y tan pronto como volví a mi celda me las quité y me acosté desnudo en mi hamaca.

No dormí mucho esa noche. Estaba demasiado dolorido. Intenté permanecer inmóvil, pero no pude, y las vueltas que di me mantuvieron despierto. Al final me levanté, me puse unos pantalones, y fui en busca de Harkat. Pero le habían vuelto a convocar en la Cámara de los Príncipes (antes de que comenzara el Festival de los No Muertos querían que les hablara del mensaje de Mr. Tiny una vez más), así que regresé a mi celda, busqué un espejo y pasé unas horas contando los arañazos que tenía al dorso de mis brazos y piernas.

Cuando se hizo de día (ya me estaba acostumbrando al paso del tiempo en el interior de la montaña: cuando llegué, no podía diferenciar la noche del día), volví a tumbarme en mi hamaca y de nuevo traté de conciliar el sueño. Esta vez, me las arreglé para quedarme dormido, y, aunque mi sueño fue inquieto, conseguí dormir unas cuantas horas antes del comienzo del tan esperado Festival de los No Muertos.

CAPÍTULO 8

El Festival tuvo lugar en la inmensa Cámara de Stahrvos Glen (también llamada Cámara de Reuniones). Todos los vampiros de la montaña estuvieron presentes, y a pesar de lo grande que era la sala, nos amontonábamos como sardinas en lata. Mirando a mi alrededor mientras esperábamos el ocaso, calculé que habría, tirando por lo bajo, unas cuatrocientas personas, como mucho quinientas.

Todos lucían elegantes ropas de vivos colores. Las escasas vampiresas que había en la Cámara vestían trajes largos y holgados, y la mayoría de los hombres llevaban bonitas (aunque polvorientas) capas. Mr. Crepsley y Seba Nile iban a juego, ambos con trajes rojos, y parecían padre e hijo, los dos juntos. Incluso Harkat llevaba una túnica nueva de un intenso azul que le habían prestado para la ocasión.

Yo era el único que parecía fuera de lugar. Los cortes y arañazos me escocían rabiosamente, y llevaba la camiseta y los pantalones de fino tejido y color apagado que Vanez me había dado en la Cámara de Perta Vin-Grahl. Incluso aquel ligero material me irritaba. No dejaba de tironear de la tela para apartarla de mi piel. Mr. Crepsley me advirtió varias veces que me estuviera quieto, pero no podía.

—Ven a verme más tarde —susurró Seba, mientras yo tiraba de mi camiseta por milésima vez—. Tengo algo que te aliviará el picor.

Empecé a dar las gracias al viejo intendente, pero me interrumpió el sonoro tañido de un gong. Todos los vampiros de la Cámara dejaron de hablar. Momentos después, los tres Príncipes Vampiros aparecieron en la entrada de la Cámara, y subieron a una tarima para que todos pudiéramos verles bien. El Festival de los No Muertos y la Ceremonia de Conclusión (que se realizaría al finalizar el Consejo) eran las únicas veces en que todos los Príncipes abandonaban sus inexpugnables aposentos en lo alto de la montaña. Al menos uno de ellos estaba siempre presente el resto del tiempo.

—Me alegro de veros, amigos míos —saludó Paris Skyle con una amplia sonrisa.

—Os damos la bienvenida a la Montaña de los Vampiros —dijo Mika Ver Leth.

—Esperamos que disfrutéis de vuestra estancia —añadió Arrow.

—Sé que todos habéis escuchado los rumores sobre los vampanezes —dijo Paris—. Se acercan tiempos difíciles, y habrá mucho que discutir y planear. Pero no durante estas tres noches, porque este es el Festival de los No Muertos, donde todos los vampiros somos iguales, y todos debemos disfrutar.

—Estoy seguro de que todos estáis ansiosos de que den comienzo las celebraciones —dijo Mika—. Pero primero recordaremos a aquellos que han emprendido su viaje al Paraíso desde el último Consejo.

Arrow pronunció los nombres de nueve vampiros que habían muerto durante los doce últimos años. Ante cada nombre, los vampiros reunidos en la Cámara hacían la señal del toque de la muerte y musitaban al unísono:

—Hasta en la muerte, saldrás triunfante.

Tras pronunciar el último nombre, Paris aplaudió y dijo:

—Este ha sido el último acto oficial por ahora. No habrá más hasta que el Festival haya concluido. Amigos míos, ¡que la suerte os acompañe!

—¡Suerte! —vociferaron los vampiros, lanzando las capas al aire, abrazándose rudamente entre sí, y gritando a todo pulmón—: ¡Suerte! ¡Suerte! ¡Suerte!

***

Las horas siguientes fueron tan excitantes, que casi conseguí olvidarme de la picazón de mis heridas. Fui arrastrado hasta las Cámaras Deportivas por una ola de vampiros ansiosos de medir sus fuerzas con viejos amigos y rivales. Algunos no podían esperar a llegar a las Cámaras y comenzaron a luchar y a boxear en medio de los pasillos. Los vampiros de rango superior los mantuvieron a raya y los llevaron a rastras (a menudo entre forcejeos y protestas) a las Cámaras, donde pudieron seguir peleando a placer y para deleite del público.

Las tres salas eran un caos. Como ninguno de los instructores oficiales estaba de servicio, no había nadie que gritara órdenes o se asegurase de que todo fuera como es debido. Los vampiros abarrotaban las Cámaras retando a todo el que se cruzaba en su camino, en alborozado desenfreno.

Y Mr. Crepsley no se comportaba mejor que el resto. Su habitual dignidad desapareció en aquella riada de locura, y correteaba de un lado a otro como un salvaje, aullando, lanzando puñetazos y dando brincos. Hasta los Príncipes Vampiros se unieron a la locura, incluido Paris Skyle, pese a sus ochocientos años de edad.

Me moví entre ellos como pude, procurando mantener la cabeza por encima de aquel rebullente mar de vampiros. El estallido inicial de tan alocada actividad me había asustado un poco (es que no me esperaba algo así), pero pronto empecé a divertirme de lo lindo, gateando entre las piernas de los vampiros que luchaban y haciéndoles caer.

En un momento dado, me encontré espalda contra espalda con Harkat. Había sido arrastrado por la avalancha como el resto de nosotros, y estaba ocupado girando de izquierda a derecha, sacudiéndose de encima a los vampiros como si fueran fardos de algodón. A ellos les encantaba (les maravillaba que alguien tan pequeño pudiera ser tan fuerte) y hacían cola para medirse con él.

Pude tomarme un respiro mientras estaba detrás de Harkat: a nadie le interesaba un semi-vampiro cuando podían enfrentarse a una Personita. Una vez recuperada parte de mis energías, volví a deslizarme entre ellos para reintegrarme a la multitud beligerante.

El caos fue disminuyendo gradualmente. Muchos vampiros habían sido heridos en la refriega, y mientras se alejaban a rastras para recibir atención médica, los que quedaban en pie hacían una pausa para secarse el sudor de la frente y saciar su sed con un buen trago.

Al cabo de un rato, comenzaron los juegos en serio. Los vampiros se encaminaron a las colchonetas, los cuadriláteros y las barras, en grupos de dos o tres a la vez, o como quisieran. Los que estaban demasiado cansados o heridos para luchar, se arremolinaban en torno a los combatientes para animarles.

Observé luchar a Mr. Crepsley. Su técnica era parecida al karate, y la dominaba muy bien. Sus manos se movían como centellas, demasiado rápido hasta para un vampiro, y sus oponentes caían como moscas, generalmente en cuestión de segundos.

En otra colchoneta, luchaba Vanez. El instructor tuerto, como había predicho, estaba disfrutando de su gran momento. Durante el tiempo que estuve observándole, lanzó fuera a tres vampiros con las narices sangrantes y las cabezas rotas, y se estaba deshaciendo del cuarto cuando me marché.

Al pasar ante uno de los cuadriláteros donde tenía lugar una justa, un risueño vampiro me agarró y me empujó hacia delante para competir. No protesté: una de las normas del Festival era que nadie podía rechazar un desafío.

—¿Cuáles son las reglas? —pregunté, gritando para hacerme oír.

—¿Ves las dos cuerdas que cuelgan de esa barra ahí arriba? —respondió el que me empujó. Yo asentí—. Agarras una y te quedas de pie en ese lado de la plataforma. Tu oponente se agarra a la otra y se queda frente a ti en el otro lado. Entonces os balanceáis hasta el centro y os dais puñetazos y patadas hasta que uno de los dos caiga.

Mi oponente era un vampiro grande y peludo que parecía un monstruo de comic. No tenía la menor oportunidad contra él, pero quise intentarlo. Agarré firmemente la cuerda, me balanceé a su encuentro y durante algunos segundos me limité a esquivar sus demoledores golpes. Me las arreglé para patearle las costillas y darle un tortazo en la cara, pero mis golpes no le hacían daño, y de repente me lanzó un gancho a la mandíbula que me arrojó al suelo.

Los vampiros que estaban alrededor del ring corrieron hacia mí y me ayudaron a levantarme.

—¿Estás bien? —preguntó el que me había lanzado al combate.

—Muy bien —dije, pasándome la lengua por los dientes para comprobar si me había roto alguno—. ¿Se permiten tres intentos..., o cinco?

Los vampiros aplaudieron y me dieron palmadas en la espalda. Les gustaban los luchadores. Volví a colgarme de la cuerda y a enfrentarme al gorila. Sólo duré unos segundos más, pero nadie esperaba otra cosa. Me llevaron a hombros como un campeón y me dieron una jarra de cerveza. Su sabor no me agradaba, pero habría sido una descortesía rechazarla, así que me bebí hasta la última gota, sonreí mientras volvían a aplaudirme, y luego me alejé tambaleándome, en busca de un lugar donde sentarme a descansar.

Se consumieron grandes cantidades de cerveza, vino, whisky y brandy (¡y por supuesto, sangre!), pero ningún vampiro acabó borracho. Esto es porque el metabolismo de los vampiros es más fuerte que el de los humanos. Un vampiro común tendría que beberse un barril entero de cerveza antes de llegar ni tan siquiera a achisparse. Como semi-vampiro, yo no era tan inmune a los efectos del alcohol como los demás. Me sentía bastante mareado tras tomarme la cerveza y me hice el propósito de no volver a beber... ¡al menos por esa noche!

Kurda se reunió conmigo mientras descansaba. Estaba sonrojado y sonriente.

—Qué locura, ¿verdad? —dijo—. Tantos vampiros adultos comportándose como chiquillos salvajes... ¡Qué embarazoso sería que alguien nos viese en estos momentos!

—Pero es divertido, ¿no? —reí.

—Sin duda —admitió—. Pero menos mal que sólo tengo que soportarlo una vez cada doce años.

—¡Kurda Smahlt! —gritó alguien.

Al mirar a nuestro alrededor, descubrimos a Arra Sails sobre su entarimado de barras favorito, haciendo girar un bastón sobre la cabeza.

—¿Qué me dices, Kurda? ¿Te arriesgas?

Kurda hizo un mohín.

—¡Me duele una pierna! —gritó.

Los vampiros alrededor de las barras le abuchearon.

—¡Vamos, Kurda! —le incitó Arra—. ¡Ni siquiera un pacifista como tú puede rechazar un desafío durante el Festival de los No Muertos!

Kurda suspiró, se quitó los zapatos y avanzó. Los vampiros rugieron de placer, y enseguida corrió la voz de que Kurda Smahlt iba a enfrentarse a Arra Sails. No tardó en congregarse una multitud alrededor de las barras, la mayoría vampiros que ardían en deseos de ver a Kurda dar con sus huesos en tierra.

—Nadie ha podido derrotarla en las barras en once años —le susurré a Kurda mientras él elegía un bastón.

—Ya lo sé —rezongó.

—Procure no acercarse mucho a ella —le advertí, hablando como si fuera un experto, cuando en realidad sólo había estado sobre las barras una vez—. Distánciese cuanto pueda.

—Lo tendré en cuenta.

—Y tenga cuidado. Le partirá el cráneo a la primera oportunidad si le da la ocasión.

—¿Intentas animarme o desmoralizarme? —masculló.

—Animarle, por supuesto —sonreí.

—¡Pues lo estás haciendo fatal!

Probó el bastón, disfrutando de su contacto, y saltó sobre las barras. Los vampiros aplaudieron y retrocedieron para dejarle espacio suficiente cuando cayera.

—Hace décadas que esperaba verte aquí —sonrió Arra, haciendo girar su bastón mientras avanzaba.

—Pues espero que haya valido la pena —dijo Kurda, bloqueando el primer golpe y apartándose con danzarina gracilidad.

—Te las arreglaste para evitar enfrentarte a mí la última vez, pero ahora no podrás escapar. ¡Te voy a...!

Kurda lanzó un par de golpes que hicieron retroceder de un brinco a Arra, sorprendida.

—¿Estás aquí para hablar o para luchar? —inquirió Kurda, suavemente.

—¡Para luchar! —rugió Arra, ahora en guardia.

Ambos fintaron cautelosamente durante unos minutos, tanteándose mutuamente. Luego, el bastón de Arra golpeó a Kurda en una rodilla. No dio la impresión de ser un golpe fuerte, pero aún así Kurda se balanceó sobre la barra y bajó la guardia. Arra sonrió ampliamente y se lanzó como una flecha contra él para darle el golpe de gracia. Pero entonces Kurda saltó a la barra paralela trazando un amplio círculo con su bastón.

Cogió a Arra totalmente por sorpresa, que no pudo hacer nada cuando el bastón impactó contra sus piernas en un giro vertiginoso. Cayó al suelo con un ruido sordo. *¡Había sido vencida!* Se produjo un estupefacto silencio, y luego los vampiros prorrumpieron en rugidos de aprobación y corrieron en tropel a estrechar la mano de Kurda. Él se abrió paso entre ellos para comprobar si Arra estaba bien. La vampiresa le golpeó las manos cuando trató de ayudarla a incorporarse.

—¡No me toques! —rugió.

—Sólo intentaba... —empezó él.

—¡Me engañaste! —lo cortó ella—. ¡Me hiciste creer que estabas lesionado! ¡Vamos a repetirlo, y el que gane dos de tres...!

—Te he vencido en buena lid —dijo Kurda sin alterarse—. No hay ninguna regla que prohíba fingir una lesión. Simplemente, no deberías haber entrado a matar como lo hiciste. Si no hubieras estado tan ansiosa por humillarme, mi truco no habría funcionado.

Arra lanzó una mirada feroz al futuro Príncipe. Luego bajó los ojos y musitó:

—Tienes razón.

Alzó la cabeza y miró de frente a Kurda:

—Discúlpame si te he insultado, Kurda Smahlt. Hablaba dominada por la rabia. ¿Querrás perdonarme?

—Lo haré, si me estrechas la mano —sonrió Kurda.

Arra meneó la cabeza bruscamente.

—No puedo —dijo con tristeza—. Me has vencido limpiamente y sería deshonroso no estrecharte la mano... pero no puedo hacerlo.

Kurda pareció dolido, pero forzó una sonrisa.

—Está bien —dijo—. Te perdono de todas formas.

—Gracias —dijo Arra, y luego se dio la vuelta y se marchó corriendo de la sala, con el rostro desencajado por el aplastante peso de la vergüenza.

Kurda volvió a sentarse junto a mí, con expresión abatida.

—Siento lástima por ella —suspiró—. Debe ser muy duro acabar siendo víctima de su propia obstinación. Su negativa a estrecharme la mano la perseguirá el resto de su vida. Desde su punto de vista, y del de quienes piensan como ella, ha cometido un acto imperdonable. Aunque a mí no me importe, sentirá que se ha deshonrado a sí misma.

—Nadie podía creerlo cuando la derribó —dije, intentando levantarle el ánimo—. No imaginaba que fuera tan bueno luchando.

Kurda soltó una breve carcajada.

—Es que yo *prefiero* no luchar... pero eso no significa que *no* sepa hacerlo. No soy un héroe, pero tampoco el cobarde inútil que muchos piensan que soy.

—Si peleara más a menudo, no lo pensarían —apunté.

—Es cierto —admitió—. Pero no me importa lo que piensen.

Puso los dedos en mi pecho y presionó suavemente sobre el corazón:

—Aquí es donde se debe juzgar a un hombre, no en las barras, ni en un ring, ni en un campo de batalla. Si tu corazón sabe que eres sincero y valiente, te bastará con eso.

“De los nueve vampiros que murieron desde el último Consejo, cinco podrían haber estado aquí esta noche, sanos y salvos, si no hubieran decidido probarse ante los demás. Buscaron una muerte prematura sólo para ganarse la admiración de sus compañeros.

Bajó la cabeza y suspiró hondamente.

—Todo esto es estúpido —murmuró—. Inútil y lamentable. Y una noche veremos que sólo nos condujo a nuestro propio fin.

Se levantó y se alejó sin rumbo, sombrío y abatido. Yo me quedé allí sentado un buen rato, contemplando a los sanguinarios y beligerantes vampiros, reflexionando sobre las solemnes e inquietantes palabras del pacífico Kurda.

CAPÍTULO 9

Al despuntar el nuevo día la mayoría de los vampiros se retiraron a sus ataúdes. De buena gana habrían seguido peleando y bebiendo, pero el primer baile ceremonial se celebraría al ocaso, y debían prepararse para ello. Habría tres bailes durante el Festival de los No Muertos, uno al final de cada día. Tendrían lugar en dos amplias Cámaras, para poder albergar a todos los vampiros.

El baile era un evento extraño. La mayoría de los vampiros lucían sus coloridas ropas, igual que el día anterior, sólo que ahora las camisas, pantalones y capas estaban destrozados y ensangrentados, y sus cuerpos y rostros llenos de arañazos y cardenales. Muchos se habían roto brazos y piernas, pero hasta el último de ellos estuvo presente en la pista de baile, incluso con muletas.

Al ponerse el Sol, todos los vampiros alzaron sus rostros al techo, lanzando aullidos como lobos salvajes. Eso duró varios minutos, y cada vampiro debía prolongar su aullido el mayor tiempo posible. Llamaban a esto el aullido nocturno, y se llevaba a cabo en el primer baile de cada Festival. Su propósito era sobresalir sobre los demás: el vampiro que sostuviera su aullido durante más tiempo, recibiría el título de *Aullador* y lo ostentaría hasta el próximo Consejo. Así, si yo ganase, sería conocido como Darren Shan *el Aullador* durante los doce años siguientes.

Obviamente, no tenía ninguna posibilidad de ganar, ya que, como semi-vampiro, mi voz se contaba entre las más débiles, y fui de los primeros en quedarme callado. Gradualmente, las demás voces fueron quebrándose hasta apagarse, una tras otra, hasta que al final sólo unos pocos siguieron resistiendo, con las caras rojas por el esfuerzo empleado en tan fieros rugidos. Mientras los últimos vampiros aullaban hasta quedarse roncos, el resto animaba a sus favoritos:

—¡Resiste, Butra!

—¡Aúlla como un demonio, Yebba!

Y golpeaban el suelo con los pies y las manos.

Al final, el concurso lo ganó un enorme vampiro llamado Yebba. Ya lo había ganado dos veces anteriormente (aunque no en el último Consejo), y era un vencedor popular. Hubo una corta ceremonia, en la que tuvo que beberse una cuba de sangre de un tirón, sin descansar, y luego fue nombrado Yebba *el Aullador* por Paris Skyle. Apenas terminó el Príncipe de pronunciar las palabras, la banda empezó a tocar, y los vampiros iniciaron el baile.

La banda se componía enteramente de baterías, que mantenían un ritmo lento y potente. Mientras los vampiros danzaban rígidamente (con pasos cortos, idóneos para aquella música de funeral), cantaban antiguas canciones, que hablaban de grandes batallas y de campeones, alabando a quienes habían muerto noblemente, y maldiciendo a los que habían traicionado o avergonzado al clan (aunque sin pronunciar sus nombres: por tradición, nunca se mencionaba a los traidores ni a los vampiros de baja categoría).

Intenté bailar (había turno para todos), pero no se me daba bien. Podría haberme puesto a saltar de un lado a otro si se hubiera tratado de algo rápido y ruidoso, pero esto era demasiado preciso. Si no sabías hacerlo bien, parecías ridículo. No saber la letra de las sombrías canciones era otro inconveniente. Además, bailar empeoró más que nunca mi picazón, y me esforcé cuanto pude en no rascarme la espalda.

Al cabo de unos minutos, me disculpé y salí de allí. Estuve buscando a Seba Nile, que me había dicho que tenía algo para mi escozor. Hallé al intendente en la segunda Cámara. Estaba bailando y dirigiendo los cánticos, así que tomé asiento y esperé a que acabara.

Gavner Purl estaba en la sala; me descubrió al cabo de un rato y se sentó a mi lado. Parecía exhausto y su respiración era más pesada de lo habitual.

—Sólo hace una hora o así que salí de mi ataúd —me explicó—. Dos de mis viejos tutores me atraparon y tuve que pasarme el día entero escuchando sus historias.

Hubo una pausa en la música, mientras la banda bebía sangre y preparaba la siguiente canción. Seba se inclinó ante sus compañeros y abandonó la pista de baile durante el intermedio. Agité una mano en el aire para atraer su atención. Se detuvo para coger una jarra de cerveza, y luego se acercó tranquilamente.

—Darren, Gavner... ¿Os lo estáis pasando bien?

—Lo haría si me quedaran fuerzas —resopló Gavner.

—¿Y tú, Darren? —me preguntó Seba—. ¿Qué te parece el Festival de los No Muertos?

—Extraño —respondí sinceramente—. Primero se ponen todos a aullar como animales salvajes... y luego bailan como robots.

Seba ahogó una risita.

—Mejor que no lo digas en voz alta —me reconvino amablemente—. Podrías herir sus sentimientos. La mayoría de los vampiros se enorgullecen de sus bailes... Piensan que bailan con mucho estilo.

—Seba —dije, rascándome las piernas—. Me dijo que tenía algo para aliviarme el escozor, ¿recuerda?

—Sí.

—¿Le importaría dármelo ahora?

—Es que tardaríamos en ir a buscarlo —dijo Seba—. Tendríamos que hacer una pequeña expedición, bajar a los túneles que hay debajo de las Cámaras...

—¿Podemos ir cuando tenga tiempo? —insistí.

—Tengo tiempo —dijo—. Pero primero ve a buscar a Kurda Smahlt. Le prometí que le dejaría acompañarme la próxima vez que hiciera este viajecito. Quiere hacer un mapa de la región.

—¿A dónde le digo que vamos? —inquirí.

—Dile que a donde vagan los arácnidos. Sabrá a qué me refiero. Trae también a esa preciosa araña vuestra..., Madam Octa. Me gustaría llevarla con nosotros.

Encontré a Kurda escuchando a los vampiros contar historias legendarias del pasado. Los narradores tenían mucho trabajo durante el Festival. A los vampiros no les interesaban demasiado los libros. Preferían mantener vivo el pasado mediante la tradición oral. No creo que se haya tomado nunca ni un apunte en toda la historia de los vampiros. Tiré del codo de Kurda y le susurré el mensaje de Seba. Dijo que nos acompañaría, pero me pidió unos minutos para ir en busca de su equipo de cartografía. Se reuniría con nosotros ante los aposentos de Seba, bajo la montaña, cercanos a los almacenes que el intendente tenía a su cargo.

Cuando regresé con Madam Octa, me enteré de que Gavner había decidido acompañarnos. Decía que se quedaría dormido si se quedaba allí, escuchando la música, al calor de la luz de las antorchas y el gentío.

—Un paseo bajo la cubierta es justo lo que ha ordenado el capitán —dijo, poniendo una cómica voz de marino.

Miré a mi alrededor, buscando a Harkat (pensando que tal vez le gustaría ver los túneles inferiores de la Montaña de los Vampiros), pero estaba rodeado de admiradores. El metabolismo de Harkat era más poderoso que el de los vampiros, y podía beber alcohol día y noche sin que le afectara. A los vampiros les asombraba su capacidad para beber, y le animaban a tomar una jarra de cerveza tras otra. Como no quería apartarle de sus nuevos amigos, le dejé allí.

Cuando estuvimos listos, nos reunimos ante las puertas de las habitaciones de Seba y partimos hacia los túneles. Los guardias de las puertas que conectaban los túneles con las Cámaras no eran los habituales, ya que ningún vampiro podía ejercer sus obligaciones cotidianas durante el Festival. No iban vestidos con tanto esmero como los guardias de siempre, y algunos habían estado bebiendo, cosa que nunca podían hacer mientras se entregaban a sus deberes en cualquier otro momento. Seba les dijo a dónde íbamos, y nos saludaron con la mano, advirtiéndonos que no nos perdiéramos.

—Más nos vale —dijo Kurda, con una sonrisita afectada—. ¡Por la forma en que oléis, parece que hayáis tenido problemas para encontrar una manzana en el fondo de un barril de sidra!

Los guardias rieron, amenazándonos en broma con no dejarnos volver a pasar. Uno de los más sobrios nos preguntó si queríamos unas antorchas, pero Seba dijo que no hacía falta: las paredes estaban revestidas de musgo resplandeciente allí donde íbamos.

Kurda sacó sus útiles de cartografía cuando llegamos a los túneles donde nunca había estado. Eran sólo una hoja de papel cuadriculado y un lápiz. Se detenía a menudo para añadir cortos segmentos de línea a la hoja, con lo que iba indicando la longitud del túnel que atravesábamos.

—¿Esto es todo lo que hay que hacer para dibujar un mapa? —pregunté—. Parece fácil.

—No es difícil hacer planos de los túneles —admitió—. Sería distinto si tuvieras que hacer un mapa del exterior, o de un tramo de costa.

—No le hagas caso —dijo Gavner—. Hasta los túneles son complicados. Yo lo intenté una vez y me hice un lío. Tienes que hacerlo a escala y estar seguro de que marcas exactamente la longitud correcta. Si te dejas la más mínima fracción, estropearías el mapa entero.

—Es cuestión de técnica —repuso Kurda—. Aprenderías enseguida si lo intentaras.

—No, gracias —dijo Gavner—. No tengo intención de pasar mi tiempo libre atrapado en un laberinto de túneles, intentando hacer un plano. No sé qué atractivo le encuentras a eso.

—Es fascinante —respondió Kurda—. Te proporciona un conocimiento más íntimo de tu entorno, sin mencionar la grata sensación de triunfo que experimentas cuando lo has acabado. Y aparte de eso, está el lado práctico.

—¿El lado práctico? —bufó Gavner—. ¡Nadie utiliza esos mapas excepto tú!

—No es así —le corrigió Kurda—. Nadie está interesado en ayudarme a hacer los mapas, pero muchos se sirven de ellos. ¿Sabías que vamos a tener una nueva Cámara, a mayor profundidad que ninguna otra, en los próximos años?

—Una Cámara de almacenaje —asintió Gavner.

—La están construyendo en una cueva que *yo* descubrí, y que conecta con el resto de las Cámaras a través de un túnel que nadie conocía hasta que *yo* lo exploré.

—También están los puntos de fractura —señaló Seba.

—¿Qué es eso? —pregunté.

—Túneles que dan acceso a las Cámaras —explicó Seba—. Hay muchos caminos que se abren al interior de las Cámaras además de las puertas de entrada principales. Kurda ha descubierto muchos de ellos, dándonoslos a conocer, para que pudiéramos sellarlos en caso de ataque.

—¿Y quién los usaría para atacarlos? —inquirí, frunciendo el ceño.

—Se refiere a ataques de animales —dijo Kurda—. Lobos vagabundos, ratas y murciélagos rondan a menudo por los puntos de fractura en busca de alimento. Pueden llegar a ser una molestia. Gracias a mis mapas frenamos la mayor parte de sus avances.

—De acuerdo —sonrió Gavner—. Estaba equivocado: tus mapas *sirven* para algo. Pero no conseguirás hacerme bajar contigo para ayudarte a hacerlos.

Continuamos en silencio durante un rato. Los túneles eran angostos y el techo demasiado bajo, lo que dificultaba el avance de los vampiros adultos. Disfrutaron de unos minutos de alivio cuando los túneles se ensancharon un poquito, pero luego se estrecharon de nuevo, y tuvieron que volver a agacharse y arrastrarse. También estaba oscuro. Habíamos tenido suficiente luz hasta entonces, pero luego ya no fue bastante para que Kurda pudiera trazar algo en el mapa. Sacó una vela y se dispuso a encenderla, pero Seba le detuvo.

—Sin velas —dijo el intendente.

—Pero no veo —protestó Kurda.

—Lo siento, pero tendrás que hacerlo como puedas.

Kurda refunfuñó, inclinó la cabeza sobre el papel hasta casi tocarlo con la nariz, y dibujó con sumo cuidado mientras avanzábamos, tropezando a menudo porque no podía ver por dónde iba.

Finalmente, tras habernos arrastrado a través de un túnel particularmente pequeño, nos encontramos en una cueva moderadamente grande, recubierta de telarañas desde el suelo hasta el techo.

—Ahora, silencio —susurró Seba mientras nos deteníamos—. No debemos molestar a los residentes.

Los “residentes” eran arañas. Miles (posiblemente cientos de miles) de ellas. Llenaban la caverna, colgando del techo en sus telarañas, correteando por el suelo. Eran como la araña que descubrí cuando llegué a la Montaña de los Vampiros, peludas y amarillas. Ninguna era tan grande como Madam Octa, pero eran mayores que la mayoría de las arañas corrientes.

Un grupo de arañas correteó hacia nosotros. Seba se agachó cautelosamente, apoyándose sobre una rodilla, y silbó. Las arañas vacilaron y luego regresaron a sus rincones.

—Esas eran centinelas —dijo Seba—. Habrían protegido a las demás si hubiéramos venido a causarles problemas.

—¿Cómo? —pregunté—. ¡Pensaba que no eran venenosas!

—Por separado, son inofensivas —explicó Seba—. Pero si atacan en grupo, pueden ser peligrosas. Es poco probable que causen la muerte (a un humano, tal vez, pero no a un vampiro), pero pueden provocar ciertas molestias, posiblemente hasta una parálisis parcial.

—Ya entiendo por qué no me dejaste encender la vela —dijo Kurda —. Si saltara una chispa, este lugar ardería como papel.

—Precisamente.

Seba avanzó hacia el centro de la cueva. Los demás le seguimos despacio. Madam Octa había reptado hasta los barrotes de su jaula y estudiaba atentamente a las otras arañas.

—Han vivido aquí durante miles de años —susurró Seba, extendiendo las manos y permitiendo que las arañas treparan por ellas y le subieran por los brazos—. Las llamamos arañas de Ba’Halen, en nombre del vampiro que, si la leyenda es cierta, las trajo aquí. Ningún humano conoce su existencia.

No hice caso de las arañas que subían por mis piernas (estaba acostumbrado a manejar a Madam Octa, y antes ya estudiaba a las arañas como hobby), pero Gavner y Kurda parecían nerviosos.

—¿Estás seguro de que no pican? —preguntó Gavner.

—Me sorprendería que lo hicieran —dijo Seba—. Son dóciles, y normalmente sólo atacan cuando se ven amenazadas.

—Creo que voy a estornudar —dijo Kurda mientras una araña reptaba por su nariz.

—No te lo aconsejo —le advirtió Seba—. Podrían interpretarlo como un acto de agresión.

Kurda contuvo la respiración y el esfuerzo por detener el estornudo le hizo temblar. Para cuando la araña se retiró, su rostro había adquirido un vivo color rojo.

—Larguémonos de aquí —resolló, exhalando un largo y tembloroso suspiro.

—Es la mejor sugerencia que he escuchado en toda la noche —convino Gavner.

—No tan rápido, amigos míos —dijo Seba, sonriendo—. No os traje aquí para divertirnos. Es una misión. Darren... Quítate la camisa.

—*¿Aquí?* —exclamé.

—Querías librarte de la picazón, ¿no?

—Bueno, sí, pero... —Suspirando, hice lo que Seba me mandó.

Cuando tuve la espalda al descubierto, Seba buscó algunas telarañas viejas que hubieran sido abandonadas.

—Inclínate —ordenó, y colocó las telarañas sobre mi espalda, frotándolas entre los dedos para pulverizarlas y espolvorearlas sobre la piel.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó Gavner.

—Curarle el escozor —respondió Seba.

—¿Con telarañas? —inquirió Kurda con escepticismo—. De verdad, Seba, no imaginaba que creyeras en esos cuentos de viejas.

—No es un cuento —insistió Seba, frotando los hilillos pulverizados sobre mi maltratada piel—. Hay sustancias químicas en estas telarañas, que ayudan en los procesos curativos y combaten la irritación. Dentro de una hora, el escozor habrá cesado.

Cuando estuve cubierto por aquel polvillo, Seba ligó una gruesa masa con telarañas enteras y la aplicó sobre las zonas más infectadas, incluyendo mis manos.

—Te las quitaré antes de salir de los túneles —dijo—, pero te recomiendo que no te laves durante una noche o dos. Si lo haces, el escozor podría volver.

—Es una locura —murmuró Gavner—. No funcionará.

—La verdad es que creo que ya está funcionando —rebatí—. Cuando llegamos, las pantorrillas me estaban matando, pero ahora apenas noto la picazón.

—Si es tan efectivo —dijo Kurda—, ¿por qué nunca hemos oído hablar de este remedio?

—Porque no lo he divulgado —respondió Seba—. Si el poder curativo de las telarañas fuera del conocimiento popular, los vampiros bajarían a estas cuevas todo el tiempo. Alterarían la rutina natural de las arañas, obligándolas a adentrarse más profundamente en la montaña, y con los años las reservas se secarían. Sólo traigo aquí a la gente cuando realmente necesitan ayuda, y siempre les pido que guarden el secreto. ¿Puedo contar con que ninguno de vosotros traicione mi confianza?

Todos asentimos.

Una vez que se hubo ocupado de mí, Seba sacó a Madam Octa de la jaula y la dejó en el suelo. Ella se agazapó vacilante, mientras una multitud de arañas se congregaba inquisitivamente a su alrededor. Una con lunares de color gris pálido en la espalda saltó hacia delante simulando un ataque. Ella la aplastó con facilidad, y el resto se retiró. Una vez familiarizada con el terreno, exploró la cueva. Trepó por las paredes y caminó por las telarañas, importunando a las otras arañas en el proceso. Ellas reaccionaron furiosamente ante la intrusión, pero se apaciguaron al ver cuan grande era y que no pretendía hacerles daño.

—Reconocen la majestad cuando la ven —comentó Seba, señalando las filas de arañas que seguían a Madam Octa. La de los lunares grises iba a la cabeza—. Si la dejáramos aquí, la convertirían en su reina.

—¿Podría reproducirse con ellas? —preguntó Kurda.

—Probablemente, no —especuló Seba—. Pero sería una posibilidad interesante. No se ha introducido sangre nueva en la colonia durante miles de años. Sería fascinante estudiar a la progenie de tal unión.

—Olvídalo —se estremeció Gavner—. ¿Y si las crías resultaran ser tan venenosas como la madre? ¡Tendríamos miles de ellas vagando por los túneles, matando a su antojo!

—No es probable —sonrió Seba—. Las arañas tienden a no meterse con quienes son más grandes que ellas, mientras existan presas más pequeñas y vulnerables. Y de todos modos, no es mi araña. La decisión es de Darren.

La miré detenidamente durante un par de minutos. Parecía feliz por estar libre, entre las de su especie. Pero sabía mejor que nadie las terribles consecuencias de su picadura. Mejor no correr riesgos.

—No creo que debamos soltarla —dije.

—Muy bien —aceptó Seba; frunció los labios y emitió un suave silbido. En respuesta, Madam Octa regresó a su jaula inmediatamente, aunque una vez dentro se quedó pegada a los barrotes, con aire solitario. Sentí pena por ella, pero me recordé a mí mismo que sólo era una araña y no tenía verdaderos sentimientos.

Seba jugueteó un rato con las arañas, silbándoles e invitándolas a corretear sobre él. Cogí la flauta (al fin y al cabo, sólo un elaborado silbido enlatado) de la jaula de Madam Octa, y me uní a él. Tardé un par de minutos en transmitir mis pensamientos a las arañas (pues no era tan fácil establecer contacto mental con ellas como con Madam Octa), pero Seba y yo nos divertimos en cuanto las tuve bajo control, haciéndolas saltar entre nuestros cuerpos tejiendo telarañas adyacentes que nos conectaban de la cabeza a los pies.

Gavner y Kurda nos observaban, perplejos.

—¿Yo también podría controlarlas? —preguntó Gavner.

—Lo dudo —dijo Seba—. Es más difícil de lo que parece. Darren tiene un don natural con las arañas. Muy pocos poseen la habilidad de crear lazos con ellas. Eres un joven afortunado, Darren.

Había perdido el entusiasmo por las arañas desde aquel grave incidente entre Madam Octa y mi mejor amigo, Steve Leopard, varios años atrás, pero ante las palabras de Seba sentí resurgir un poco de mi antiguo amor por aquellas criaturas de ocho patas y me prometí poner más interés en el enmarañado mundo de las arañas en el futuro.

Cuando acabamos de jugar, Seba y yo nos sacudimos las telarañas (procurando no retirar los emplastos que había puesto sobre mi cuerpo), y luego los cuatro abandonamos los túneles. Algunas arañas nos siguieron, pero regresaron cuando comprendieron que ya nos íbamos, excepto la de los lunares grises, que nos siguió casi hasta el final del túnel, como si estuviera enamorada de Madam Octa y se resistiera a verla partir.

CAPÍTULO 10

Volvíamos a las Cámaras cuando recordé aquel viejo lugar de funerales del que Kurda me había hablado al poco de mi llegada a la Montaña de los Vampiros. Pregunté si podíamos ir a verlo. Seba estuvo de acuerdo, y también Kurda. Gavner no estaba tan interesado, pero aceptó acompañarmos.

—Las Cámaras Funerarias me deprimen —dijo, mientras volvíamos sobre nuestros pasos.

—Extraño pensamiento para un vampiro —señalé—. ¿No duerme en un ataúd?

—Los ataúdes son diferentes —dijo Gavner—. Me siento cómodo en un ataúd. Los cementerios, los depósitos de cadáveres y los crematorios son lo que no soporto.

La Cámara del Último Viaje era una gran caverna con un techo abovedado. El musgo fluorescente crecía densamente sobre las paredes. Un arroyo atravesaba el centro de la cueva y salía por un túnel que conducía a los subterráneos. La corriente era ancha, rápida y fuerte. Tuvimos que alzar la voz para poder ser escuchados sobre su rugido, mientras permanecíamos junto a ella.

—Era costumbre traer los cadáveres aquí abajo —dijo Kurda—. Se les desnudaba, se les sumergía en el agua y se les dejaba ir. La corriente se los llevaba, atravesaban la montaña y salían más allá de los bosques.

—¿Y qué les ocurría después? —pregunté.

—La corriente los depositaba en alguna orilla lejana, donde los devoraban los animales y las aves de presa. —Rió entre dientes cuando me vio palidecer—. No es un bonito modo de acabar, ¿verdad?

—Es tan bueno como cualquier otro —discrepó Seba—. Cuando *yo* muera, así es como quiero que se deshagan de mí. Los cadáveres son una parte esencial en la cadena alimenticia. Echar la carne al fuego es un desperdicio.

—¿Y por qué dejaron de utilizar la corriente? —pregunté.

—Porque los cuerpos se atascaban —rió Seba—. Se amontonaban en un pequeño declive del túnel. El hedor era insoportable. Un equipo de vampiros tuvo que bajar nadando, atados con cuerdas, para despedazar los cuerpos y dejar libre el camino. Sus compañeros tuvieron que sacarlos a tirones, porque nadie era capaz de nadar contra una corriente tan furiosa.

“Yo tomé parte en esa misión —continuó Seba—. Afortunadamente, sólo tuve que tirar de las cuerdas en lugar de aventurarme en el agua. Los que bajaron corriente abajo para liberar los cuerpos nunca quisieron hablar de lo que habían visto.

Mientras miraba las oscuras aguas del riachuelo, estremeciéndome ante la idea de bajar nadando por el túnel para remover los cadáveres atascados, se me ocurrió un pensamiento y me volví hacia Kurda.

—Dice que los cadáveres que llegan hasta las orillas son devorados por animales y pájaros, pero... ¿no es venenosa la sangre de los vampiros?

—No hay sangre en sus cuerpos —dijo Kurda.

—¿Por qué? —Fruncí el ceño.

Kurda vaciló, y Seba respondió por él.

—Los Guardianes de la Sangre se encargan de desangrarlos, al igual que de extraer la mayor parte de los órganos internos.

—¿Quiénes son los Guardianes de la Sangre? —pregunté.

—¿Recuerdas la gente que vimos en la Cámara de Cremación y en la Cámara de la Muerte cuando te llevé a conocer la montaña? —dijo Kurda.

A mi memoria acudió el recuerdo de la extraña y ultra pálida gente de espeluznantes ojos blancos, vestida de harapos, que se sentaba en silencio y soledad en las sombrías Cámaras. Kurda se había mostrado reacio a hablar de ellos, y dijo que lo haría más adelante, pero con todo lo que había ocurrido desde entonces, olvidé seguir investigando el misterio.

—¿Quiénes son? —pregunté—. ¿Qué hacen?

—Son los Guardianes de la Sangre —dijo Kurda—. Llegaron a la Montaña de los Vampiros hace más de mil años... no sabemos de dónde... y desde entonces han vivido aquí, aunque aproximadamente cada década salen en pequeños grupos, y a veces regresan con nuevos miembros. Tienen sus propias habitaciones debajo de las Cámaras y rara vez se mezclan con nosotros. También poseen su propio lenguaje, costumbres y creencias.

—¿Son humanos? —pregunté.

—¡Son necrófagos! —gruñó Gavner.

—Eso no es justo —protestó Seba—. Son sirvientes leales, y merecen nuestra gratitud. Ellos se encargan de las ceremonias de cremación y de la noble tarea de preparar a los muertos. Además, nos proveen de sangre... La mayor parte de las reservas de sangre humana que tenemos en los almacenes proviene de ellos. Nunca podríamos transportar suficientes reservas para cubrir las necesidades de todos los vampiros del Consejo, y por eso nos confiamos a los Guardianes. No nos permiten alimentarnos directamente de ellos, pero extraen su sangre y nos la pasan en jarras.

—¿Por qué? —pregunté, perplejo—. No debe ser muy divertido vivir en el interior de una montaña, donando sangre. ¿Qué reciben a cambio?

Kurda carraspeó incómodamente.

—¿Sabes lo que es un saprofito?

Lo negué con la cabeza.

—Son criaturas (o pequeños organismos) que se alimentan de deshechos y cadáveres. Los Guardianes son saprofitos. Se comen los órganos internos (incluyendo el corazón y el cerebro) de los vampiros muertos.

Me quedé mirando a Kurda, preguntándome si me tomaba el pelo. Por su sombría expresión, deduje que no.

—¿Por qué se lo permiten? —exclamé, con el estómago revuelto.

—Porque los necesitamos —dijo Seba sencillamente—. Necesitamos su sangre. Y además, no nos perjudican.

—¿No le parece perjudicial comer cadáveres? —boqueé.

—Hasta ahora ningún muerto se ha quejado —rió Gavner, pero su humor era forzado: parecía tan incómodo como yo.

—Tienen mucho cuidado con los cuerpos —explicó Seba—. Somos sagrados para ellos. Primero, extraen la sangre y la guardan en barriles especiales que hacen ellos mismos (así obtuvieron su nombre), y luego abren el torso cortándolo delicadamente para sacar los órganos requeridos. También extraen el cerebro, insertando pequeños ganchos en la nariz del cadáver y sacándolo a trocitos.

—*¿Qué?* —rugió Gavner—. ¡Eso nunca lo había oído!

—La mayoría de los vampiros no están enterados —dijo Seba—. Pero yo he estudiado a los Guardianes en algunos aspectos durante siglos. Los cráneos de los vampiros son muy valiosos para ellos, y nunca los cortarían.

—Eso es un tanto inquietante —murmuró Kurda con repugnancia.

—¡Es vergonzoso! —bufó Gavner.

—¡Es alucinante! —dije yo.

—Una vez que han retirado los órganos y el cerebro —continuó Seba —, los guisan para hacerlos comestibles: nuestra sangre es tan mortal para los Guardianes como para cualquier otra criatura.

—¿Y viven de eso? —pregunté, asqueado pero fascinado.

—No —respondió Seba—. No sobrevivirían mucho tiempo si sólo consumieran eso. También comen comida corriente, preservando y reservando nuestros órganos sólo para ocasiones especiales: los comen en bodas, funerales y otros eventos así.

—¡Qué asco! —exclamé, dividido entre la risotada morbosa y la indignación moral—. ¿Por qué lo hacen?

—No estamos seguros de cuál es su interés —admitió Kurda—, pero en parte podría ser porque les mantiene vivos más tiempo. El Guardián medio vive unos ciento sesenta años, o más. Claro está que, si se convirtieran en vampiros, vivirían aún más, pero ninguno lo ha hecho..., teniendo en cuenta que la sangre de un vampiro es tabú hasta para los Guardianes.

—¿Pero por qué les permiten hacerlo? —insistí—. ¿Por qué no envían lejos a esos monstruos?

—No son monstruos —discrepó Seba—. Sólo gente con unos hábitos alimenticios peculiares... ¡como nosotros mismos! Además, bebemos su sangre. Es un acuerdo justo: nuestros órganos por su sangre.

—Yo no lo llamaría *justo* —murmuré—. ¡Es canibalismo!

—En realidad, no —objetó Kurda—. Ellos no devoran a los suyos, así que no se les puede considerar realmente caníbales.

—Eso es lo de menos —rezongué.

—Hay una delgada línea —convino Seba—, pero es la que *marca* la diferencia. Yo no querría ser un Guardián, y no me relaciono con ellos, pero sólo son unos extraños seres humanos que se las arreglan lo mejor que pueden. No olvides que *nosotros* también nos alimentamos de otras personas, Darren. No sería justo despreciarlos por ello, como no es justo que los humanos odien a los vampiros.

—Ya dije que esto se iba a poner morboso —rió Gavner por lo bajo.

—Tienes razón —sonrió Kurda—. Estos son los dominios de los muertos, no de los vivos, y debemos dejárselo a ellos. Volvamos al Festival.

—¿Ya has visto suficiente, Darren? —preguntó Seba.

—Sí —me estremecí—. ¡Y también oído suficiente!

—Entonces, vámonos.

Nos pusimos en marcha, Seba al frente, Gavner y Kurda pisándole los talones. Yo me demoré un momento, observando la corriente, escuchando el rugido del agua mientras entraba y salía de la cueva, pensando en los Guardianes de la Sangre, imaginando mi cadáver drenado y vaciado haciendo el largo descenso por la montaña, arrojado como un muñeco de trapo de roca en roca.

Era una imagen horrible. Sacudí la cabeza, apartándola de mis pensamientos, y me apresuré tras mis amigos, inconsciente de que en un terriblemente corto lapso de tiempo volvería a ese mismo lugar espantoso, no para condolerme por la muerte de alguien... ¡sino para luchar desesperadamente por mi vida!

CAPÍTULO 11

El Festival de los No Muertos llegó a su grandioso y elaborado final la tercera noche. Las celebraciones comenzaron varias horas antes del ocaso, y aunque oficialmente el Festival acababa al caer la noche, buen número de vampiros mantuvieron el espíritu festivo hasta la mañana siguiente.

No hubo peleas durante el último día del Festival. Se dedicó el tiempo a contar historias, a escuchar música y a cantar. Aprendí mucho sobre nuestra historia y nuestros ancestros (los nombres de los grandes líderes vampiros, las feroces batallas donde lucharon contra humanos y vampanezes), y me habría quedado toda la noche escuchando si no hubiera tenido que irme para preparar mi próximo Rito.

Esta vez me tocó la Cámara de las Llamas, y todos los vampiros presentes fruncieron el ceño cuando se anunció el Rito.

—Es malo, ¿verdad? —le pregunté a Vanez.

—Sí —respondió el instructor con franqueza—. Será tu peor Rito. Le pediremos a Arra que nos ayude a prepararte. Con su ayuda, *puede* que lo pases.

Recalcó la palabra *puede*.

***

Pasé la mayor parte del día y la noche siguientes aprendiendo a esquivar el fuego. La Cámara de las Llamas era una gran habitación metálica con el suelo lleno de agujeros. Unos fuegos implacables se encenderían debajo de la Cámara cuando llegara la hora del Rito, y por medio de unos fuelles, unos vampiros bombearían las llamas al interior de la sala, a través del suelo. Como había tantos conductos que conducían los fuegos a los agujeros, era imposible predecir la trayectoria que seguirían las llamas y por dónde emergerían.

—Debes servirte de tu oído tanto como de tu vista —me instruyó Arra. La vampiresa se había herido el brazo derecho durante el Festival, y lo llevaba en cabestrillo—. Podrás escuchar cómo llegan las llamas antes de verlas.

Habían encendido uno de los fuegos bajo la Cámara, y un par de vampiros bombearon las llamas al interior de la habitación para que yo pudiera aprender a reconocer el sonido del fuego viajando por las cañerías. Arra se colocó detrás de mí, para apartarme del camino de las llamas en el caso de que yo no reaccionara lo bastante rápido.

—¿Escuchas el silbido? —preguntó.

—Sí.

—Es el sonido de las llamas al pasar cerca de ti. Estate atento cuando escuches un silbido corto... ¡como ese! —exclamó, tirando de mí, mientras una columna de fuego brotaba del suelo a mis pies—. ¿Lo oíste?

—Casi —dije, temblando nerviosamente.

—Eso no basta —replicó frunciendo el ceño—. El *casi* te matará. Dispones de muy poco tiempo para superar las llamas. Cada fracción de segundo es preciosa. No basta con reaccionar de inmediato; tienes que reaccionar *mientras avanzas*.

Algunas horas más tarde, le cogí el truco y estuve revoloteando por la sala, esquivando las llamas con facilidad.

—Eso está bien —dijo Arra mientras descansábamos—. Pero ahora sólo se ha encendido un fuego. Cuando empiece el Rito, se encenderán todos. Las llamas llegarán más rápido y serán más grandes. Todavía te falta mucho para estar preparado.

Tras practicar un poco más, Arra me sacó de la Cámara para conducirme junto al fuego. Me empujó hacia las llamas, agarró una rama ardiendo y me recorrió con ella las piernas y los brazos.

—¡Basta! —chillé—. ¡Me estás quemando vivo!

—¡Estate quieto! —me ordenó—. Tienes que acostumbrarte al calor. Tu piel es dura, puede resistir un gran tormento. Pero debes estar preparado para ello. Nadie logra atravesar indemne la Cámara de las Llamas. *Saldrás* quemado y chamuscado. Tus posibilidades de salir con vida dependen de cómo reacciones ante tus heridas. Si dejas que el dolor y el pánico te dominen..., morirás. Si no, puede que sobrevivas.

Sabía que no me diría aquello si no fuera cierto, así que me quedé quieto y apreté los dientes mientras ella continuaba pasándome la reluciente punta de la rama por la carne. La picazón, que había desaparecido del todo gracias a los emplastos de telaraña que me aplicara Seba, reapareció, aumentando mi miseria.

Durante un descanso, estudié las zonas de mi piel por donde Arra me había pasado la rama ardiente. Se había puesto de un desagradable color rosa, y escocía al tocarla, como si fuera una grave quemadura solar.

—¿Seguro que esto es una buena idea? —pregunté.

—Debes acostumbrarte al contacto de las llamas —dijo Arra—. Cuanto más dolor infrinjamos ahora a tu cuerpo, más fácil te resultará soportarlo después. Pero no te hagas ilusiones; este es uno de los Ritos más difíciles. Sufrirás mucho antes del fin.

—No estás levantándome mucho la moral, que digamos —gimoteé.

—No estoy aquí para levantarte la moral —replicó—, sino para ayudarte a salvar la vida.

Tras un breve debate entre Vanez y Arra, se decidió que debería prescindir de mis habituales horas de sueño antes del Rito.

—Necesitamos esas horas extra —dijo Vanez—. Ya has tenido tres días y tres noches para descansar. Ahora, entrenar es más importante que dormir.

Así que, tras un corto descanso, regresé a la Cámara y al fuego, donde aprendí a esquivar las llamas *por los pelos*. Era mejor no moverse mucho de un lado a otro durante la prueba. De ese modo, se podía escuchar con mayor atención y concentrarse en advertir por dónde saldría el siguiente estallido de llamas. Eso implicaba acabar chamuscado y un poco quemado, pero era preferible a dar un mal paso y convertirse en una nube de humo.

Entrenamos hasta media hora antes del comienzo del Rito. Regresé por un breve momento a mi celda a tomarme un respiro y cambiarme de ropa (tan sólo llevaba unos pantalones cortos de cuero), y luego volví a la Cámara de las Llamas, donde un montón de vampiros se habían reunido para desearme lo mejor.

Arrow (el Príncipe calvo de los tatuajes) llegó desde la Cámara de los Príncipes para supervisar el Rito.

—Siento que ninguno de nosotros hubiera estado presente la última vez —se disculpó, haciendo el signo del toque de la muerte.

—Está bien —repuse—. No tiene importancia.

—Eres un competidor cortés —dijo Arrow—. Bien, ¿conoces las reglas?

Asentí.

—Tengo que resistir quince minutos ahí dentro y procurar no asarme.

—Bien expresado —sonrió ampliamente el Príncipe—. ¿Estás listo?

—Casi —dije, con las rodillas temblando.

Me volví hacia Mr. Crepsley.

—Si no lo consigo, quiero que usted... —comencé, pero él me interrumpió airadamente.

—¡No hables así! ¡Piensa en positivo!

—Estoy pensando en positivo —dije—, pero sé que va a ser muy difícil. Sólo quería decirle que he estado pensando en ello, y, si muero, me gustaría que llevara mi cuerpo a casa y me enterrara en mi tumba. De esa forma estaría cerca de mamá, papá y Annie.

Mr. Crepsley parpadeó nerviosamente (¿eran *lágrimas* lo que intentaba ocultar?) y se aclaró la garganta.

—Haré lo que me pides —respondió con voz ronca, y luego me tendió la mano. Pero en lugar de estrechársela, le di un fuerte abrazo.

—Me siento orgulloso de haber sido su asistente —le susurré al oído, y antes de que pudiera decirme nada más, me aparté de él y entré en la Cámara de las Llamas.

La puerta se cerró a mis espaldas con un sonido metálico, acallando el ruido de los fuegos al ser encendidos. Caminé hacia el centro de la habitación, sudando copiosamente por el calor y el miedo. El suelo ya estaba caliente. Quise frotarme saliva en los pies, para refrescarlos, pero Arra me había aconsejado no hacer eso demasiado pronto. Todo estaría mucho más caliente más tarde; mejor reservar la saliva para cuando la necesitara realmente.

Desde los conductos bajo el suelo llegó un sonido gorgoteante. Me puse tenso, pero resultó ser sólo una sacudida en una de las cañerías. Relajándome, cerré los ojos, inspirando profundamente, aprovechando que aún había aire limpio que respirar. Ese sería otro problema que tendría que afrontar; aunque hubiera agujeros en el techo y las paredes, el oxígeno se agotaría, y tendría que encontrar bolsas de aire entre las llamas o correría el riesgo de asfixiarme.

Mientras pensaba en el aire, escuché un furioso sonido siseante en el suelo, debajo de mí. Abrí los ojos y vi erupcionar una irregular chimenea de llamas varios pies a mi izquierda.

El Rito había comenzado.

Ignoré el chorro de llamas (estaban demasiado lejos para hacerme daño) y agucé el oído para anticiparme al próximo estallido. Esta vez llegó de uno de los rincones más alejados de la habitación. Había sido un buen comienzo. A veces, según Arra, las llamas te atrapaban justo al principio y ya no te dejaban en todo el Rito. Al menos, había tenido tiempo de adaptarme gradualmente al calor.

Cerca, a mi derecha, se escuchó un sibilante sonido. Salté a un lado mientras el fuego invadía el espacio, reprendiéndome a mí mismo: aquella ráfaga había estado cerca, pero no me alcanzó. Debería haberme quedado donde estaba, o apartarme cautelosamente. Al moverme como lo había hecho, podría haber tenido un serio problema.

Ahora las llamas danzaban en rápidas oleadas por toda la Cámara. El aire se había vuelto terriblemente caliente, y ya me costaba respirar. A mi derecha, a escasas pulgadas de mis pies, un agujero empezó a silbar. No me moví cuando brotó el fuego y mordió mi pierna: podía soportar una pequeña quemadura. Detrás de mí, un agujero más ancho escupió una ráfaga mayor. Me moví ligeramente hacia delante, evitando lo peor de su mordisco con un suave balanceo. Sentí las llamas lamer la piel de mi espalda, pero ninguna me quemó.

Lo peor era cuando dos o más géiseres brotaban de golpe de agujeros muy próximos entre sí. No había nada que pudiera hacer cuando quedaba atrapado entre un grupo de fieras columnas, excepto encoger el estómago y pasar con sumo cuidado a través de la pared de llamas más delgada.

Al cabo de unos minutos, mis pies agonizaban, pues recibían las peores quemaduras. Escupí en la palma de mis manos y froté la saliva sobre las plantas, lo que me produjo un pequeño alivio temporal. Podría haber andado sobre las manos, para darles un respiro a mis pies, pero eso habría expuesto al fuego mi cabeza y mi cabello...

La mayoría de los vampiros, cuando se preparaban para los Ritos, se afeitaban la cabeza meses antes para presentarse calvos a las pruebas. De este modo, si les tocaba la Cámara de las Llamas, tenían mejores oportunidades, ya que el pelo ardía con mucha más facilidad que la carne. Pero no estaba permitido afeitarse la cabeza *expresamente* para ese Rito, y las cosas habían sucedido tan rápido que nadie había pensado en prepararme para la posibilidad de enfrentarme a las llamas.

No había modo de saber cuánto tiempo había transcurrido. Debía concentrar hasta el último atisbo de mi atención en el suelo y en el fuego. La más mínima distracción tendría consecuencias fatales...

Frente a mí, varios agujeros escupieron sus llamas al mismo tiempo. Comencé a retroceder, cuando escuché a mi espalda un silbido salvaje en las cañerías. Volví a encoger el estómago y me giré velozmente a la izquierda, apartándome de las láminas de fuego más gruesas.

El momento de peligro pasó, pero estaba acorralado en un rincón. Vanez me había advertido al respecto, incluso antes de que Arra se hiciera cargo de mi adiestramiento.

—Aléjate de los rincones —me había dicho—. Mantente en el centro tanto como te sea posible. Si te ves empujado hacia un rincón, apártate de él enseguida. La mayoría de los que ha muerto en la Cámara de las Llamas lo han hecho en los rincones, atrapados entre paredes de fuego, sin poder respirar.

Comencé a retroceder por donde había venido, pero los agujeros aún estaban escupiendo fuego y me cerraban el paso. A regañadientes, di un rodeo hasta la esquina, listo para aprovechar la primera oportunidad que se me presentara. El problema fue... que no la hubo.

El gorgoteo de los conductos a mi espalda me indujo a detenerme. Las llamas brotaron del suelo detrás de mí, abrasándome la espalda. Hice una mueca de dolor, pero no me moví: no tenía a dónde. El aire era muy escaso en aquella zona de la estancia. Agité las manos delante de mi cara, intentando crear una corriente de aire fresco, pero no dio resultado.

Ante mí, las columnas de llamas ahora formaban virtualmente una pared de fuego, de al menos seis o siete pies de anchura. Apenas podía ver el resto de la estancia a través de las agitadas llamas. Mientras estaba allí, esperando que surgiera un hueco por el que pasar, las bocas de varios conductos sisearon a mis pies al mismo tiempo. ¡Una gran bola de fuego surgía de ellos y estaba a punto de estallar justo debajo de mí! Sólo dispuse de una fracción de segundo para pensar y actuar.

Si me quedaba allí, me carbonizaría.

Si retrocedía, me carbonizaría.

Si me echaba a un lado, me carbonizaría.

¿Y si avanzaba a través de la gruesa cortina de fuego? Probablemente también me carbonizaría, pero al otro lado había aire y un suelo seguro... *si* lo conseguía. Era una decisión terrible, pero no tenía tiempo para lamentarme. Cerré los ojos, la boca, me cubrí el rostro con los brazos y me sumergí en el crepitante muro de llamas.

CAPÍTULO 12

El fuego me engulló y onduló a mi alrededor. Jamás, ni en mis peores pesadillas, había imaginado que pudiera ser posible semejante calor. Estuve a punto de abrir la boca para dejar escapar un grito. Si lo hubiera hecho, el fuego habría bajado por mi garganta, convirtiéndome en un churrasco desde el interior.

Cuando aparecí al otro lado de la pared ardiente, mis cabellos eran como un monte en llamas, y estas surgían igualmente de mi cuerpo, como hongos. Me tiré al suelo y me eché a rodar, sacudiéndome el pelo con las manos, extinguiendo las llamas. No presté atención a los siseos y silbidos de los conductos. Si las llamas se hubiesen encendido en aquellos segundos de locura, me habrían devorado. Pero fui afortunado... El afortunado Darren Shan... y la suerte de los vampiros.

Una vez apagadas a manotazos las llamas más vivas, caí de rodillas, gimiendo débilmente. Aspirando el aire caliente y escaso, di unos suaves golpecitos sobre el incandescente revoltijo de mi cabeza, asegurándome de que no quedaran chispas a la espera de reavivarse.

Mi cuerpo entero se había puesto negro y rojo. Negro por el hollín, rojo donde las quemaduras habían mordido mi carne. Estaba hecho polvo, pero tenía que seguir. A pesar del dolor, a pesar del tormento que significaba moverme, tenía que seguir. Los voraces demonios del fuego me devorarían si no lo hacía.

Incorporándome, agucé el oído por encima del rugido de las llamas y escuché el sonido de los conductos. No era fácil (mis orejas habían recibido feroces quemaduras, y eso afectaba a mi sentido del oído), pero aún era capaz de detectar el más tenue indicio de siseos y silbidos, y tras dar algunos pasos inseguros, volví a ubicarme, anticipándome al estallido de las llamas y moviéndome para esquivarlas.

Lo único bueno de abrirme paso a través de la pared de fuego fue que perdí en gran parte la sensibilidad en mis pies. Ahora casi no sentía dolor por debajo de las rodillas. Eso significaba que me había chamuscado peligrosamente, y una parte de mí se inquietó por lo que pudiera ocurrirme al finalizar el Rito (si mis pies se habían quemado hasta extremos irrecuperables, ¡podrían amputármelos!), pero ya me preocuparía por eso en otro momento. Ahora, me sentía encantado con aquel alivio consolador.

Lo que me incomodaba seriamente eran mis orejas. Intenté frotármelas con saliva, pero tenía la boca completamente seca. Me las masajeé suavemente entre los dedos, pero eso empeoró el dolor. Al final, las dejé tranquilas y me esforcé en no pensar en ellas.

Las llamas volvieron a empujarme hacia un rincón. Antes que dejarme atrapar de nuevo, me sumergí en el rugiente banco de fuego para volver a la zona despejada, soportando el consiguiente dolor.

Cerraba los ojos tan a menudo como me era posible, cada vez que existía la más mínima pausa. El calor podría resultar espantoso para ellos. Podían quedarse tan secos como mi boca, y temía perder la vista.

Mientras aún estaba esquivando otro terrible estallido de fuego, las llamas en la Cámara empezaron a extinguirse. Me detuve con suspicacia. ¿Sería el principio de un asalto aún peor? ¿Podía esperar que una enorme bola de fuego surgiera de las tuberías y me desintegrara?

Mientras me removía nerviosamente y aguzaba el oído, la puerta de la Cámara se abrió y entraron unos vampiros cubiertos con gruesas capas. Me quedé mirándolos como si fueran extraterrestres. ¿Qué estaban haciendo? ¿Eran bomberos perdidos? Alguien debería haberles dicho que no podían estar allí. Era peligroso.

Retrocedí ante los vampiros a medida que se acercaban a mí. Les habría advertido que salieran antes de que explotara la gran bola de fuego, de no ser porque me había quedado sin voz. Ni siquiera pude articular un gemido.

—¡Darren, se acabó! —dijo uno de los vampiros. Su voz se parecía a la de Mr. Crepsley, pero era imposible; Mr. Crepsley no podía estar deambulando por la Cámara en mitad de un Rito.

Agité una mano chamuscada hacia los vampiros, exclamando:

—¡Alejaos! ¡Fuera de aquí!

—¡Darren! —volvió a decir el vampiro que encabezaba el grupo—. ¡Se acabó! ¡Lo has superado!

Sus palabras carecían de sentido para mí. Sólo sabía que se aproximaba una enorme bola de fuego, y si esos imbéciles me bloqueaban el paso, no me sería posible esquivarla. Arremetiendo contra ellos, intenté zigzaguear entre sus brazos hacia la salvación. Eludí al vampiro que iba al frente, pero el siguiente me cogió por el pescuezo. Me hizo mucho daño y caí al suelo, con un grito silencioso.

—¡Con cuidado! —barbotó el vampiro líder, y entonces se inclinó sobre mí: ¡*era* Mr. Crepsley! —Darren —dijo suavemente—, todo está bien. Lo has hecho. Estás a salvo.

Sacudiendo la cabeza, incapaz de pensar con claridad, proferí la misma palabra una y otra vez:

—¡Fuego! ¡Fuego! ¡Fuego!

Aún gritaba cuando me levantaron sobre una camilla y me sacaron de la Cámara. E incluso fuera, libre de las llamas, con los médicos atendiendo mis heridas, mis labios no podían dejar de pronunciar la advertencia, y mis ojos rodaban de izquierda a derecha, buscando temerosamente signos delatores de un terror rojo y amarillo.

CAPÍTULO 13

Mi celda. Yacía sobre mi vientre. Los médicos examinaban mi espalda, frotando frescas lociones sobre mi piel. Alguien levantó mis pies achicharrados, emitió un jadeo y pidió ayuda.

***

Miraba fijamente el techo. Alguien sujetaba una antorcha ante mis ojos, observando mis pupilas. Una cuchilla recorría mi cabeza, afeitándomela, librándome de los restos de mi cabello chamuscado. Gavner Purl avanzó un paso, preocupado.

—Creo que está... —empezó a decir.

Oscuridad.

***

Pesadillas. El mundo en llamas. Corría. Ardía. Chillaba. Pedía ayuda. Todos los demás también ardían.

Un despertar agitado. Vampiros a mi alrededor. La pesadilla aún se revolvía en las profundidades de mi mente. Convencido de que la celda estaba en llamas, intenté escapar desesperadamente. Me sujetaron. Los maldije. Luché. El dolor me traspasó. Hice una mueca de dolor. Me relajé. Regresé a mis sueños plagados de llamas.

***

Por fin emergí lentamente del país de los delirios. Yacía boca abajo. Moví ligeramente la cabeza, mirando fijamente a mi alrededor. Mr. Crepsley y Harkat Mulds estaban sentados cerca de mí, observándome.

—Creí... haber visto a... Gavner —resollé.

Mr. Crepsley y Harkat saltaron hacia mí, esbozando unas sonrisas preocupadas.

—Antes estuvo aquí —dijo Mr. Crepsley—. Y también Kurda, Vanez y Arra. Los médicos les dijeron que se fueran.

—¿Lo... hice? —pregunté.

—Sí.

—¿Mis quemaduras... son graves?

—Muy graves —repuso Mr. Crepsley.

—Pareces... una salchicha... refrita —bromeó Harkat.

Reí débilmente.

—Ahora... a quien me parezco... es a ti —le dije.

—Sí —convino—. Pero... te pondrás... mejor.

—¿Sí? —Mi pregunta iba dirigida a Mr. Crepsley.

—Sí —respondió, con un firme asentimiento—. Has padecido un terrible calvario, pero el daño no será permanente. Tus pies sufrieron la peor parte, pero los médicos te los han salvado. Tardarás un tiempo en curarte, y puede que nunca vuelva a crecerte el cabello, pero ya no estás en peligro inmediato.

—Me siento... fatal —le dije.

—Alégrate de poder sentir algo —replicó sin ambages.

—¿Y el... próximo Rito?

—No pienses en eso ahora.

—De... debo hacerlo —jadeé—. ¿Tendré... tiempo... para... prepararme?

Mr. Crepsley no respondió.

—Dígame... la verdad —insistí.

—No habrá tiempo extra —suspiró—. Kurda está en la Cámara de los Príncipes en estos momentos, exponiendo tu caso, pero no ha podido persuadirlos de posponerlo. No hay precedentes de aplazamientos entre un Rito y otro. Los que no sean capaces de continuar, deben... —se detuvo.

—...ser conducidos... a la Cámara de... la Muerte —concluí por él. Mientras él se sentaba, intentando pensar en algo reconfortante que decirme, regresó Kurda, sonrojado de excitación.

—¿Está despierto? —preguntó.

—Lo estoy —respondí.

Agachándose delante de mí, dijo:

—Está a punto de ponerse el Sol. Tienes que elegir tu próximo Rito o admitir que has fracasado y ser ejecutado. Si te llevamos a la Cámara de los Príncipes, ¿crees que podrías tenerte en pie un par de minutos?

—No estoy... seguro —respondí honestamente—. Me duelen... los pies.

—Lo sé —dijo—. Pero es importante. He encontrado un modo de ganar algo de tiempo, pero sólo si puedes actuar como si te encontraras bien.

—¿Qué *modo*? —inquirió Mr. Crepsley, sorprendido.

—No hay tiempo para explicaciones —mascullό Kurda—. ¿Estás dispuesto a intentarlo, Darren?

Asentí débilmente.

—Bien. Traigámosle una camilla para llevarlo a la Cámara de los Príncipes. No podemos perder tiempo.

Nos apresuramos a través de los túneles, y llegamos a la Cámara justo cuando se ponía el Sol. Vanez Blane estaba fuera, esperando con su bandera púrpura.

—¿A dónde vais, Kurda? —preguntó—. ¡Darren no está preparado para hacer frente a un Rito mañana!

—Confía en mí —dijo Kurda—. Ha sido idea de Paris, pero no podemos revelarlo. Debemos actuar como si estuviéramos dispuestos a continuar. Todo depende de que Darren se tenga en pie y escoja su Rito. Vamos. Y recordad: *tenemos* que actuar como si no pasara nada.

A todos nos desconcertaba el comportamiento de Kurda, pero no teníamos más remedio que hacer lo que decía. Al entrar en la Cámara de los Príncipes, oí cómo se acallaban las voces de los vampiros mientras todos los ojos se clavaban en nosotros. Kurda y Mr. Crepsley me transportaron hasta la plataforma de los Príncipes. Harkat y Vanez iban detrás.

—¿Este es el joven señor Shan? —inquirió Paris.

—Lo es, Excelencia —respondió Kurda.

—Tiene un aspecto terrible —observó Mika Ver Leth—. ¿Seguro que está en condiciones de continuar con los Ritos?

—Sólo está descansando, Excelencia —dijo Kurda suavemente—. Le encanta fingir que está herido para que le transportemos de aquí para allá como a un gran señor.

—¿De veras? —replicó Mika, sonriendo con tirantez—. En ese caso, dejad que el chico se adelante y elija su próximo Rito. ¿Sois conscientes —añadió ominosamente— de lo que tendremos que hacer si no es capaz?

—Lo somos —dijo Kurda, mientras soltaba su extremo de la camilla. Mr. Crepsley hizo lo mismo. Los dos vampiros me ayudaron a ponerme en pie, y luego me soltaron despacio. Me tambaleé peligrosamente y estuve a punto de caerme. Probablemente así habría sido, de no haber tantos vampiros presentes: no quería parecer débil ante ellos.

Luchando contra el dolor, avancé a trompicones hasta la plataforma. Tardé un buen rato en subir los peldaños, pero no vacilé. Nadie dijo nada mientras ascendía, y cuando llegué hasta la saca con las piedras numeradas, saqué una y se realizó la comprobación de costumbre.

—Número cuatro —anunció el vampiro que sostenía la saca, una vez elegida la piedra—. Los Jabalíes Vampirizados.

—Un Rito difícil —consideró Paris cuando la piedra fue entregada a los Príncipes para su certificación—. ¿Estás preparado para ello, Darren Shan?

—No... sé de qué... se trata —dije—. Pero... estaré... aquí para enfrentarme a ello... mañana, como... está previsto.

Paris sonrió con calidez.

—Me alegra oírlo. —Se aclaró la garganta y abrió mucho los ojos con expresión inocente—: *Yo*, sin embargo, no podré hacerlo. Tengo asuntos inaplazables que atender, y, lamentablemente, me perderé este Rito. Pero mi buen colega Mika acudirá en mi lugar.

Mika imitó la inocente expresión de Paris.

—La verdad es que yo tampoco podré salir mañana de la Cámara. Este asunto del Lord Vampanez absorbe todo mi tiempo. ¿Y tú, Arrow?

El Príncipe calvo meneó la cabeza pesarosamente.

—*Yo* también debo presentarte mis excusas. Mi agenda está llena.

—Señores —dijo Kurda, adelantándose rápidamente—, ya os habéis saltado uno de los Ritos de Darren. Permitimos vuestra ausencia en esa ocasión, pero descuidar vuestro puesto dos veces durante los Ritos es imperdonable y un grave perjuicio para Darren. Debo protestar enérgicamente.

Paris empezó a sonreír, se contuvo y frunció el ceño.

—No te falta razón —murmuró.

—No podemos perdernos otro Rito del chico —admitió Mika.

—De un modo u otro, uno de nosotros debe estar presente —concluyó Arrow.

Los tres Príncipes se juntaron y lo discutieron en voz baja. Cuando dedicaron a Kurda un guiño y una sonrisita tonta, supe que se traían algo entre manos.

—Muy bien —dijo Paris, alzando la voz—. Darren ha declarado que está listo para su próximo Rito. Como no podremos estar presentes para supervisarlo, hemos decidido posponerlo. Te pedimos disculpas por las inconveniencias, Darren. ¿Querrás perdonarnos?

—Lo dejaré... pasar por... esta vez —dije, forzando una sonrisa.

—¿Y cuánto tendremos que esperar, señores? —preguntó Kurda, actuando con impaciencia—. Darren está ansioso por concluir sus Ritos.

—No mucho —dijo Paris—. Uno de nosotros estará presente en el Rito al ponerse el Sol, dentro de setenta y dos horas. ¿Os parece bien?

—Es un fastidio, señores —suspiró Kurda teatralmente—, pero si tenemos que esperar, lo haremos.

Tras hacer una reverencia, Kurda me hizo bajar de la tarima, me ayudó a subir nuevamente a la camilla y me sacó de la Cámara con Mr. Crepsley. Una vez fuera, los vampiros me dejaron en el suelo y rompieron a reír.

—¡Kurda Smahlt, eres un sinvergüenza! —rugió Mr. Crepsley—. ¿Cómo se te ocurrió eso?

—Fue idea de Paris —respondió Kurda humildemente—. Los Príncipes querían ayudar a Darren, pero no podían decir abiertamente que le darían tiempo para recuperarse de sus heridas. Necesitaban una excusa para guardar las apariencias. De esta forma, daba la sensación de que Darren estaba preparado y dispuesto a continuar, así que no es ninguna vergüenza posponer la prueba.

—Así que... por eso tenía... que estar de pie —observé—. Así nadie... sospecharía.

—Correcto —repuso Kurda con una amplia sonrisa—. Todo el mundo en esa Cámara sabía qué ocurría en realidad, pero como todo *parecía* estar en orden, nadie ha puesto objeciones.

—Tres noches... y tres días —musité—. ¿Será... suficiente?

—Si no lo es, no será por no intentarlo —dijo Mr. Crepsley con fiera determinación, y emprendimos la marcha por los túneles con paso vigoroso, en busca de algún médico capaz de ponerme en forma antes de enfrentarme a los Jabalíes Vampirizados.

CAPÍTULO 14

El tiempo transcurrió lentamente mientras estuve recuperándome confinado en mi hamaca. Los médicos se preocupaban muchísimo por mí, aplicándome lociones sobre la carne achicharrada, cambiándome las vendas, limpiando las heridas, asegurándose de que no se produjera ninguna infección. A menudo comentaban lo afortunado que había sido. No había sufrido ningún daño permanente, excepto, tal vez, la pérdida del pelo. Mis pies sanarían, mis pulmones estaban bien, y la mayor parte de mi piel se regeneraría. Considerando todo eso, estaba en muy buena forma, y debía agradecérselo a mi buena estrella.

Pero yo no me *sentía* en buena forma. Sentía dolor todo el tiempo. Ya era bastante malo cuando yacía sin moverme, pero se volvía insoportable cuando me movía. Con frecuencia, gritaba contra mi almohada, deseando poder dormirme y no despertarme hasta que hubiera pasado el dolor, pero hasta en sueños me torturaban las consecuencias del fuego, y, aterrorizado por las pesadillas, nunca me separaba de la vigilia más que una aguda punzada de dolor.

Me visitaba mucha gente, lo cual me ayudaba a distraerme del dolor. Seba y Gavner pasaban horas a mi lado, contándome historias y chistes. Gavner había comenzado a llamarme *Tostadito,* porque decía que parecía una tostada quemada. Y se ofreció a buscar la punta de alguna antorcha calcinada para dibujar unas pálidas cejas sobre mi frente, ya que las mías habían ardido junto el pelo en mi cabeza. Le dije dónde podía meterse la punta de la antorcha... ¡y el resto de ella también!

Le pregunté a Seba si existía algún tratamiento especial para las quemaduras, con la esperanza de que el viejo vampiro conociera algún remedio tradicional que los médicos ignoraran.

—Ay, no —dijo—, pero cuando tus heridas hayan sanado, haremos otro viaje a las cuevas de las arañas de Ba'Halen y buscaremos telarañas para prevenir el escozor ulterior.

Arra venía a verme a menudo, aunque pasaba más tiempo hablando con Mr. Crepsley que conmigo. Los dos se pasaban horas hablando de sus viejas noches y su vida juntos, cuando eran pareja.

Al cabo de un rato empecé a preguntarme si aquel par planeaba juntarse de nuevo, y cómo afectaría eso a mi relación con el vampiro. Cuando le pregunté a Mr. Crepsley al respecto, carraspeó con embarazo y masculló que no lo molestara con tales tonterías: Arra y él sólo eran buenos amigos.

—*Por supuesto* que lo son —dije, riendo para mis adentros y haciéndole un guiño de complicidad.

Kurda sólo pudo bajar a verme un par de veces. Ahora que el Festival de los No Muertos había concluido, los vampiros tenían que discutir muchos asuntos, la mayoría relacionados con los vampanezes. Como General veterano y experto en vampanezes, debía pasar la mayor parte de sus horas de vigilia en reuniones y conferencias.

Arra estaba conmigo en una de las raras ocasiones en que Kurda me visitó. Se puso tensa cuando lo vio, y él emprendió la retirada para evitar una confrontación.

—Espera —lo llamó ella—. Quiero agradecerte lo que hiciste por Darren.

—No fue nada —sonrió él.

—Sí lo fue —discrepó ella—. Muchos de nosotros nos preocupamos por Darren, pero sólo tú tuviste el sentido suficiente para llevarle la salvación cuando más lo necesitaba. Los demás nos habríamos quedado quietos, viéndole morir. No estoy de acuerdo con tus métodos (hay una delgada línea entre la diplomacia y la cobardía), pero a veces *funcionan* mejor que los nuestros.

Arra se fue, y Kurda sonrió suavemente.

—¿Sabes? —comentó—. Eso es lo más cerca que estará nunca de decir que le gusto.

Kurda me dio un poco de agua (me tenían a base de dieta líquida), y me contó lo que había ocurrido mientras yo estaba fuera de combate. Se había establecido un comité para discutir las acciones de los vampanezes y qué hacer en caso de emergencia respecto al Lord Vampanez.

—Por primera vez, están hablando seriamente de firmar la paz con los vampanezes —dijo.

—Eso debería hacerle feliz.

Él suspiró.

—Si eso hubiera ocurrido hace unos años, me habría puesto a dar gritos de alegría. Pero se acaba el tiempo. Creo que hará falta más que un simple comité para unir a las tribus y combatir la amenaza del Lord Vampanez.

—Pensaba que usted no creía en el Lord Vampanez —dije.

Se encogió de hombros.

—Oficialmente, no. Pero entre tú y yo... —bajó la voz—, la idea de que exista me espanta como a un tonto.

—¿Cree que es real? —pregunté.

—Si Mr. Tiny lo dice…, sí. E independientemente de lo que yo crea, no hay duda de los poderes de Mr. Tiny. A menos que actuemos con rapidez para prevenir la posibilidad de que surja un Lord Vampanez, estoy seguro de que vendrá. Detenerle antes de que lo haga podría suponer un sacrificio terrible, pero si es el precio que hay que pagar por evitar una guerra, que así sea.

Resultaba extraño escuchar a Kurda hacer una confesión así. Si él (amigo de los vampanezes) estaba preocupado, los otros vampiros estarían aterrorizados. Yo no había prestado mucha atención a lo que se decía sobre el Lord Vampanez, pero me propuse hacerlo en el futuro.

La noche siguiente (la última antes del comienzo de mi cuarto Rito) Mr. Crepsley vino a verme después de encontrarse con Vanez Blane. Harkat ya estaba junto a mi hamaca. La Personita pasaba más tiempo que nadie conmigo.

—Tuve que hablar de unas cosas con Vanez —dijo Mr. Crepsley—, y ambos estamos de acuerdo en que el descanso te será más útil que el entrenamiento para tu próximo Rito. No se requiere ninguna habilidad especial para el Rito de los Jabalíes Vampirizados. Simplemente tienes que enfrentarte a dos jabalíes a los que se les ha inyectado sangre de vampiro y matarlos. Es una sencilla lucha a muerte.

—Si pude abatir a un oso, podré abatir a un par de jabalíes —sonreí ampliamente, intentando parecer optimista: había matado a un oso salvaje durante nuestra caminata hacia la Montaña de los Vampiros.

—Desde luego que puedes —convino Mr. Crepsley—. Si no fuera por tus heridas, hasta me arriesgaría a apostar que podrías hacerlo con una mano atada a la espalda.

Sonreí, y luego tosí. Había estado tosiendo mucho desde que me sacaron de la Cámara de las Llamas. Era la reacción natural por todo el humo que había inhalado. Mis pulmones no habían sufrido ningún daño serio, así que la tos desaparecería en un par de días. Mr. Crepsley me tendió un vaso de agua, y la sorbí lentamente. Ahora era capaz de alimentarme por mí mismo y, horas antes, esa misma noche, había disfrutado de mi primera comida desde que saliera de la Cámara de las Llamas. Aún me encontraba en muy mala forma, pero gracias a mi sangre vampírica, me estaba recuperando rápidamente.

—¿Te sientes preparado para el Rito? —preguntó Mr. Crepsley.

—Me habría gustado disponer de otras veinticuatro horas —suspiré— pero creo que estaré bien. Estuve caminando unos quince minutos después de desayunar y me sentía bien. Si he podido sostenerme sobre mis piernas, es que debo estarlo... Cruzo los dedos.

—He estado hablando con Seba Nile —dijo Mr. Crepsley, cambiando de tema—. Me contó que está pensando en retirarse cuando el Consejo haya finalizado. Siente que ya ha servido bastante tiempo como intendente de la Montaña de los Vampiros. Quiere volver a ver el mundo por última vez, antes de morir.

—Quizá pueda venir con nosotros al Cirque du Freak —sugerí.

—En realidad —dijo Mr. Crepsley, mirándome atentamente a la espera de mi reacción—, puede que no regresemos al Cirque du Freak.

—¿Eh? —Fruncí el ceño.

—Seba me ha ofrecido su puesto como intendente. Y estoy pensando en aceptarlo.

—Creía que a nadie le gustaba ser intendente —dije.

—No es un trabajo muy solicitado —admitió Mr. Crepsley—, pero ser intendente es un cargo muy respetable. La gestión de la Montaña de los Vampiros es una gran responsabilidad. Y se obtienen grandes recompensas: durante cientos de años, se llega a tener gran influencia en la vida de cada nuevo General.

—¿Por qué le ofreció ese trabajo a usted? —pregunté—. ¿Por qué no a uno de sus asistentes?

—Sus asistentes son jóvenes. Sueñan con convertirse en Generales o con salir al mundo y dejar su huella. No sería justo obligar a uno de ellos a renunciar a sus sueños cuando yo estoy disponible, preparado y capacitado para tomar posesión del cargo.

—Quiere hacerlo, ¿verdad? —inquirí, leyendo sus deseos en su expresión.

Él asintió.

—Hace una o dos décadas, ni siquiera me lo habría planteado. Pero desde que dimití como General, mi vida no ha tenido propósito alguno. No me había dado cuenta de hasta qué punto me había apartado del clan, hasta que asistí a este Consejo. Sería la manera ideal de reestablecerme.

—Si tanto lo desea, hágalo —le animé.

—Pero, ¿y tú? —preguntó—. Como mi asistente, tendrías que quedarte aquí conmigo hasta que fueras lo suficientemente mayor para marcharte por tu cuenta. ¿Te gusta la idea de pasar los próximos treinta años de tu vida enclaustrado en el interior de esta montaña?

—La verdad es que no —dije—. He disfrutado mi estancia (dejando a un lado los Ritos), pero supongo que podría acabar por aburrirme después de un par de años. —Me pasé una mano por mi cabeza calva y pensé un instante en ello—. Además, hay que tener en cuenta a Harkat. ¿Cómo regresaría si nosotros nos quedáramos?

—Yo me... quedaré contigo... si decides... permanecer aquí —dijo este.

—¿Lo harías? —le pregunté, sorprendido.

—Parte de... mi memoria... ha vuelto. Aún hay... muchas lagunas, pero yo... recuerdo que Mr. Tiny... me dijo que el único... modo en que yo podía... descubrir quién era... antes de morir... es... quedarme a tu lado.

—¿Y cómo puedo yo ayudarte a descubrir quién eres? —inquirí.

Harkat se encogió de hombros.

—No lo... sé. Pero yo me... quedaré contigo... todo el tiempo... que quieras.

—¿No te importa quedarte confinado en esta montaña?

Harkat sonrió.

—Las Personitas... nos adaptamos... fácilmente.

Me tumbé de espaldas y consideré la propuesta. Si me quedaba, podría aprender más sobre las costumbres de los vampiros, y tal vez hasta prepararme para llegar a ser un General. Esa idea me atraía: podía imaginarme a mí mismo conduciendo una tropa de vampiros a la batalla contra los vampanezes, como un capitán pirata o un oficial del ejército.

Por otro lado, puede que nunca volviera a ver a Evra Von, ni a Mr. Tall, ni a mis otros amigos del Cirque du Freak. No más viajes alrededor del mundo, actuando para el público, ni comodidades ni lujos como ir al cine o encargar comida china... ¡al menos durante treinta años!

—Es una decisión difícil —medité en voz alta—. ¿Me lo puedo pensar?

—Por supuesto —dijo Mr. Crepsley—. No hay prisa. Seba no espera una respuesta hasta después del Consejo. Lo discutiremos con más detalle cuando hayan concluido tus Ritos.

—*Si* los concluyo —aventuré, con una nerviosa sonrisa.

—*Cuando* los concluyas —insistió Mr. Crepsley, y me sonrió de un modo tranquilizador.

CAPÍTULO 15

El cuarto Rito: los Jabalíes Vampirizados.

Daba la impresión de que la mitad de los vampiros de la montaña se hallaba presente para ver cómo me enfrentaba a dos jabalíes salvajes. Supe, mientras esperaba que diera comienzo el Rito, que ese interés en mí era un hito sin precedentes. Muchos vampiros habían esperado que fracasara mucho antes de llegar hasta aquí. Estaban asombrados de que hubiera sobrevivido a la Cámara de las Llamas. Los narradores de la Montaña de los Vampiros ya se estaban ocupando de convertir mis proezas en material para una leyenda moderna. Oí a uno de ellos describir mi Rito del Sendero de las Agujas, y según él, soporté diez avalanchas, y una estalactita me atravesó limpiamente el estómago, ¡la cual tuvieron que extirparme después del Rito!

Era divertido escuchar las historias que entre murmullos se extendían entre aquella multitud de vampiros, aunque la mayoría carecieran de sentido. Me hacían sentir como el Rey Arturo o Alejando *el Grande*.

—Que no se te suba a la cabeza —rió Gavner, notando con cuánta atención seguía yo esas historias. Él me hacía compañía mientras Vanez elegía mis armas—. La exageración es la clave de todas las leyendas. Si fracasas ahora o en tu último Rito, contarán que eras un vago, estúpido, inútil y te pondrán como ejemplo para otros futuros vampiros. “Trabaja duro, hijo mío”, dirán, “o acabarás como aquella calamidad de Darren Shan”.

—Al menos no podrán decir que ronco como un oso —repliqué.

Gavner hizo una mueca.

—Has pasado demasiado tiempo con Larten —gruñó.

Vanez regresó y me tendió un pequeño garrote de madera erizado de púas y una lanza corta.

—Esto es lo mejor que he podido conseguirte —dijo, rascándose la piel debajo de su desaparecido ojo izquierdo con la punta de la lanza—. No son gran cosa, pero tendrán que servir.

—Estas me vendrán bien —respondí, aunque había esperado algo más mortífero.

—¿Sabes lo que va a pasar? —preguntó.

—Soltarán a los jabalíes al mismo tiempo. Al principio puede que se embistan entre ellos, pero en cuanto me huelan, vendrán a por mí.

Vanez asintió.

—Así fue como te localizó el oso cuando venías hacia aquí, y el motivo por el que te atacó. La sangre vampírica aumenta los sentidos de un animal, especialmente el del olfato. Irán a por cualquiera que tenga un olor más fuerte.

"Tendrás que acercarte a los jabalíes para poder matarlos. Utiliza la lanza y apunta a los ojos. Reserva el garrote para sus cráneos y hocicos. No te molestes en golpearles el cuerpo. Agotarías tus energías.

"Probablemente, los jabalíes no coordinarán sus ataques. Generalmente, cuando uno se lanza a matar, el otro se queda rezagado. Si vienen hacia ti los dos juntos, podrían obstaculizarse mutuamente. Aprovecha su confusión si puedes.

"Esquiva sus colmillos. Si alguno te engancha, sepárate enseguida, aunque tengas que arrojar tus armas para soltarte. Mientras eludas sus colmillos, no serán ni la mitad de peligrosos.

Un clarín anunció la llegada de Mika Ver Leth, que presidiría el Rito. El Príncipe ataviado de negro me dio las buenas tardes, y me preguntó si estaba listo para empezar. Le respondí que sí. Me deseó suerte y me hizo el signo del toque de la muerte, y tras comprobar que no portaba armas ocultas, tomó asiento, mientras yo entraba en la arena.

Esta era un gran foso circular en el suelo, rodeado por una sólida valla de madera cuyo fin era evitar la huida de los jabalíes. Los vampiros agolpados alrededor de la valla me aclamaban como una multitud de romanos en el Coliseo.

Estiré los brazos por encima de mi cabeza y respingué de dolor. Gran parte de mi carne estaba tierna, y algunas de mis heridas ya supuraban bajo las vendas. Los pies no me dolían demasiado (se me habían quemado bastantes terminaciones nerviosas, y pasarían semanas, quizá meses, antes de que se regenerasen), pero sentía un intenso escozor por todo el cuerpo.

Las puertas del foso se abrieron, y los guardias empujaron al interior dos jabalíes enjaulados. El silencio se adueñó de los atentos vampiros. Una vez que los guardias se hubieron retirado y cerrado las puertas, unos cables elevados tiraron de los cerrojos de las jaulas, abriéndolas, y luego fueron retiradas del foso con unas cuerdas. Al verse libres, los jabalíes gruñeron rabiosamente, y de inmediato cargaron el uno contra el otro, entrechocando los colmillos. Eran criaturas feroces, de unos cinco pies de largo, y puede que tres de altura.

Cuando mi olor llegó hasta la pareja, dejaron de pelear y se apartaron. Uno me descubrió y chilló. El otro, al observar en qué dirección miraba el primero, me avistó y cargó. Levanté la lanza en posición defensiva. El jabalí se dio la vuelta a diez pies de donde yo estaba parado, y giró a un lado, bramando salvajemente.

El jabalí que estaba más lejos trotó hacia mí, despacio y resuelto. Se detuvo a varios pies, mirándome malignamente, arañó el suelo con las pezuñas, y entonces se lanzó como una flecha. Esquivé fácilmente su embestida, y logré golpearle en una oreja con el extremo del garrote mientras pasaba a toda velocidad. Rugió, giró rápidamente, y volvió de nuevo a por mí. Esta vez salté sobre él, y le apunté a los ojos con la lanza, fallando por poco. Cuando aterricé, el segundo jabalí atacó. Se arrojó contra mí, abriendo y cerrando las mandíbulas como un tiburón, retorciendo los colmillos frenéticamente.

Eludí el asalto, pero tropecé al hacerlo. Al tener tan poca sensibilidad en mis pies, comprendí que no podría confiar en ellos como solía hacer. Tal entumecimiento en mis plantas significaba que podría enredarme con mis propios pies en cualquier momento, cuando menos lo esperase. Tendría que pisar con mucho cuidado.

Uno de los jabalíes me vio tambalearme y chocó conmigo de costado. Afortunadamente, sus colmillos no me alcanzaron, y aunque el golpe me dejó sin aliento, fui capaz de alejarme rodando y recuperar el equilibrio.

No dispuse de mucho tiempo para prepararme para el próximo ataque. Casi antes de darme cuenta, un enorme y pesado pedazo de carne venía directamente hacia mí. Actuando por instinto, me aparté y empuñé la lanza. Sonó un potente aullido, y cuando la alcé, la punta de la lanza estaba roja de sangre.

Me tomé un breve respiro mientras los jabalíes me rodeaban. Era fácil reconocer al que había herido (un corte largo y profundo descendía por un lado de su hocico, manando sangre), pero no era una herida seria y no le impediría volver a atacar.

El jabalí sangrante intentó una embestida. Agité el garrote y se dio la vuelta, bramando. El otro emprendió una peligrosa carrera, pero bajó la cabeza demasiado pronto, así que pude esquivarle apartándome rápidamente.

Los vampiros, en lo alto, me gritaban consejos y me animaban, pero ahogué el sonido de sus gritos y me concentré en los jabalíes. Volvían a rodearme, removiendo el polvo con sus pezuñas, resoplando con fuerza y determinación.

El jabalí ileso dejó repentinamente de andar en círculos y cargó. Me hice a un lado, pero no bajó la cabeza y me persiguió. Tensando los músculos de mis piernas, salté y traté de aplastarle los sesos con el garrote. Pero lo hice a destiempo, y en vez de darle al jabalí, el jabalí me dio a mí.

Me derribó cuando pasó por debajo de mí e impactó con la cabeza y los hombros contra mis piernas, y caí pesadamente al suelo. El jabalí se dio la vuelta velozmente, y antes de que pudiera levantarme ya lo tenía encima, con su aliento caliente sobre mi rostro y sus colmillos destellando peligrosamente en la tenue luz del foso.

Golpeé al jabalí con el garrote, pero no estaba en buena posición para dar golpes efectivos. Él los ignoró y me hurgó con los colmillos. Sentí que uno de ellos me atravesaba los vendajes del vientre produciendo un corte superficial sobre la carne quemada. Si hubiera tardado más en reaccionar, el daño habría sido irremediable.

Agarrando el garrote por el centro, lo metí a la fuerza en la boca del jabalí, amortiguando sus ansiosos resoplidos. El jabalí retrocedió, gruñendo furiosamente. Me aparté gateando. Mientras lo hacía, el segundo jabalí me embistió por detrás. Volé sobre el primer jabalí, rodé hecho un ovillo, y me estrellé contra la valla.

Mientras me incorporaba, aturdido, oí que un jabalí corría directamente hacia mí. Sin tiempo para enfrentarlo, me lancé ciegamente hacia la izquierda. El jabalí, al perderme, chocó de cabeza, a toda velocidad, contra la valla, con un furioso estrépito.

Había dejado caer la lanza, pero tuve tiempo de recuperarla mientras el jabalí se alejaba al trote, sacudiendo la cabeza, confuso. Esperé que se desplomara, pero al cabo de unos segundos ya se había recuperado y parecía tan maligno y decidido como siempre.

Mi garrote seguía atascado en las fauces del otro jabalí. No había forma de recuperarlo, a menos que se le cayera.

Sujetando firmemente mi lanza, decidí que ya les había cedido suficiente terreno a los jabalíes. Era hora de entablar batalla. Me agaché, con la lanza extendida ante mí, y avancé. Mi actitud hizo vacilar a los jabalíes. Intentaron un par de acometidas poco entusiastas, y luego se replegaron recelosos. Obviamente, no les habían inyectado demasiada sangre de vampiro, porque de lo contrario me habrían atacado continuamente, enloquecidamente, por encima de su propia seguridad.

Mientras los hostigaba hacia el lado más apartado del foso, me concentré en el jabalí del morro sangrante. Parecía el más inseguro de los dos, y se retiraba más rápidamente. Se insinuaba en él cierta cobardía.

Simulé un ataque contra el más bravo, el del garrote en la boca, agitando la lanza en el aire, para que se diera la vuelta y huyera. Mientras el otro se relajaba ligeramente, cambié de trayectoria y salté sobre él. Agarré al jabalí por el pescuezo y me sujeté a él mientras rugía y corcoveaba. Me arrastró alrededor de casi todo el foso antes de quedarse sin resuello y detenerse. Mientras trataba de engancharme con sus colmillos, apunté con la lanza a sus ojos. Fallé, le hice un corte en el morro, le corté una oreja, volví a fallar... y por fin le acerté y le vacié el ojo derecho.

Su rugido al perder el ojo casi me dejó sordo. Sacudió la cabeza con más fiereza que nunca, y me arañó el estómago y el pecho con los colmillos, pero no seriamente. Me mantuve firmemente agarrado a él, ignorando el dolor en las manos y los brazos mientras mis heridas volvían a abrirse y fluía la sangre.

Los vampiros, en lo alto, estaban muy excitados, y sus gritos de "¡Mátalo, mátalo!" llenaban el aire. Sentí lástima por el jabalí (al fin y al cabo, su ataque había sido provocado), pero era él o yo. No había lugar para la misericordia.

Me coloqué frente al jabalí (un movimiento peligroso) y me preparé para un ataque frontal. Me mantuve a la derecha, para que no pudiera verme, levanté la lanza sobre mi cabeza y esperé el momento justo para descargarla. Tras unos segundos frenéticos, el jabalí me avistó con el ojo izquierdo y se detuvo, vacilante, presentando un blanco seguro. Bajando el brazo bruscamente, clavé la punta de la lanza en el hueco donde había estado su ojo derecho, hundiéndola profundamente hasta el enloquecido cerebro del jabalí.

Hubo un horrible sonido acuoso, y luego el jabalí se volvió loco. Se alzó sobre las patas traseras, soltando un alarido ensordecedor, y cayó pesadamente. Me aparté de su camino, pero tan pronto como tocó el suelo, se retorció como un potro salvaje.

Retrocedí rápidamente, pero el jabalí me siguió. No podía verme (ya no podía ver nada), ni oírme por encima del estruendo de sus rugidos, pero de todos modos me seguía. Al darme la vuelta para huir, vi al segundo jabalí preparándose para embestir.

Me detuve de golpe, momentáneamente inseguro, y el jabalí moribundo chocó conmigo. Caí debajo de él, soltando la lanza. Mientras intentaba girarme, el jabalí se desplomó sobre mí, se estremeció y luego se quedó quieto. Había muerto... ¡y yo estaba atrapado debajo de él!

Me esforcé por quitarme el jabalí de encima, pero pesaba demasiado. Si me hubiera encontrado en buenas condiciones físicas, podría haberlo conseguido, pero estaba magullado, quemado y ensangrentado. Sencillamente, no me quedaban fuerzas para mover al macizo animal.

Mientras me relajaba, procurando respirar con calma antes de volver a intentarlo, el segundo jabalí se detuvo junto a mí y me dio un topetazo en la cabeza. Aullé y traté de alejarme a gatas, pero no podía. El jabalí parecía esbozar una amplia sonrisa, pero podría ser sólo por el efecto del garrote, que aún seguía atascado en su boca. Bajó la cabeza y trató de morderme, pero el garrote se lo impidió. Gruñendo, se retiro unos cuantos pasos, sacudió la cabeza, retrocedió unos pasos más, y luego pateó el suelo, bajando los colmillos... ¡y cargó contra mí!

CAPÍTULO 16

Había salido bien librado de algunas situaciones difíciles en el pasado, pero se me había agotado la suerte. Estaba atrapado, a merced del jabalí, y sabía que no mostraría más piedad hacia mí que la que yo había mostrado con su compañero.

Mientras yacía allí, esperando el final, cerrando los ojos ante la embestida del jabalí, alguien gritó por encima de mí. El silencio se había extendido entre los vampiros, así que la voz sonó claramente en la caverna:

—*¡NO!*

Una sombra saltó al foso, interponiéndose como una flecha entre el jabalí y yo, se apoderó de la lanza que se me había caído, la agarró por el extremo romo y dirigió la punta hacia el jabalí al ataque. Este no tuvo tiempo de virar ni detenerse. Se dirigió pesadamente hacia la lanza, empalándose en ella, y luego chocó contra mi protector, que lo arrastró a un lado para evitar que cayera sobre mí. Los dos adversarios se desplomaron sobre el polvo. El jabalí luchó torpemente, intentando incorporarse. Perdió el control de sus patas. Gruñó débilmente. Luego, murió.

Mientras el polvo se disipaba, unas fuertes manos levantaron al jabalí que yacía sobre mí, quitando su cadáver de en medio. Cuando esas mismas manos se encontraron con las mías y me ayudaron a levantarme, bizqueé y finalmente comprendí quién había venido en mi ayuda: *¡Harkat Mulds!*

La Personita me examinó para comprobar que no tenía ningún hueso roto, y luego me alejó de los jabalíes muertos. Sobre nuestras cabezas, los vampiros se habían quedado mudos. Entonces, mientras íbamos hacia las puertas, un par de ellos silbó. Luego, algunos lanzaron abucheos. Pronto toda la Cámara se llenó de gritos de protesta y silbidos.

—¡Trampa! —gritaban— ¡Es una vergüenza! ¡Que los maten a los dos!

Harkat y yo nos detuvimos, mirando atónitos a los furiosos vampiros que nos rodeaban. Hacía sólo un momento me habían aclamado como a un bravo guerrero... ¡y ahora pedían mi sangre!

No todos los vampiros participaban de aquel alboroto. Mr. Crepsley, Gavner y Kurda no alzaron sus voces pidiendo justicia. Tampoco Seba, a quien descubrí cuando se alejaba, moviendo tristemente la cabeza.

Mientras los vampiros nos gritaban, Vanez Blane saltó la valla y entró en el foso. Levantó las manos pidiendo silencio y poco a poco se apagó el clamor.

—¡Excelencia! —gritó a Mika Ver Leth, que estaba de pie junto a la valla con expresión pétrea—. ¡Estoy tan horrorizado por lo que ha ocurrido como todos los demás! ¡Pero esto no estaba planeado, y no fue idea de Darren! ¡Esa Personita no conocía nuestras costumbres y actuó por su cuenta! ¡Le ruego que no tome represalias!

Algunos vampiros le abuchearon cuando oyeron eso, pero Mika Ver Leth les hizo callar con un brusco gesto de la mano.

—Darren —dijo el Príncipe lentamente—. ¿Planeaste esto con la Personita?

Negué con la cabeza.

—Estoy tan sorprendido como todos —dije.

—Harkat —gruñó Mika—. ¿Has intervenido por tu cuenta... o estabas obedeciendo órdenes?

—Ninguna orden —respondió Harkat—. Darren... es mi amigo. No podía... quedarme quieto... viéndole... morir.

—Has desafiado nuestras reglas —le advirtió Mika.

—*Vuestras* reglas —replicó Harkat—. No las *mías*. Darren... es mi amigo.

Las aguileñas facciones de Mika expresaron preocupación y apoyó un dedo enguantado de negro sobre el labio superior, mientras consideraba la situación.

—¡Debemos matarlos! —gritó encolerizado un General—. ¡Debemos llevarlos a la Cámara de la Muerte y...!

—¿Tienes mucha prisa en matar a un mensajero de Mr. Tiny? —le interrumpió Mr. Crepsley suavemente. El General que había pedido nuestras cabezas guardó silencio. Mr. Crepsley se dirigió a toda la Cámara—: No podemos actuar con precipitación. Este asunto debería debatirse en la Cámara de los Príncipes, donde se pueda hablar razonablemente. Harkat no es un vampiro y no puede ser juzgado como tal. No tenemos ningún derecho a sentenciarle.

—¿Y qué pasa con el semi-vampiro? —exclamó otro General—. ¡*Él* sí está sujeto a nuestras leyes! ¡*Él* ha fracasado en el Rito y debe ser ejecutado!

—¡No ha fracasado! —gritó Kurda—. ¡El Rito fue interrumpido! ¡Mató a un jabalí! ¿Quién dice que no hubiera matado al otro?

—¡Estaba atrapado! —bramó el General—. ¡El jabalí iba a rematarlo!

—Es probable —admitió Kurda—, pero nunca lo sabremos con certeza. Darren demostró su fortaleza y su ingenio en los anteriores Ritos. Tal vez se habría zafado del jabalí muerto y evitado el ataque en el último momento.

—¡Tonterías! —bufó el General.

—¿De veras? —resopló Kurda, bajando al ring de un salto para unirse a mí, a Harkat y a Vanez—. ¿Quién puede asegurar que Darren habría perdido? —Se dio la vuelta lentamente, desafiando la mirada de todos los presentes—. ¿Quién puede decir que se encontraba en una posición realmente desesperada?

Hubo un largo e incómodo silencio, que finalmente rompió una voz de mujer: Arra Sails.

—Kurda tiene razón —dijo. Los vampiros se removieron, incómodos: nunca hubieran esperado que Arra se pusiera de parte de Kurda—. El chico se encontraba en una situación peligrosa, pero no necesariamente fatal. *Podría* haber sobrevivido.

—Yo digo que Darren tiene derecho a repetir el Rito —dijo Kurda, aprovechando el dubitativo silencio que reinaba en la Cámara—. Deberíamos aplazarlo y volver a repetirlo mañana.

Todos miraron a Mika Ver Leth esperando su decisión. El Príncipe meditó en silencio la cuestión durante un momento, y luego miró a Mr. Crepsley.

—Larten, ¿qué tienes que decir al respecto?

Mr. Crepsley se encogió de hombros, adustamente.

—Es verdad que Darren no fue realmente derrotado. Pero quebrantar las reglas generalmente implica un castigo. Mi relación con Darren me obliga a hablar por él. Desgraciadamente, no sé qué argumentar en su favor. Fueran cuales fueran las circunstancias, ha fallado esta prueba.

—¡Larten! —chilló Kurda—. ¡No sabes lo que dices!

—Sí, lo sabe —suspiré—. Y tiene razón. —Hice a un lado a Harkat, me sostuve en pie yo solo y me encaré con Mika Ver Leth—. No creo que hubiera podido escapar —dije honestamente—. No quiero morir, pero tampoco deseo pedir ningún favor especial. Si es posible repetir el Rito, lo haré. Si no, no pienso quejarme.

Un murmullo de aprobación recorrió la Cámara.

Aquellos que se habían precipitado iracundos hacia la valla se calmaron y esperaron a que Mika tomara una decisión.

—Hablas como un auténtico vampiro —me elogió el Príncipe—. No te culpo por lo que ha ocurrido. Ni culpo a tu amigo: no es uno de nosotros y no podemos esperar que actúe igual. No se tomarán medidas contra Harkat Mulds, eso estoy dispuesto a garantizarlo aquí y ahora, porque así lo he decidido.

Algunos vampiros miraron ferozmente a Harkat, pero ninguno alzó la voz en su contra.

—En cuanto a *tu* destino... —Mika vaciló—. Debo discutirlo con los otros Príncipes y con los Generales antes de dictar sentencia. No creo que podamos perdonarte la vida, pero puede que Kurda tenga razón: tal vez *sea* posible repetir el Rito. Que yo sepa, nunca se ha permitido, pero puede que exista alguna antigua ley a la que podamos recurrir.

“Regresa a tu celda —dijo Mika—, mientras yo y los demás consultamos esto con nuestros colegas. Serás informado de nuestra decisión tan pronto como acordemos una. Mi consejo —añadió en un susurro— es que deberías encomendar tu alma a los dioses, porque me temo que pronto tendrás que rendirles cuentas.

Asentí obedientemente ante Mika Ver Leth y mantuve la cabeza baja mientras él y los demás vampiros abandonaban la Cámara.

—No te dejaré morir sin luchar —me prometió Kurda, pasando sigilosamente junto a mí—. Saldrás de esta, te lo aseguro. Tiene que haber una forma.

Luego desapareció. Vanez Blane, Mr. Crepsley y los demás también se fueron, dejándonos a Harkat y a mí solos en el foso, con los jabalíes muertos. Harkat parecía avergonzado cuando me volví hacia él y le encaré.

—No... pretendía... causarte problemas —dijo—. Actué... antes de... pensar.

—No te preocupes por eso —le dije—. Probablemente yo hubiera hecho lo mismo de haber estado en tu lugar. Además, lo peor que pueden hacer es matarme... y habría muerto de todos modos si no me hubieras rescatado.

—¿No estás... enfadado? —preguntó Harkat.

—Claro que no —sonreí, y nos dirigimos a la salida.

Lo que no le dije a Harkat es que habría preferido que me *dejara* morir. Al menos, con el jabalí mi muerte habría sido rápida y fácil de afrontar. Ahora me quedaba por delante una larga y torturante espera, a la que casi con toda seguridad seguiría el angustioso camino hacia la Cámara de la Muerte, donde sería izado sobre las estacas y sometido a un sucio, doloroso y humillante final. Habría sido mejor morir con nobleza y rapidez en el foso.

CAPÍTULO 17

Harkat y yo nos sentamos en nuestras hamacas y esperamos. Las celdas vecinas estaban desiertas, al igual que los túneles. La mayoría de los vampiros se había reunido en la Cámara de los Príncipes, o esperaban fuera el veredicto. Los vampiros amaban la intriga casi tanto como la lucha, y estaban ansiosos por escuchar la noticia de primera mano.

—¿Cómo se te ocurrió venir en mi ayuda? —le pregunté a Harkat al cabo de un rato, para romper el angustioso silencio—. Podrías haber muerto intentando salvarme.

—Para serte sincero... —respondió Harkat tímidamente—, lo hice más por mí... que por ti. Si tú morías, yo nunca... podría descubrir... quién... era.

Me eché a reír.

—Más vale que no les cuentes eso a los vampiros. La única razón por la que han sido indulgentes contigo es porque respetan el valor y el sacrificio. Si se enteran de que lo hiciste en tu beneficio, no hace falta que te diga lo que harán contigo.

—¿No te... importa? —inquirió Harkat.

—No —sonreí.

—Si deciden... matarte, ¿dejarás... que lo hagan?

—No podré impedírselo —respondí.

—¿Pero irás... tranquilamente?

—No estoy seguro —suspiré—. Si hubiera sido después del combate, habría ido sin rechistar... Estaba lleno de adrenalina y no tenía miedo a morir. Ahora que estoy más tranquilo, sí lo tengo. Espero poder ir con la cabeza alta, pero tengo miedo de ponerme a llorar o a suplicar clemencia.

—Tú no —dijo Harkat—. Tú eres... demasiado fuerte.

—¿Tú crees? —reí secamente.

—Luchaste... contra los jabalíes y... te enfrentaste... al fuego y al agua. No... mostraste miedo antes. ¿Por qué... ahora?

—Eso era diferente —dije—. Tenía la oportunidad de luchar. Si deciden matarme, tendré que ir a la Cámara de la Muerte *sabiendo* que todo está perdido.

—No te preocupes —dijo Harkat—. Si... mueres, tal vez... te conviertas... en una... Personita.

Me quedé mirando el deforme cuerpo de Harkat, su rostro desfigurado y lleno de cicatrices, sus ojos verdes y la máscara sin la cual no podría sobrevivir.

—Oh, eso es un gran consuelo —dije con sarcasmo.
—Sólo intentaba... animarte.
—¡Bueno, pues no lo hagas!
Los minutos se desgranaban agonizantemente. Deseaba que los vampiros tomaran rápido su decisión, aunque eso significara la muerte... Cualquier cosa sería mejor que estar allí sentado, sin saber nada. Finalmente, después de lo que me pareció toda un vida, escuché un ruido de pasos que se acercaban por el túnel. Harkat y yo nos envaramos, nos deslizamos fuera de las hamacas y saltamos hacia la puerta de la celda. Nos miramos nerviosamente. Harkat sonrió débilmente. Mi sonrisa fue aún más débil.
—Allá vamos —susurré.
—Buena suerte —respondió.
Los pasos redujeron su velocidad, se detuvieron, y luego volvieron a acercarse, suavemente. Un vampiro emergió de la penumbra del túnel y se deslizó dentro de la celda: Kurda.
—¿Qué ha ocurrido? —pregunté.
—Vine a ver cómo estabas —dijo, sonriendo torvamente.
—¡Bien! —barboté—. ¡Genial! ¡No puedo estar mejor!
—Eso pensé. —Miraba alrededor con inquietud.
—¿Ya se... han decidido? —preguntó Harkat.
—No. Pero no tardarán mucho. Van... —Se aclaró la garganta—. Van a sentenciarte a muerte, Darren.
Había estado esperándolo, pero igualmente fue un duro golpe. Di un paso atrás, y se me doblaron las rodillas. Si Harkat no me hubiera sostenido firmemente, me habría caído al suelo.
—He intentado razonar con ellos —dijo Kurda—. Los otros también. Gavner y Vanez se emplearon a fondo en tu defensa. Pero no existen precedentes. Las leyes son claras: fracasar en un Rito se castiga con la muerte. Intentamos convencer a los Príncipes de que te permitieran repetir el Rito, pero han hecho oídos sordos a nuestras súplicas.
—Entonces, ¿por qué no han venido a buscarme? —pregunté.
—Aún lo están debatiendo. Larten ha convocado a los vampiros más viejos para preguntarles si se había dado un caso semejante con anterioridad. Está haciendo todo lo que puede por ti. Si existe la más mínima laguna legal, él la encontrará.
—Pero no existe, ¿verdad? —pregunté, abatido.
Kurda meneó la cabeza.
—Si Paris Skyle no conoce alguna forma de salvarte, estoy seguro de que los otros tampoco. Si él no puede ayudarte, dudo que alguien pueda.
—Así que todo ha terminado. Estoy acabado.

—No necesariamente —dijo Kurda, desviando la mirada, extrañamente avergonzado.

—No comprendo... —Fruncí el ceño—. Acaba de decir...

—El veredicto es inevitable —me interrumpió—. Pero eso no significa que tengas que quedarte aquí, aceptándolo.

—¡Kurda! —jadeé, horrorizado por lo que decía.

—Puedes salir —susurró—. Conozco un modo de eludir a los guardias, un punto de fractura del que nunca he informado a nadie. Podemos atravesar la montaña, bajando por túneles que casi nunca se utilizan, para ganar tiempo. El amanecer está cerca. Una vez que estés fuera, tendrás el camino libre hasta el atardecer. E incluso entonces, no creo que nadie vaya a perseguirte. Ya que no supones ninguna amenaza, te dejarán ir. Podrían matarte si te encuentran antes, pero cuando haya pasado todo ese tiempo...

—No puedo hacer eso —le interrumpí—. Mr. Crepsley se avergonzaría de mí. Soy su asistente. Él tendría que responder por mí.

—No —dijo Kurda—. Tú ya no eres su responsabilidad, no desde que emprendiste los Ritos. Puede que la gente diga cosas a su espalda, pero nadie pondrá en tela de juicio su reputación abiertamente.

—No puedo —repetí, esta vez con menos convicción—. ¿Qué le pasaría *a usted*? Si se enteran de que me ayudó a escapar...

—No lo harán —dijo Kurda—. Borraré mis huellas. Mientras no te cojan, estaré bien.

—¿Y si *me* cogen y me sacan la verdad?

Kurda se encogió de hombros.

—Me arriesgaré.

Vacilé, atrapado en un dilema. Mi parte de vampiro quería quedarse y acabar lo que había empezado. Mi parte humana decía que no fuera estúpido, que aprovechara la oportunidad y huyera.

—Eres joven, Darren —dijo Kurda—. Es una locura desperdiciar tu vida. Deja la Montaña de los Vampiros. Vuelve a empezar. Ya tienes suficiente experiencia para sobrevivir por ti mismo. No necesitas que Larten siga cuidando de ti. Muchos vampiros viven por su cuenta, sin tener nada que ver con el resto de nosotros. Sé tú mismo. No permitas que el estúpido orgullo de otros enturbie tu juicio.

—¿*Tú* qué opinas? —le pregunté a Harkat.

—Creo que... Kurda tiene razón —dijo—. No tiene sentido... dejar que... te maten. Vete. Vive. Sé libre. Yo iré... contigo... y te ayudaré. Y más tarde... tal vez *tú*... puedas ayudarme *a mí*.

—Harkat no podrá venir —dijo Kurda—. Es demasiado grueso para pasar por algunos de los túneles que planeo utilizar. Ya os las arreglareis para encontraros cuando el Consejo haya acabado y él sea libre para marcharse sin levantar sospechas.

—El Cirque... Du Freak —dijo Harkat—. ¿Podrás... encontrarlo?

Asentí. Había conocido a mucha gente alrededor del mundo durante los años que pasé en el Cirque, gente que ayudaba a Mr. Tall y a sus colegas cuando llegaban a alguna población. Podrían indicarme la dirección del circo ambulante.

—¿Te has decidido? —preguntó Kurda—. No podemos perder tiempo discutiéndolo. Ven conmigo ahora, o enfréntate a la muerte.

Tragué saliva, fijé la mirada en mis pies, tomé una decisión, y luego miré fijamente a Kurda y dije:

—Iré.

No me sentía orgulloso de mí, pero la vergüenza sería mucho más dulce que las afiladas estacas de la Cámara de la Muerte.

CAPÍTULO 18

Nos apresuramos a través de los desiertos corredores, bajando hacia los almacenes. Kurda me llevó hasta el fondo de uno, donde apartamos un par de grandes sacos, dejando al descubierto un pequeño agujero en la pared. Kurda empezó a esforzarse por entrar, pero tiré de él y le pedí que descansáramos un par de minutos. Me dolía todo.

—¿Podrás continuar? —preguntó.

—Sí, pero sólo si nos detenemos a descansar de rato en rato. Sé que el tiempo es oro, pero estoy demasiado exhausto para seguir adelante sin descansar.

Cuando me sentí preparado, seguí a Kurda a través del agujero y me encontré en un estrecho túnel que descendía abruptamente. Sugerí que nos deslizáramos hasta el fondo, pero Kurda rechazó la idea.

—No vamos a ir todo el camino hacia abajo —dijo—. A medio camino de esta bajada hay una cornisa que conduce a otro túnel.

Efectivamente, al cabo de unos minutos llegamos a un saliente, abandonamos el agujero y pronto estuvimos sobre terreno llano.

—¿Cómo encontró este lugar? —inquirí.

—Siguiendo a un murciélago —dijo, guiñándome un ojo.

Llegamos a una bifurcación, y Kurda se detuvo para sacar un mapa. Lo estudió en silencio durante unos segundos, y luego giró a la izquierda.

—¿Está seguro de que sabe por dónde va? —pregunté.

—No del todo —rió—. Por eso traje mis mapas. Hace décadas que no bajo a estos túneles.

Mentalmente intenté tomar nota de la ruta que seguíamos, por si a Kurda le ocurría algo y yo tenía que volver sobre mis pasos, pero resultó imposible. Giramos y cambiamos de dirección tantas veces que sólo un genio podría haber memorizado el camino.

Pasamos sobre un par de pequeños arroyos. Kurda me dijo que se unirían a otros más adelante, formando la ancha corriente que se utilizaba para los funerales en el pasado.

—Siempre podríamos nadar para salvarnos —sugerí en broma.

—¿Y por qué no agitamos los brazos y salimos volando, ya que estamos? —respondió Kurda.

Algunos túneles estaban oscuros como boca de lobo, pero Kurda no encendió ninguna vela. Dijo que la cera que cayera al suelo señalaría nuestra ruta, y facilitaría el trabajo a los vampiros que nos seguían el rastro.

Cuanto más avanzábamos, más duro era para mí seguir adelante, y teníamos que detenernos a menudo para que yo pudiera tomar aliento y recuperar energías para continuar.

—Te llevaría si hubiera espacio —dijo Kurda durante una de nuestras paradas, secando el sudor y la sangre de mi cuello y mis hombros con su camisa—. Pronto entraremos en unos túneles más grandes. Entonces podré llevarte en brazos si quieres.

—Eso sería estupendo —resollé.

—¿Qué quieres hacer cuando salgamos de los túneles? —preguntó—. ¿Quieres que te acompañe hasta algún camino, para asegurarnos de que estás bien?

Meneé la cabeza.

—Si lo hace, los Generales le descubrirían. Estaré bien en cuanto salga. El aire fresco me despejará. Encontraré algún sitio donde dormir, descansaré unas horas, y luego...

Me detuve. Había oído un ruido de piedrecitas sueltas resonando contra el suelo en uno de los túneles que habíamos dejado atrás. Kurda también lo oyó. Corrió hacia la entrada del túnel y se agazapó allí, escuchando atentamente. Al cabo de unos segundos, volvió corriendo a mi lado.

—¡Viene alguien! —siseó, tirando de mí—. ¡Rápido! ¡Tenemos que salir de aquí!

—No —suspiré, sentándome de nuevo.

—¡Darren! —exclamó en voz baja—. ¡No te quedes ahí! ¡Ya hemos parado antes para descansar...!

—No puedo —le dije—. Ya me cuesta bastante arrastrarme. No hay modo de que pueda tomar parte en una cacería a toda velocidad. Si nos han encontrado, esto es el fin. Adelántese, ocúltese. Diré que actuaba por mi cuenta.

—Sabes que no puedo abandonarte —dijo, agachándose junto a mí.

Esperamos en silencio mientras los pasos se acercaban. Por el sonido, sólo una persona nos seguía. Esperé que no fuera Mr. Crepsley... Me aterraba la idea de enfrentarme a él después de lo que había hecho.

El vampiro rastreador llegó a la entrada del túnel, nos observó desde las sombras durante un momento, y luego se inclinó y entró a toda prisa. ¡Era Gavner Purl!

—Os habéis metido en un buen lío —gruñó—. ¿De quién fue la estúpida idea de salir huyendo?

—¡Mía! —respondimos Kurda y yo exactamente al mismo tiempo.

Gavner meneó la cabeza, exasperado.

—No os hacéis ningún favor el uno al otro —masculló—. Vamos... La verdad.

—Fue idea mía —respondió Kurda, apretándome el brazo para acallar mis protestas—. Yo convencí a Darren de que viniera. La culpa es mía.

—Eres un idiota —le reprendió Gavner—. Esto te destruirá si llega a saberse. No sólo has olvidado que vas a convertirte en un Príncipe Vampiro... sino también el riesgo de ser conducido a la Cámara de la Muerte para sufrir el mismo destino que Darren.

—Sólo si tú me delatas —dijo Kurda en voz baja.

—¿Crees que no lo haré? —le desafió Gavner.

—Si fuera tu intención castigarnos, no habrías venido solo.

Gavner miró fijamente a su superior, y luego maldijo secamente.

—Tienes razón —rezongó—. No quiero verte muerto. Si los dos volvéis conmigo, no mencionaré tu nombre. De hecho, nadie tiene por qué enterarse de lo ocurrido. Harkat y yo somos los únicos que lo sabemos, de momento. Podemos traer de vuelta a Darren antes de que el juicio acabe.

—¿Por qué? —inquirió Kurda—. ¿Para que lo lleven a la Cámara de la Muerte y lo empalen?

—Si esa es la sentencia de los Príncipes..., sí —dijo Gavner.

Kurda meneó la cabeza.

—Era de eso de lo que huíamos. No dejaré que vuelva para que lo maten. No es justo quitarle la vida a un niño de un modo tan cruel.

—¡Justa o no —espetó Gavner—, la sentencia de los Príncipes es definitiva!

Los ojos de Kurda se estrecharon.

—Tú estás de acuerdo conmigo —susurró—. Piensas que deberían perdonarle la vida.

Gavner asintió a regañadientes.

—Pero sólo es mi opinión. No voy a ignorar la decisión de los Príncipes.

—¿Por qué no? —preguntó Kurda—. ¿Tenemos que obedecerles aunque estén equivocados, aunque sus reglas sean injustas?

—Así son nuestras costumbres —gruño Gavner.

—Las costumbres se pueden cambiar —insistió Kurda—. Los Príncipes son demasiado inflexibles. Ignoran el hecho de que el mundo avanza. Dentro de unas semanas, *yo* seré Príncipe. Puedo cambiar las cosas. Deja ir a Darren, y conseguiré revocar su sentencia. Limpiaré su nombre y le permitiré regresar y completar sus Ritos. Haz la vista gorda por esta vez y te prometo que no te arrepentirás.

Gavner vaciló ante las palabras de Kurda.

—No está bien conspirar contra los Príncipes —murmuró.

—Nadie lo sabrá —prometió Kurda—. Pensarán que Darren se fue solo. Nunca nos investigarán.

—Pero esto va contra todo aquello en lo que creemos —suspiró Gavner.

—A veces es necesario abandonar viejas creencias a favor de otras nuevas —dijo Kurda.

Mientras Gavner se angustiaba intentando tomar una decisión, yo hablé.

—Regresaré si quiere. Tengo miedo de morir, por eso dejé que Kurda me convenciera de huir. Pero si usted dice que debo volver, lo haré.

—¡No *quiero* que mueras! —gritó Gavner—. Pero huir no resuelve nada.

—¡Tonterías! —resopló Kurda—. Los vampiros estaríamos mucho mejor si hubiera más con el sentido común de evitar una pelea cuando las probabilidades están en contra nuestra. Si hacemos volver a Darren, lo conducimos a la muerte. ¿Qué sentido tiene eso?

Gavner pensó en ello en silencio, y luego asintió hoscamente.

—Esto no me gusta, pero es el menor de los males. No os haré volver. Pero —añadió— sólo si estás de acuerdo en contarle la verdad a los demás cuando seas Príncipe. Confesaremos, limpiaremos el nombre de Darren si podemos, y si no, aceptaremos nuestro castigo. ¿De acuerdo?

—Por mí, está bien —dijo Kurda.

—¿Me das tu palabra?

Kurda asintió.

—Te la doy.

Gavner soltó un largo suspiro y me estudió en la penumbra del túnel.

—¿Cómo te encuentras? —preguntó.

—No muy mal —mentí.

—Parece que estés a punto de caerte —observó, escépticamente.

—Lo estoy —juré. Luego le pregunté cómo nos había encontrado.

—Estaba buscando a Kurda —explicó—. Esperaba que pudiéramos analizar la situación entre los dos y encontrar un modo de salir de este lío. Su armario de los mapas estaba abierto. No pensé en ello entonces, pero cuando pasé por tu celda y encontré a Harkat allí solo, saqué mis conclusiones.

—¿Y cómo nos seguiste la pista a través de los túneles? —preguntó Kurda.

Gavner señaló una gota de sangre en el suelo, debajo de mí.

—Ha estado goteando todo el camino —dijo—. Ha dejado un rastro que incluso un tonto podría seguir.

Kurda cerró los ojos, haciendo una mueca.

—¡Por las entrañas de Charna! El espionaje nunca se me ha dado bien.

—¡Tienes razón! —bufó Gavner—. Si vamos a hacerlo, será mejor que nos demos prisa. En cuanto descubran la desaparición de Darren, mandarán un equipo de rastreadores tras sus huellas, y no les costará mucho encontrarle. Nuestra única oportunidad es sacarle de aquí y confiar en que el Sol les haga desistir de continuar.

—Eso mismo pensé yo —dijo Kurda, y empezó a avanzar. Yo le seguí como pude, con Gavner resoplando detrás de mí.

Hacia el final del túnel, Kurda giró a la izquierda. Iba a ir tras él cuando Gavner me sujetó del brazo y me hizo detenerme, y luego observó el túnel a la derecha. Cuando Kurda se dio cuenta de que no le seguíamos, se detuvo y volvió atrás.

—¿Por qué os retrasáis? —preguntó.

—He estado antes en esta parte de la montaña —dijo Gavner—, durante mis Ritos de Iniciación. Tenía que encontrar una joya oculta.

—¿Y qué?

—Puedo encontrar la salida —siguió Gavner—. Conozco el camino a la salida más cercana.

—Yo también —dijo Kurda—, y es por aquí.

Gavner meneó la cabeza.

—*Podemos* salir por ahí —admitió—, pero lo haremos antes si vamos por este otro túnel.

—¡No! —espetó Kurda—. La idea ha sido mía y yo estoy al cargo. No tenemos tiempo para andar vagando por ahí. Si estuvieras equivocado, nos costaría caro. Mi camino es el correcto.

—Y el mío también —insistió Gavner, y antes de que Kurda pudiera objetar nada, bajó por el túnel de la derecha, arrastrándome con él. Kurda maldijo en voz alta y nos llamó, pero como Gavner lo ignoró, no le quedó más remedio que correr detrás de nosotros.

—Esto es estúpido —jadeó Kurda cuando nos alcanzó. Trató de apartarme para encararse con Gavner, pero el túnel era demasiado estrecho—. Deberíamos seguir la ruta de los mapas. Conozco mejor que tú estos túneles. Esto no es más que un callejón sin salida.

—No —le contradijo Gavner—. Por aquí podremos ahorrarnos casi cuarenta minutos.

—¿Pero y si...? —empezó Kurda.

—Deja ya de discutir —lo interrumpió Gavner—. Cuanto más hablamos, más despacio avanzamos.

Kurda murmuró algo, pero no dijo nada más. Pero me pareció que no estaba muy contento.

Atravesamos un pequeño túnel que se extendía bajo una rugiente corriente montañosa. El agua sonaba tan cerca que temí que pudiera abrirse paso a través de las paredes del túnel y nos ahogara. No podía oír nada más que el ruido de la corriente, y estaba tan oscuro que tampoco podía ver nada. Me sentía como si estuviera totalmente solo.

Me alegró ver finalmente la luz al final, y me dirigí hacia ella tan rápido como pude. Gavner y Kurda también se apresuraron, como si también estuvieran ansiosos por escapar del túnel. Mientras nos sacudíamos el polvo del túnel, Kurda avanzó y se situó en cabeza. Nos encontrábamos en una pequeña cueva. Había tres túneles que salían de ella. Kurda se dirigió al túnel más lejano, a la izquierda.

—Iremos por aquí —dijo, reejerciendo su autoridad.

Gavner esbozó una amplia sonrisa.

—Ese es el mismo que yo iba a tomar.

—Entonces, démonos prisa —espetó Kurda.

—¿Qué te pasa? —preguntó Gavner—. Actúas de una forma muy extraña.

—¡No me pasa nada! —respondió Kurda, mirándolo enfurecido. Luego, sonrió débilmente—. Lo siento. Es ese túnel bajo la corriente. Sabía que tendríamos que atravesarlo. Por eso quería tomar el otro camino... para evitarlo.

—¿Temías que el agua lo atravesara? —rió Gavner.

—Sí —contestó Kurda, rígidamente.

—Yo también lo temí —dije yo—. No me gustaría tener que arrastrarme por un lugar así muy a menudo.

—Cobardes —dijo Gavner, riendo entre dientes. Empezó a andar hacia Kurda, sonriendo, y entonces se detuvo y miró de reojo.

—¿Ocurre algo? —pregunté.

—Creo que he oído algo —dijo.

—¿Qué?

—Ha sonado como si alguien tosiera. Vino del túnel de la derecha.

—¿Una partida de búsqueda? —pregunté, preocupado.

Gavner frunció el ceño.

—Lo dudo... Si así fuera, vendrían de atrás.

—¿Qué pasa? —inquirió Kurda con impaciencia.

—Gavner cree haber oído algo —dije, mientras el General se dirigía sigilosamente a explorar el túnel.

—Es sólo el ruido de la corriente —dijo Kurda—. No tenemos tiempo para...

Pero era demasiado tarde. Gavner ya había entrado en el túnel. Kurda se acercó rápidamente a donde yo estaba parado, y se esforzó por ver algo en la oscuridad que quedaba en el túnel tras el paso de Gavner.

—Sería mejor que siguiéramos solos —refunfuñó—. No hace más que retrasarnos.

—¿Y si hay alguien ahí? —pregunté.

—Aquí abajo no hay nadie aparte de nosotros —resopló Kurda—. Deberíamos seguir sin ese tonto, ya nos alcanzará.

—No —dije—. Prefiero esperarle.

Kurda hizo rodar los ojos pero permaneció con aire hosco junto a mí. Gavner se había ido no hacía más que un par de minutos, pero cuando regresó, parecía haber envejecido varios años. Le temblaban las piernas y se vino abajo en cuanto salió del túnel.

—¿Qué ocurre? —pregunté.

Sacudió la cabeza, incapaz de hablar.

—¿Has encontrado algo? —indagó Kurda.

—Hay... —Gavner se aclaró la garganta—. Id a verlo —susurró—. Pero tened cuidado. Que no os vean.

—¿Qué no nos vean quiénes? —pregunté, pero no me respondió.

Lleno de curiosidad, me arrastré por el túnel, con Kurda justo detrás de mí. Era corto, y mientras me aproximaba al final, advertí el parpadeo de unas antorchas en una gran cueva más allá. Me tendí sobre el estómago, y luego me acerqué poco a poco hasta conseguir una vista más clara de la cueva. Lo que vi hizo que se me encogieran las tripas.

Unas veinte o treinta personas deambulaban por allí. Algunas estaban sentadas, otras tumbadas en esteras, y otras jugaban a las cartas. Tenían la apariencia general de los vampiros: corpulentos, de rasgos rudos, y cabellos toscamente cortados. Pero alcancé a ver su piel purpúrea y su pelo y ojos rojos, y los identifiqué de inmediato: ¡nuestros encarnizados enemigos, *los vampanezes*!

CAPÍTULO 19

Kurda y yo retrocedimos lentamente y nos reunimos con Gavner en la cueva más pequeña. Nos sentamos cerca de él y durante un rato nadie dijo nada. Finalmente, Gavner habló en un tono apagado y distraído.

—He contado unos treinta y cuatro.

—Había treinta y cinco cuando los vimos nosotros —dijo Kurda.

—Hay dos cuevas contiguas de dimensiones similares —observó Gavner—. Podría haber más en ellas.

—¿Qué están haciendo aquí? —pregunté en un susurro.

Los vampiros clavaron sus ojos en mí.

—¿Tú qué *crees*? —inquirió Gavner.

Me lamí los labios nerviosamente.

—¿Vienen a atacarnos? —aventuré.

—Tú lo has dicho —dijo Gavner sombríamente.

—No necesariamente —dijo Kurda—. Puede que hayan venido a discutir algún tratado.

—¿Tú crees? —se burló Gavner.

—No —suspiró Kurda—. En realidad, no.

—Tenemos que avisar a los vampiros —dije.

Kurda asintió.

—Pero, ¿y tu fuga? Uno de nosotros puede conducirte a...

—Olvídelo —le interrumpí—. No voy a huir en una situación así.

—Entonces, vamos —dijo Kurda, incorporándose y dirigiéndose al túnel bajo la corriente—. Cuando antes avisemos a los otros, antes podremos volver y...

Estaba a punto de agacharse para entrar en el túnel cuando se detuvo repentinamente y se hizo a un lado. Nos hizo señas para que nos quedásemos donde estábamos, miró cautelosamente al interior del túnel y luego volvió corriendo.

—¡Viene alguien! —siseó.

—¿Vampiro o vampanez? —preguntó Gavner.

—Está demasiado oscuro para saberlo. ¿Crees que podemos arriesgarnos a esperar a descubrirlo?

—No —dijo Gavner—. Tenemos que salir de aquí. —Estudió los tres túneles de salida—. Podemos regresar a las Cámaras por el del centro, pero nos llevaría mucho tiempo. Si descubren el rastro de sangre de Darren y nos siguen...

—Vayamos por el de la izquierda —dijo Kurda.

—Ese no conduce a la salida —objetó Gavner, frunciendo el ceño.

—De acuerdo con mis mapas, sí —le contradijo Kurda—. Conecta con un túnel muy pequeño, en el que no es fácil reparar. Yo lo encontré por pura casualidad.

—¿Estás seguro? —preguntó Gavner.

—Los mapas no mienten —dijo Kurda.

—Entonces, vamos —decidió Gavner, y salimos corriendo.

Me olvidé del dolor mientras atravesábamos los túneles a toda velocidad. No tenía tiempo para preocuparme por mí mismo. Todo el clan de los vampiros estaba amenazado, y sólo pensaba en volver a la Cámara de los Príncipes para advertirles.

Cuando llegamos al túnel del que hablaba Kurda, descubrimos que se había hundido. Nos quedamos mirando el montón de rocas, consternados, hasta que Kurda lanzó una imprecación y dio una furiosa patada a la obstrucción.

—Lo siento —suspiró.

—No es culpa tuya —le dijo Gavner—. No podías saberlo.

—¿A dónde vamos ahora? —pregunté.

—¿Volvemos a la cueva? —sugirió Gavner.

Kurda meneó la cabeza.

—Si nos han descubierto, vendrán tras nosotros por ahí. Hay otro túnel que podemos usar. Nos hará volver en la misma dirección, y enlaza con los túneles que llevan a las Cámaras.

—¡Pues vamos! —ladró Gavner, y seguimos a Kurda mientras nos guiaba a través de la oscuridad.

Hablamos lo menos posible, deteniéndonos ocasionalmente a escuchar posibles sonidos de persecución. No captábamos ninguno, pero eso no significaba que no nos estuvieran siguiendo; los vampanezes podían moverse tan silenciosamente como los vampiros si lo deseaban.

Al cabo de un rato, Kurda hizo un alto y acercó su cabeza a las nuestras.

—Estamos justo detrás de la cueva donde están los vampanezes —susurró—. Moveos despacio y con mucho cuidado. Si nos descubren, lucharemos por nuestras vidas... ¡y luego saldremos corriendo como el diablo!

—Espere —dije—. Yo no tengo armas. Si nos atacan, necesitaré una.

—Yo sólo tengo un cuchillo —dijo Kurda—. ¿Gavner?

—Yo tengo dos, pero los necesitaré.

—¿Y con qué voy a luchar yo? —siseé—. ¿Les echo el aliento?

Gavner esbozó una amplia y sombría sonrisa.

—No te ofendas, Darren, pero si Kurda y yo no podemos rechazarlos, no creo que tú marques la diferencia. Si nos vemos en problemas, coge los mapas de Kurda y dirígete a las Cámaras mientras nosotros nos quedamos a luchar.

—No puedo hacer eso —jadeé.

—¡Tú harás lo que te diga! —gruñó Gavner, sin dejar lugar a objeciones.

Empezamos a avanzar de nuevo, con más cautela que nunca. Los sonidos de la cueva llegaban hasta nuestros oídos: vampanezes riendo y hablando en voz baja. Si hubiera estado solo, podría haberme dejado llevar por el pánico y echado a correr, pero Kurda y Gavner estaban hechos de otra pasta, y su calma y aplomo me contuvieron.

La suerte nos acompañó hasta que volvimos a entrar en el túnel largo y nos topamos con un vampanez solitario, andando hacia nosotros, jugueteando con su cinturón. Levantó la vista por casualidad mientras nos quedábamos helados, notó al instante que no éramos vampanezes y abrió la boca para lanzar un rugido.

Gavner se lanzó hacia él como una flecha, con los cuchillos destellando. Clavó uno en el vientre del vampanez y le rebanó la garganta con el otro antes de que pudiera emitir sonido alguno y alertar a sus compañeros. Nos habíamos librado por los pelos, y esbozamos unas débiles sonrisas de alivio mientras Gavner tendía el cadáver en el suelo. Pero cuando nos disponíamos a seguir adelante, otro vampanez apareció al final del túnel, nos vio y gritó pidiendo ayuda.

Gavner gimió desolado.

—Tanto sigilo... —murmuró, cuando un torrente de vampanezes salió corriendo de la caverna. Se plantó firmemente en medio del túnel, bloqueando el paso de una pared a otra, y luego nos habló por encima del hombro—: ¡Vosotros salid de aquí! ¡Los contendré todo lo que pueda!

—¡No permitiré que te enfrentes a ellos tú solo! —dijo Kurda.

—¡Lo harás si te queda sentido común! —gruñó Gavner—. Este túnel es estrecho. Una sola persona podrá mantenerlos a distancia igual que dos. ¡Coge a Darren y corred hacia las Cámaras lo más rápido que podáis!

—Pero... —empezó a decir Kurda.

—¡Estás reduciendo nuestras posibilidades! —rugió Gavner, lanzando una cuchillada a uno de los vampanezes más próximos, obligándole a retroceder—. ¡Quitadme a ese vampanez muerto de ahí detrás para que no tropiece con él..., y corred!

Kurda asintió tristemente.

—Buena suerte, Gavner Purl —dijo.

—Suerte —gruñó Gavner, y realizó otro ataque.

Apartamos el cadáver del camino de Gavner y retrocedimos hasta la boca del túnel. Kurda se detuvo y observó a Gavner en silencio mientras este lanzaba estocadas a los vampanezes con sus dos cuchillos. De momento los mantenía a raya, pero sólo era cuestión de minutos que cayeran sobre él, desarmándolo y matándolo.

Kurda se dio la vuelta para sacarme de allí, pero entonces se detuvo y sacó un mapa.

—¿Te acuerdas de aquella antigua cámara funeraria que visitamos? —me preguntó—. ¿La Cámara del Último Viaje?

—Sí —dije.

—¿Crees que podrías encontrar el camino hacia las Cámaras desde allí?

—Es posible.

Desplegó el mapa y me señaló el túnel donde estábamos.

—Síguelo hasta el final —dijo—. Luego gira dos veces a la derecha y cuatro a la izquierda. Llegarás a esa cámara. Espera unos minutos por si alguno de nosotros aparece, y tómate un respiro. Intenta arreglarte las vendas para que la sangre no siga goteando, y luego sigue.

—¿Y qué va a hacer usted? —pregunté.

—Ayudar a Gavner.

—Pero él dijo...

—¡Ya sé lo que dijo! —barbotó—. Me da igual. Si luchamos los dos juntos tendremos más posibilidades de contenerlos.

Kurda me agarró por los hombros con fuerza.

—¡Buena suerte, Darren Shan!

—Suerte —respondí, desdichadamente.

—¡No te quedes mirando! —dijo—. ¡Vete inmediatamente!

—De acuerdo —accedí, y me escabullí.

Llegué hasta el segundo giro a la derecha antes de detenerme. Sabía que debía hacer lo que Kurda me había dicho y volar hacia las Cámaras, pero no podía soportar la idea de dejar atrás a mis amigos. Se habían metido en aquel lío por mí. No era justo permitir que ellos se enfrentaran a la muerte mientras yo me iba de rositas. *Alguien* tenía que avisar a los vampiros, pero no me parecía que tuviera que ser yo. Si le decía a Kurda que me había olvidado del camino de regreso, tendría que ir él mismo, lo cual significaba que yo podría quedarme a luchar junto a Gavner.

Volví sobre mis pasos por el túnel, donde tenía lugar un furioso enfrentamiento. Cuando llegué allí, vi que Gavner aún estaba rechazando a los vampanezes sin ayuda de nadie. Kurda no había conseguido situarse a su altura. Ambos discutían.

—¡Te digo que te vayas! —rugía Gavner.

—¡Y yo te digo que no! —le chillaba Kurda.

—¿Y qué pasa con Darren?

—Le he dicho en qué dirección debía volver.

—¡Eres un imbécil, Kurda! —exclamó Gavner.

—Ya lo sé —rió Kurda—. Ahora, ¿me vas a dejar una parte o tendré que luchar yo también contra ti como los vampanezes?

Gavner apuñaló a un vampanez con una marca de nacimiento redonda y de color rojo oscuro en la mejilla izquierda, que se desplomó a un par de pasos.

—De acuerdo —gruñó—. En cuanto tengas oportunidad, colócate a mi derecha.

—De acuerdo —dijo Kurda, y sostuvo férreamente su cuchillo al costado mientras esperaba.

Avancé con sigilo. No quería gritar y distraerlos. Ya casi había llegado junto a ellos cuando los vampanezes retrocedieron varios pies y Gavner gritó:

—¡Ahora!

Gavner giró a la izquierda, y Kurda se adelantó entonces, situándose junto a él. Comprendí que había llegado demasiado tarde para ocupar el lugar de Kurda, así que empecé a retroceder de mala gana. Mientras lo hacía, sucedió tal disparate que me paré en seco sobre mis huellas, clavado al suelo.

Cuando Kurda se acercó a Gavner, levantó el cuchillo y lo hizo descender en un arco feroz. Se hundió profundamente en el vientre de su objetivo, abriendo la carne en un tajo mortal. Habría podido recrearme en tan precioso golpe si hubiera caído sobre algún vampanez. Pero Kurda no había hundido su acero en ninguno de los invasores de piel púrpura... ¡sino en *Gavner Purl*!

CAPÍTULO 20

No podía entender lo que estaba pasando. Gavner tampoco. Se desplomó contra la pared, con los ojos fijos en el cuchillo que sobresalía de su vientre. Dejó caer sus propios cuchillos, agarró la empuñadura y trató de desclavárselo, pero las fuerzas le abandonaron y se deslizó hasta el suelo.

Aunque Gavner y yo estábamos conmocionados, los vampanezes no demostraron la menor sorpresa. Se relajaron, y los que estaban en retaguardia regresaron a su cueva. El de la marca de nacimiento roja en la mejilla se adelantó, se detuvo junto a Kurda y contempló al vampiro moribundo.

—Por un minuto pensé que habías vuelto en su ayuda —dijo el vampanez.

—No —respondió Kurda. Había aflicción en su voz—. Si hubiera podido, le habría noqueado y luego me lo habría llevado a algún lugar, pero los otros podrían rastrear sus señales mentales. Más adelante hay un chico, un semi-vampiro. Está herido, así que no os será difícil capturarlo. Quiero que lo cojáis vivo. A él no podrán rastrearlo.

—¿Te refieres al chico que está detrás de ti? —preguntó el vampanez.

Kurda se volvió bruscamente.

—¡Darren! —jadeó—. ¿Desde cuándo estás ahí? ¿Qué has...?

Gavner gimió. Entonces reaccioné por fin, me lancé hacia delante, ignorando a Kurda y a los vampanezes, y me agaché junto a mi moribundo amigo. Ahora sus ojos estaban abiertos, pero no parecía ver nada.

—¿Gavner? —pregunté, sujetando sus manos, manchadas de sangre al intentar extraerse el cuchillo. El General Vampiro tosió y se estremeció. Sentí cómo la vida escapaba de él—. Estoy con usted, Gavner —susurré, sollozando—. No está solo. Yo...

—S-s-si... —tartamudeó.

—¿Qué? —lloré—. Más despacio. Tiene mucho tiempo... —Era una descarada mentira.

—S-siento no haberte dejado... d-dormir... con m-mis ronquidos —resolló. No sabía si aquellas palabras iban dirigidas a mí o a alguien más, pero antes de poder preguntárselo, la expresión se le congeló en el rostro y su espíritu se elevó rumbo al Paraíso.

Apreté mi frente contra la de Gavner y aullé lastimeramente, aferrado a su cadáver. Los vampanezes podrían haberme cogido fácilmente entonces, pero estaban desconcertados, y nadie hizo un movimiento para atraparme. Simplemente permanecieron allí, a mi alrededor, esperando a que cesara mi llanto.

Cuando al fin levanté la cabeza, nadie se atrevió a sostener mi mirada. Todos bajaron los ojos, y Kurda el primero.

—¡Le ha matado! —siseé.

Kurda tragó saliva dificultosamente.

—Tuve que hacerlo —graznó—. Ya no había tiempo para concederle una muerte noble... Podrías haber escapado si yo se lo hubiera dejado a los vampanezes.

—Todo el tiempo supo que estaban ahí —susurré.

Él asintió.

—Por eso no quería seguir la ruta bajo la corriente —dijo—. Temía que ocurriera esto. Todo habría salido bien si hubiéramos ido por donde yo quería.

—¡Usted está aliado con ellos! —grité—. ¡Es un *traidor*!

—Tú no entiendes lo que está ocurriendo —suspiró—. Sé que esto te parece terrible, pero no es lo que tú piensas. Estoy intentando *salvar* a nuestra raza, no condenarla. Hay cosas que no sabes... Cosas que *ningún* vampiro sabe. La muerte de Gavner es algo lamentable, pero en cuanto te lo explique bi...

—¡Al infierno sus explicaciones! —chillé—. ¡Es un traidor y un asesino..., una escoria!

—Te salvé la vida —me recordó suavemente.

—A costa de la de Gavner —sollocé—. ¿Por qué lo hizo? Él era su amigo...

—Él...

Sacudí la cabeza y le corté sin dejarle responder.

—¡No me importa! ¡No quiero escucharlo!

Agachándome, cogí uno de los cuchillos de Gavner y lo blandí ante mí. Los vampanezes levantaron sus armas inmediatamente y me rodearon.

—¡No! —gritó Kurda, interponiéndose en su camino—. ¡Dije que lo quería vivo!

—Tiene un cuchillo —gruñó el vampanez con la marca de nacimiento—. ¿Pretendes que le dejemos cortarnos los dedos mientras huimos de él?

—No te preocupes, Glalda —dijo Kurda—. Yo me encargo de esta situación.

Dejó caer su cuchillo, extendió las manos y caminó lentamente hacia mí.

—¡Deténgase! —chillé—. ¡No se acerque más!

—Estoy desarmado —dijo.

—¡No me importa! ¡Le mataré de todas formas! ¡Es lo que se merece!

—Puede que sí —admitió—, pero no creo que tú quieras matar a un hombre desarmado, no importa lo que haya hecho. Si estoy equivocado, pagaré mi error de la forma más dura..., pero no creo estarlo.

Eché hacia atrás el cuchillo para apuñalarlo, y luego bajé la mano. Él tenía razón: aunque hubiera matado a Gavner a sangre fría, yo no podía hacer lo mismo.

—¡Le odio! —grité, y luego le arrojé el cuchillo. Mientras se agachaba, me di la vuelta y me lancé velozmente hacia el túnel, giré a la derecha y escapé.

Mientras los vampanezes se abalanzaban en tropel tras de mí, oí cómo Kurda les gritaba que no me hicieran daño, que estaba herido y no podría ir muy lejos. Uno gritó que se adelantaría con unos cuantos por un atajo para interceptar los túneles que conducían a las Cámaras. Otro quiso saber si yo llevaba alguna otra arma.

Luego dejé de oír a mis enemigos y al traidor, y corrí en la oscuridad, huyendo ciegamente, llorando por mi amigo sacrificado, el pobre y difunto Gavner Purl.

CAPÍTULO 21

Los vampanezes tardaron lo suyo en atraparme. Sabían que no podía escapar. Me encontraba herido y cansado, y sólo tenían que mantenerse cerca e ir tirando lentamente del sedal. Mientras yo corría dando vueltas por los túneles, el rugido de la corriente montañosa se incrementó, y me di cuenta de que mis pies me conducían a la antigua cámara funeraria. Pensé en cambiar de dirección, para burlar a Kurda, pero habría perdido el camino si lo hacía y nunca llegaría a las Cámaras. Mi única oportunidad era seguir por las sendas que me resultaban familiares y confiar en poder interceptar al menos a uno si el techo caía detrás de mí.

Irrumpí en la Cámara del Último Viaje y me detuve a recuperar el aliento. Podía escuchar los ruidos que hacían los vampanezes que venían tras de mí. Estaban demasiado cerca para sentir alivio, y necesitaba descansar, pero no había tiempo. Moviéndome con dificultad, busqué la salida.

Al principio, no reconocí la cueva, y me pregunté si sería posible que hubiera entrado en el sitio equivocado por error. Entonces se me ocurrió que me encontraba simplemente en el lado opuesto de la corriente donde había estado antes. Avancé bordeando la orilla, miré hacia el otro extremo y vi el túnel por donde debía salir. También vi a una persona de piel muy pálida, de ojos blancos y ropas harapientas, sentada sobre una roca cerca de la pared... ¡Un Guardián de la Sangre!

—¡Ayuda! —grité, alarmando al hombre delgado, que se levantó de un salto, mirándome con los ojos entornados—. ¡Vampanezes! —grazné—. ¡Están invadiendo la montaña! ¡Hay que avisar a los Generales!

El Guardián estrechó los ojos y meneó la cabeza, y luego dijo algo en un lenguaje que no comprendí. Abrí la boca para repetir el aviso, pero antes de que pudiera hacerlo, compuso un signo con los dedos, volvió a menear la cabeza, y se escabulló de la cueva, desapareciendo velozmente en las sombras del túnel que había más allá.

Lancé una maldición (¡los Guardianes de la Sangre también podrían estar aliados con los vampanezes!), y entonces eché un vistazo hacia abajo, hacia el agua oscura que corría a mis pies, y me estremecí. El arroyo no era particularmente ancho, y podría haberlo saltado con facilidad en cualquier otro momento. Pero me hallaba exhausto, dolorido y desesperado. Todo lo que quería era echarme boca abajo y dejar que los vampanezes me cogieran. Continuar no parecía tener sentido. Ellos daban por seguro que me atraparían. Sería mucho más sencillo rendirse ahora y...

—¡No! —exclamé en voz alta. Ellos habían matado a Gavner, y matarían al resto de los vampiros (incluido Mr. Crepsley) si yo no conseguía llegar primero a las Cámaras y detenerlos. *Tenía* que continuar. Retrocedí varios pasos, preparándome para saltar. Al mirar por encima de mi hombro, vi al primer vampanez entrando en la cueva. Retrocedí unos cuantos pasos más, y luego corrí hacia el borde de la orilla y salté.

Inmediatamente supe que no iba a conseguirlo. No había tomado suficiente impulso. Agité los brazos con la esperanza de conseguir sujetarme al borde, pero caí a varios pies de mi salvación y me hundí en las heladas aguas del arroyo.

La corriente me arrastró inmediatamente. Cuando emergí a la superficie, la boca del túnel que salía de la cueva para convertirse en subterráneo se encontraba ya casi encima de mí. Disparé los brazos, aterrorizado, y me sujeté a una roca que sobresalía en la orilla. Haciendo acopio de mis últimas fuerzas, me abrí camino hacia una relativa seguridad. Desafiando el flujo del agua, me dejé caer a medias sobre la roca y me agarré de unos hierbajos profundamente enraizados.

Estaba en una posición peligrosa, pero habría podido abrirme paso a zarpazos... de no haber sido por la docena de vampanezes que cruzaron el arroyo y permanecían en pie ante mí con los brazos cruzados, esperando pacientemente. Uno encendió un cigarrillo y luego me arrojó la cerilla a la cara. Erró el blanco, cayó al agua, se apagó con un siseo, y desapareció con estremecedora rapidez por el oscuro túnel que se internaba en la montaña.

Mientras me aferraba a la roca, helado y calado hasta los huesos, preguntándome qué hacer, Kurda se abrió paso entre los vampanezes y se arrodilló. Extendió una mano para ayudarme a salir, pero no podía alcanzarme.

—¡Que alguien me sujete de los tobillos y me baje! —dijo.

—¿Para qué? —inquirió el vampanez llamado Glalda—. Deja que se ahogue. Será lo más fácil.

—¡No! —ladró Kurda—. ¡Nada se gana con su muerte! Es joven y abierto a nuevas ideas. Necesitaremos vampiros como él si vamos a...

—De acuerdo, de acuerdo —suspiró Glalda, e indicó a dos de sus hombres que sujetaran las piernas de Kurda y lo bajaran hasta el borde para que pudiera rescatarme.

Miré fijamente las manos de Kurda, estirándose hacia mí, y luego su rostro, a escasa distancia.

—Usted mató a Gavner —gruñí, descubriendo los dientes.

—Lo discutiremos más tarde —dijo, tirando de mis muñecas.

Me zafé de él y le escupí los dedos, y estuve a punto de caerme al agua. No podía soportar la idea de que me tocara.

—¿Por qué lo hizo? —gemí.

Kurda meneó la cabeza.

—Es demasiado complicado. Ven conmigo y más tarde te lo explicaré. Cuando estés a salvo, y te hayas secado y comido algo, nos sentaremos y...

—¡No me toque! —chillé cuando intentó alcanzarme de nuevo.

—¡No seas estúpido! —dijo él—. ¡No estás en posición de discutir! Dame la mano y déjame ponerte a salvo. No te harán daño, te lo prometo.

—¿Usted *promete*? —dije con desprecio—. Su palabra no significa nada. Es un mentiroso y un traidor. No le creería ni aunque me dijera que el mundo es redondo.

—Cree lo que quieras —masculló—, pero yo soy todo lo que hay entre tú y esta tumba acuática, así que puedes permitirte los remilgos. ¡Dame la mano y deja de actuar como un idiota!

—No tiene ni idea —respondí, meneando la cabeza indignado—. No sabe nada de honor ni lealtad. Preferiría morir que entregarme a una escoria como usted.

—¡No seas...!

Antes de que pudiera terminar, me solté de mi asidero en la roca, me impulsé con las piernas y dejé que el agua me llevara.

—¡Darren..., no! —gritó Kurda, haciendo un último intento por sujetarme. Pero ya era demasiado tarde... Sus dedos se cerraron en el aire.

Fui a la deriva, arrastrado por el río, más allá del alcance de Kurda y sus aliados los vampanezes. Hubo un momento de extraña paz, durante el cual me mecí de un lado al otro en el centro de la corriente. Clavé los ojos en Kurda mientras estaba así, sonreí ligeramente y me toqué la frente y los párpados con los dedos de la mano derecha, haciendo el signo del toque de la muerte.

—¡Hasta en la muerte saldré triunfante! —aullé, agregando una rápida y silenciosa plegaria para enfatizar mi juramento, y que mi sacrificio incitara a los dioses de los vampiros a descargar su terrible venganza sobre el traidor y sus aliados.

Y entonces, antes de que Kurda pudiera responder, la corriente me atrapó y me arrastró brutalmente fuera de su vista en un instante, hacia la oscuridad, la agitada locura y el hambriento vientre de la montaña.

CONTINUARÁ...

LA CANDENTE SAGA DE DARREN SHAN CONTINUA CON...

EL PRÍNCIPE VAMPIRO

Oscuridad... Frío... Aguas revueltas... rugiendo como mil leones... Giro y giro sin parar... Golpeo contra las rocas... Protejo mi rostro con los brazos... Encojo las piernas para hacerme aún más pequeño, exponiendo lo menos posible.

Soy lanzado contra un puñado de raíces... Me aferro a ellas... Me resbalo... Las húmedas raíces son como dedos muertos que tratan de agarrarme... Hay poco espacio entre el agua y el techo del túnel... Respiro en rápidos jadeos... La corriente vuelve a atraparme... Intento resistir... Las raíces se desprenden de mis manos... Soy arrastrado.

Vueltas y más vueltas... Una roca golpea mi cabeza... Veo estrellas... Casi me desmayo... Lucho por mantener la cabeza erguida... Escupo el agua, pero trago aún más... Siento que me estoy tragando medio río.

La corriente me arroja contra una pared... Rocas afiladas hacen cortes profundos en mis caderas y muslos... El agua fría, glacial, adormece el dolor... Detiene el flujo de la sangre... Un descenso repentino... Me precipito en un profundo estanque... Abajo, abajo, abajo... La fuerza del agua al caer me mantiene sumergido... Me invade el pánico... No consigo encontrar el camino hacia la superficie... Me ahogo... Si no respiro enseguida, yo...

Mis pies golpean la roca y me propulso hacia delante... Subo flotando lentamente y me alejo del estanque... Aquí, el flujo es suave... Hay mucho espacio entre el agua y el techo del túnel... y puedo mantenerme a flote y respirar... un aire gélido que se clava en mis pulmones, pero que aspiro ávida y agradecidamente.

El río desemboca en lo que parece ser una gran cueva. Suenan rugidos desde el extremo opuesto: el agua vuelve a caer abruptamente por allí. Me dejo llevar hacia un lado antes de enfrentarme a un nuevo descenso. Necesito descansar y llenar de aire mis pulmones. Mientras me mantengo a flote junto a la pared en la oscuridad, algo intenta agarrarse a mi cabeza calva. Parecen ramitas. Me agarro a ellas para estabilizarme, y entonces me doy cuenta de que no son ramitas... ¡sino *huesos*!

Demasiado exhausto para asustarme, agarro los huesos pensando que fueron parte de algún salvavidas. Aspiro larga y profundamente, y exploro los huesos con mis dedos. Están unidos a una muñeca, esta a un brazo, este a un cuerpo y este a una cabeza: un esqueleto completo. En el pasado, el río se utilizaba para deshacerse de los vampiros muertos. Este debió llegar hasta aquí para pudrirse en este sitio durante décadas. A ciegas, busco otros esqueletos, pero no encuentro ninguno. Me pregunto quién fue este vampiro, cuándo vivió, y cuánto tiempo ha estado aquí. Qué horrible, quedar atrapado en una cueva como esta, sin tener un entierro apropiado ni un lugar de descanso final.

Sacudo el esqueleto, con la esperanza de liberarlo. La cueva estalla en chillidos agudos y aleteos. ¡Alas! ¡Docenas de cientos de pares de alas! Algo se estrecha en mi cara y se aferra a mi oreja izquierda. Araña y muerde. Lanzo un grito, y me lo arranco de un manotazo.

No consigo ver nada, pero siento un torbellino de objetos volantes pasando sobre mí y a mi alrededor. Otra de esas cosas choca conmigo. Esta vez la agarro y la palpo: ¡un murciélago! La cueva está llena de ellos. Deben tener sus nidos aquí, en el techo. El ruido que hice al sacudir al esqueleto ha debido molestarlos, y han echado a volar.

Me tranquilizo. No me están atacando. Sólo se han asustado y no tardarán en calmarse. Dejo libre al que he cazado para que vaya a unirse a la ráfaga que me sobrevuela. El ruido disminuye al cabo de unos minutos y los murciélagos retornan a sus perchas. Silencio.

Me pregunto cómo entran y salen de la cueva. Debe haber un agujero en el techo. Durante unos segundos me imagino encontrándolo y trepando hacia la salvación, pero mis dedos entumecidos ponen fin rápidamente a esos pensamientos. No podría trepar, aunque encontrase el agujero y fuera lo bastante grande para permitirme pasar.

Empiezo a pensar de nuevo en el esqueleto. No quiero dejarlo aquí. Tiro de él, esta vez con cuidado para no armar jaleo. Al principio no cede: está firmemente encajado. Lo agarro aún más fuerte y vuelvo a tirar. Se suelta, todo de una vez, y cae sobre mí, hundiéndome. El agua entra a borbotones por mi garganta. ¡Ahora me entra el pánico! Siento el peso del esqueleto sobre mí, empujándome hacia abajo. ¡Me voy a ahogar! ¡Me voy a ahogar! ¡Me voy a...!

¡No! Tengo que calmarme. Usar el cerebro. Me abrazo al esqueleto y giro lentamente. ¡Ha funcionado! Ahora, el esqueleto está debajo y yo encima. El aire es delicioso. Mi corazón se apacigua. Unos cuantos murciélagos vuelven a dar vueltas, pero la mayoría se ha calmado.

Suelto al esqueleto y lo dirijo hacia el medio de la cueva con los pies. Siento cómo la corriente se apodera de él, y luego se lo lleva. Me agarro a la pared, manteniéndome a flote, dando tiempo al esqueleto a que se aleje de mí. Empiezo a pensar mientras espero: ¿fue una buena idea liberar al esqueleto? Un bonito gesto, pero si los huesos se atascaran en alguna roca más adelante, bloqueándome el camino...

Demasiado tarde para preocuparme ahora por ello. Debería haberlo pensado antes.

Mi situación es más desesperada que nunca. Fue una locura creer que podría sobrevivir. Pero me obligo a pensar positivamente: había llegado hasta aquí, y el río llegaría a la salida tarde o temprano. ¿Quién podía decir que no conseguiría llegar hasta el final? Confía en ello, Darren, confía.

Me habría gustado seguir allí agarrado para siempre (era más fácil quedarse ahí hasta morir de frío), pero tenía que intentar luchar por la libertad. Al final, obligo a mis dedos a soltarse y me alejo de la orilla. Me dejo llevar hasta el centro del río. La corriente cierra sus fauces sobre mí. Se acelera... La salida... Aumenta el furioso rugido... Me arrastra vertiginosamente... La perspectiva desciende abruptamente... Desaparezco.